LA BúSQUEDA DEL ABSOLUTO

de Honoré de Balzac



Publicado por Planet PDF. Visita el sitio para descargar ebooks de literatura, libros y novelas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial 3.0 Estados Unidos.

La Búsqueda del Absoluto de Honoré de Balzac

I. La Casa Claes

Existe en Douai, en la calle de París, una casa cuyo aspecto, disposiciones interiores y detalles, han conservado, más que cualquier otra vivienda, el carácter de las antiguas construcciones flamencas, tan ingenuamente apropiadas a las patriarcales costumbres de ese buen país; pero, antes de describirla, quizá sea preciso establecer, en interés de los escritores, la necesidad de esos aderezos didácticos contra los cuales protestan ciertas personas ignorantes y audaces que quisieran emociones sin sufrir sus principios generadores, la flor sin la semilla, la criatura sin la gestación. ¿Sería, pues, el arte considerado como más vigoroso que la naturaleza?

Los acontecimientos de la vida humana, bien sea pública o privada, se hallan tan íntimamente ligados a la arquitectura, que la mayoría de los observadores pueden reconstruir las naciones o los individuos en toda la verdad y autenticidad de sus costumbres a través de los restos de sus monumentos públicos o por el examen de sus reliquias domésticas. La arqueología es a la naturaleza social lo que la anatomía comparada a la naturaleza orgánica. Un mosaico revela toda una sociedad, lo mismo que un esqueleto de ictiosaurio da a entender toda una creación. Por ambas partes, todo se deduce, todo se enlaza. La causa hace adivinar su efecto, como cada efecto permite remontar una causa. El sabio resucita así hasta las verrugas de las antiguas épocas.

De ahí proviene sin duda el prodigioso interés que inspira una descripción arquitectónica cuando la fantasía del escritor no desnaturaliza sus elementos; no todos pueden ligarla al pasado por rigurosas conjeturas, y para el hombre el pasado se asemeja singularmente al futuro. Contarle lo que fue, ¿no es casi siempre decirle lo que será? En fin, es raro que la pintura o la descripción de los lugares donde se desarrolla la vida no recuerde a cada cual sus deseos frustrados o sus esperanzas en flor. La comparación entre un presente que defrauda las secretas apetencias y el futuro que puede realizarlas es una inextinguible fuente de melancolía o de dulces satisfacciones.

Así resulta casi imposible no sentir una especie de enternecimiento con la pintura de la vida flamenca, siempre que estén bien traducidos los rasgos accesorios. ¿Por qué? Acaso se deba a que, entre las diversas existencias, es la que mejor representa las incertidumbres del hombre. No va acompañada sin todas las fiestas, sin todos los lazos de la familia, sin un benéfico acomodo que testimonia la continuidad del bienestar, sin un reposo que se parece a la beatitud; pero sobre todo expresa la calma y la monotonía de una felicidad cándidamente sensual en la que el goce ahoga al deseo, precediéndole siempre. Por mucho precio que pueda conceder el hombre apasionado a los tumultos de los sentimientos, no ve jamás sin emoción las imágenes de esta naturaleza social cuyos latidos del corazón se hallan tan bien acompasados que las personas superficiales la acusan de frialdad. La masa prefiere generalmente la fuerza anormal que desborda a la fuerza igual que persiste. La masa no tiene tiempo ni paciencia para constatar el inmenso poder escondido bajo una apariencia uniforme. Y así, para impresionar a esa muchedumbre arrastrada por la corriente de la vida, la pasión, lo mismo que el gran artista, no tiene otro recurso que ir más allá del objetivo, como lo han hecho Miguel Ángel, Bianca Capello, la señorita de la Valliere, Beethoven y Paganini. Únicamente los grandes calculadores piensan que no hay que sobrepasar jamás ese objetivo y no tienen respeto sino por la virtualidad impresa en una perfecta ejecución que pone en toda obra esa profunda calma cuyo encanto prende en los seres superiores. Ahora bien, la vida adoptada por ese pueblo esencialmente ahorrador colma perfectamente las condiciones de felicidad con que las masas sueñan para la vida ciudadana y burguesa.

El más exquisito materialismo está grabado en todas las costumbres flamencas. El confort inglés ofrece tintas secas, tonalidades duras, mientras que en Flandes el viejo interior de los hogares deleita la vista con colores blandos, por una auténtica sencillez, una cabal llaneza; implica el trabajo sin fatiga; la pipa denota una feliz aplicación del *farniente* napolitano; además, acusa un sentimiento apacible del arte, su condición más necesaria, la paciencia y el elemento que hace sus creaciones duraderas, la conciencia; el carácter flamenco está en esas dos palabras, paciencia y conciencia, que parecen excluir los ricos matices de la poesía y dar a las costumbres de este país la misma uniformidad que sus vastas llanuras, la misma frialdad de su brumoso cielo. Sin embargo, no es así. La naturaleza ha desplegado su poder modificándolo todo, hasta los efectos del clima.

Si se observan con atención los productos de los diversos países del globo, inmediatamente queda uno sorprendido al ver los colores grises y malvas especialmente asignados a las producciones de las zonas templadas, mientras que los más brillantes distinguen las de los países cálidos. Las costumbres deben necesariamente conformarse a esta ley de la naturaleza. Los Flandes, que en tiempos pasados eran esencialmente pardos y de tintes uniformes, han hallado los medio de poner brillo en su fuliginosa atmósfera por las vicisitudes políticas que los han sometido sucesivamente a los borgoñés, a los españoles y a los franceses, y que les han hecho fraternizar con los holandeses y los alemanes. De España han conservado el lujo de los escarlatas, de los rasos brillantes, las tapicerías de vigorosos efectos, las plumas, las bandurrias y las formas corteses. De Venecia han tenido, a cambio de sus telas y sus encajes, esa fantástica cristalería donde el vino reluce y parece mejor. De Austria han conservado esa tarda diplomacia que da tres pasos por uno. El comercio con las Indias ha depositado allí las invenciones grotescas de la China y las maravillas del Japón. Sin embargo, a pesar de su paciencia en amasarlo todo, en no entregar nada, en mantenerlo todo, los Flandes no podían apenas ser considerados sino como el depósito general de Europa, hasta el momento en que el descubrimiento del tabaco soldó con su humo los diseminados rasgos de su fisonomía nacional. Desde entonces, a pesar de las particiones de su territorio, el pueblo flamenco existió por la pipa y la cerveza.

Después de asimilarse, por la constante economía de su conducta, las riquezas y las ideas de sus amos o de sus vecinos, este país, tan por naturaleza apagado y carente de poesía, se compuso una vida original y unas costumbres características sin parecer empañado de servilismo. El arte despojó en él todo idealismo para reproducir únicamente la forma. Así, no le pidáis a esta patria de la poesía plástica ni el verbo de la comedia, ni los audaces trazos de la epopeya o de la oda, ni el genio musical; pero ella es fértil en descubrimientos, en discusiones doctorales que requieren tiempo y luz. Allí todo está acuñado en la moneda del goce temporal. El hombre ve exclusivamente lo que es, y su pensamiento se somete tan escrupulosamente a servir las necesidades de la vida que en ninguna obra se ha lanzado más allá del mundo real. La única idea de futuro concebida por este pueblo fue una especie de economía en política, y su fuerza revolucionaria provino del deseó doméstico de tener los codos libres en la mesa y su completa comodidad bajo el alero de sus *steedes*. El

sentimiento del bienestar y el espíritu de independencia que inspira la fortuna engendraron, más temprano allí que en otra parte, esa necesidad de libertad que más tarde fomentó en Europa. Así, la constancia de sus ideas y la tenacidad que da la educación a los flamencos, formaron en otro tiempo hombres temibles en la defensa de sus derechos. Nada, pues, en este pueblo se forma a medias, ni las cosas, ni los muebles, ni el dique, ni la cultura, ni la revuelta. Así conserva el monopolio de lo que emprende. La fabricación del encaje, obra de paciente agricultura y de más paciente industria, y la de su tejido, son hereditarias como sus fortunas patrimoniales. Si se tuviese que pintar la constancia bajo la más pura fuerza humana, quizá se estaría en lo cierto tomando el retrato de un buen burgomaestre de los Países Bajos, capaz, como tantos ejemplos se han dado, de morir burguesamente y sin brillo por los intereses de su corporación. Mas las dulces poesías de esta vida patriarcal se volverán a hallar naturalmente en la descripción de una de las últimas casas que, en la época en que esta historia comienza, conservaban aún su carácter en Douai.

De todas las villas del departamento del Norte, Douai es, por desgracia, la que más se moderniza, donde el sentimiento innovador ha hecho las más rápidas conquistas y se halla más difundido el amor al progreso social. Allí dominan el tono, las modas y las maneras de París, y de la antigua vida flamenca, los *duesienses* no conservarán ya más que la cordialidad de las atenciones hospitalarias, la cortesía española y la riqueza y la limpieza de Holanda. Las viviendas de piedra habrán reemplazado a las casas de ladrillo. Lo granado de las formas bátavas habrá cedido ante la cambiante elegancia de las novedades francesas.

La casa donde se han desarrollado los acontecimientos de esta historia se encuentra poco más o menos hacia la mitad de la calle de París y lleva en Douai desde hace más de doscientos años el nombre de «casa Claes». Los Van Claes fueron antaño una de las más célebres familias de artesanos a los que los Países Bajos debieron en diversas producciones una supremacía comercial que han mantenido. Durante mucho tiempo los Claes fueron en la villa de Gante, de padre en hijo, los jefes del poderoso gremio de los tejedores. Cuando la revuelta de esta gran ciudad contra Carlos V, quien quería suprimir sus privilegios, el más rico de los Claes estuvo tan gravemente comprometido que, previendo una catástrofe y obligado a compartir la suerte de sus compañeros, envió secretamente, bajo la protección de Francia, a su mujer, sus hijos y sus riquezas, antes

de que las tropas del emperador se apoderasen de la villa. Las previsiones del síndico de los tejedores fueron acertadas, pues, al igual que con muchos otros burgueses, se rechazó su capitulación y fue ahorcado como rebelde, siendo en realidad el defensor de la independencia gantesca. La muerte de Claes y de sus compañeros dio sus frutos. Más tarde, aquellos inútiles suplicios costaron al rey de las Españas la mayor parte de sus posesiones en los Países Bajos. De todas las semillas confiadas a la tierra, la sangre derramada por los mártires es la que da una más pronta cosecha. Cuando Felipe II, que castigó la revuelta hasta la segunda generación, extendió sobre Douai su cetro de hierro, los Claes conservaron sus grandes bienes, aliándose a la muy noble familia de Molina, cuya rama principal, entonces pobre, consiguió ser lo bastante rica hasta poder rescatar el condado de Nourho, que sólo poseía titularmente, en el reino de León.

A comienzos del siglo XIX, tras vicisitudes cuya lista no ofrecería nada de interesante, la familia Claes estaba representada en la rama establecida en Douai por la persona de don Baltasar Claes-Molina, conde de Nourho, quien prefería llamarse lisa y llanamente Baltasar Claes. De la inmensa fortuna amasada por sus antepasados, quienes llegaron a ocupar hasta un millar de artesanos, le quedaban a Baltasar unas quince mil libras de renta en predios en el distrito de Douai, y la casa de la calle de París, cuyo mobiliario valía por lo demás una fortuna. En cuanto a las posesiones del reino de León, fueron objeto de un litigio entre los Molina de Flandes y la rama de esta familia que quedó en España. Los Molina de León ganaron el proceso y tomaron el título de condes de Nourho, aun cuando sólo tuvieran derecho de llevarlo los Claes, pero la vanidad de la burguesía era superior al orgullo castellano. Así, cuando se instituyó el estado civil, Baltasar Claes dejó a un lado los harapos de su nobleza española trocándolos por su gran ilustración gantesa.

El sentimiento patriótico late tan poderosamente en las familias exiladas, que, hasta los últimos días del siglo XVIII, los Claes siguieron fieles a sus usos y a sus costumbres. No emparentaban sino con las familias de la más pura burguesía; exigían cierto número de regidores o de burgomaestres del lado de la novia para admitirla en su familia. En fin, iban a buscar sus mujeres a Brujas o a Gante, a Lieja u Holanda, con objeto de perpetuar las costumbres de su hogar doméstico. Hacia finales del pasado siglo, su sociedad, cada vez más reducida, se limitaba a siete u ocho familias de nobleza parlamentaria cuyas costumbres, cuya toga de

grandes pliegues y cuya gravedad magistral y altivo continente, a medias español, armonizaban con sus hábitos. Los habitantes de la villa dedicaban una especie de respeto religioso a esta familia, que para ellos era como un prejuicio. La constante honradez, la lealtad sin tacha de los Claes, su invariable decoro, los convertían en una superstición tan inveterada como la de la fiesta de Gayant, y bien expresada con ese nombre de «la casa Claes». El espíritu del viejo Flandes respiraba por entero en aquella vivienda, la cual ofrecía a los aficionados a las antigüedades burguesas el tipo de las modestas moradas que se construyó la burguesía rica en la Edad Media.

El principal ornamento de la fachada era una puerta de dos batientes de roble, guarnecidos de clavos dispuestos al tresbolillo, en cuyo centro los Claes habían hecho esculpir orgullosamente dos navetas acopladas. El vano de esta puerta de piedra arenisca estaba rematado por una cimbra puntiaguda que sostenía una pequeña linterna coronada por una cruz y en la cual se veía una estatuilla de Santa Genoveva hilando su rueca. Aunque el tiempo hubiese puesto su pátina sobre las delicadas labores de esta puerta y su linterna, el cuidado extremo que les dedicaban los moradores de la casa permitían captar todos los detalles a los transeúntes. Así el jambaje, compuesto de columnas unidas, conservaba un color gris oscuro y brillaba de tal modo que daba la impresión de que estaba barnizado.

A cada lado de la puerta, en la planta baja, había dos ventanas semejantes a las demás de la casa. Su marco de piedra remataba bajo el antepecho en una concha primorosamente ornada, y la parte superior en dos arcos que separaban el montante del crucero que dividía la vidriera en cuatro partes desiguales, ya que el travesaño, situado a la altura requerida para formar una cruz, daba a los dos lados inferiores de la ventana una dimensión casi doble a la de las partes superiores redondeadas por sus cimbras. El doble arco tenía por adorno tres hileras de ladrillos que avanzaban una sobre otra, estando cada ladrillo alternativamente saliente o entrante en cosa de una pulgada, con objeto de que dibujase una greca. Los vidrios, pequeños y en rombo, estaban encajados en varillas de hierro extremadamente delgadas y pintadas de rojo.

Las paredes, de ladrillos ensamblados con argamasa blanca, se sostenían de trecho en trecho y en los ángulos por encadenados de piedra. El primer piso tenía cinco ventanas, el segundo tenía sólo tres y el desván recibía la luz a través de una gran abertura redonda de cinco compartimientos,

recamada de piedra arenisca y situada en medio del frontón triangular que describía el remate, como la roseta en la fachada de una catedral. En el caballete del tejado se elevaba, a guisa de veleta, una rueca cargada de lino. Los dos lados del gran triángulo que formaba la pared de la fachada estaban recortados a escuadra por una especie de peldaños hasta el coronamiento del primer piso, donde, a derecha e izquierda de la casa, caían las aguas pluviales arrojadas por fauces de un animal fantástico. Al pie de la casa, una base de piedra arenisca simulaba un peldaño o grada. Finalmente, y como último vestigio de las antiguas costumbres, a cada lado de la puerta y entre las dos ventanas había en la calle una trapa de madera protegida con tiras de hierro y por la que se bajaba a los sótanos.

Desde su construcción, esta fachada se limpiaba esmeradamente dos veces cada año. Si faltaba un poco de argamasa en alguna junta, la grieta se taponaba en seguida. Las ventanas, los alféizares, las piedras, todo brillaba mejor que lo que brillan en París los más preciosos mármoles. Esta fachada de la casa no ofrecía, pues, la menor huella de deterioro. A pesar de los tonos pardos causados por la propia vejez del ladrillo, estaba tan bien conservada como pueden estarlo un viejo cuadro o un viejo libro caros a un aficionado, y que estarían siempre nuevos si no experimentan, bajo la capa de nuestra atmósfera, la nociva influencia de los gases cuya malignidad nos amenaza a nosotros mismos. El cielo nuboso, la húmeda temperatura de Flandes y las sombras producidas por la poca anchura de la calle, privaban muy a menudo a este edificio del lustre que extraía de su rebuscado aliño, lo que lo hacía frío y triste a la mirada. Un poeta habría apreciado algunos hierbajos o musgo entre las losas; habría deseado que aquellas tongadas de ladrillos se hubieran agrietado; que bajo los arcos de las ventanas alguna golondrina hubiese hecho su nido en las triples casillas rojas que las adornaban. Así el acabado, el aire meticulosamente aseado de esta fachada medio gastada por el frotamiento, le daban un aspecto secamente honesto y decentemente estimable, que a buen seguro habría hecho mudarse a un romántico que hubiese vivido enfrente.

Cuando un visitante tiraba de la cadena de hierro trenzado que pendía al lado de la puerta, haciendo sonar la campanilla, y la sirvienta venida del interior le abría el batiente en medio del cual había una pequeña reja, ese batiente escapaba al punto de la mano arrastrado por su peso y volvía a caer produciendo, bajo las bóvedas de una espaciosa galería embaldosada y en las profundidades de de la casa, un sonido grave y pesado, como si la puerta fuese de bronce. Esa galería, siempre fresca y

sembrada de una capa de arena fina, conducía a un gran patio interior, pavimentado con anchas baldosas vidriadas y de color verdusco. A la izquierda había la ropería, las cocinas y la sala de la servidumbre; a la derecha, la leñera, la carbonera y las dependencias de la vivienda, cuyas puertas, ventanas y paredes estaban ornadas de dibujos conservados con exquisita pulcritud. La claridad, tamizada entre cuatro paredes rojas rayadas con listas blancas, adquiría reflejos y tonalidades rosas que daban a las figuras y a los menores detalles una gracia misteriosa y fantásticas apariencias.

Una segunda casa absolutamente parecida al edificio situado en la parte de la calle, y que en Flandes lleva el nombre de «casa interior», aparecía en el fondo del patio, sirviendo únicamente de vivienda de la familia. En la planta baja, la primera pieza era un locutorio que recibía la luz a través de dos ventanas que daban al patio y de otras dos que daban a un jardín cuya anchura igualaba a la de la casa. Dos puertas vidriadas paralelas conducían la una al al jardín y la otra al patio, y correspondían a la puerta de la calle, de manera que desde la entrada, un extraño podía abarcar el conjunto de la vivienda y distinguir hasta la hojarasca que alfombraba el fondo del jardín. La parte delantera, dedicada a las recepciones, y, en cuyo segundo piso estaban los aposentos destinados a los forasteros o invitados, contenían objetos de arte y grandes riquezas acumuladas; pero nada podía igualar a los ojos de los Claes, ni al juicio de un entendido, los tesoros que adornaban aquella pieza donde durante dos siglos había transcurrido la vida de la familia.

El Claes muerto por la causa de las libertades gantesas, el artesano del que se tendría una idea muy débil si el historiador omitiera decir que poseía cerca de cuarenta mil marcos de plata, ganados con la fabricación de las velas necesarias a la omnipotencia marina veneciana…; este Claes tuvo por amigo al célebre escultor en madera Van Huysium, de Brujas. Muchas veces el artista había recurrido a la bolsa del artesano. Algún tiempo antes de la revuelta de los ganteses, Van Huysium, enriquecido, esculpió secretamente para su amigo un enmaderado de ébano macizo en el que estaban representadas las principales escenas de la vida de Artevelde, el cervecero que por un tiempo fue rey de Flandes. Ese revestimiento compuesto de sesenta paneles, contenía unos mil cuatrocientos personajes principales y se consideraba la obra principal de Van Huysium. El capitán encargado de custodiar a los burgueses de Carlos V, decidió que los ahorcasen el día de su entrada en su villa natal, y

propuso, según se dice, a Van Claes dejarle que se evadiese si le daba la obra de Van Huysium; pero el tejedor la había enviado a Francia. Ese locutorio, enteramente revestido con esos paneles, que por respeto a los manes del mártir, vino el propio Van Huysium a encuadrarlo en madera pintada de ultramar con estrías de oro; es, pues, la obra más completa de este maestro, de tal suerte que los menores fragmentos se pagan hoy a peso de oro.

Sobre la chimenea, Van Claes, pintado por Ticiano con su atuendo de presidente del tribunal, parecía conducir aún a esa familia que, veneraba en él a su gran hombre. La chimenea, primitivamente de piedra y muy alta campana, fue reconstruida en mármol blanco en el siglo pasado y sostenía dos candelabros de cinco brazos retorcidos, de bastante mal gusto, pero de plata maciza. Las cuatro ventanas tenían cortinones de damasco granate con estampado de flores negras y forradas de seda blanca, y el mobiliario, tapizado con igual tejido, fue renovado durante el reinado de Luis XIV. El entarimado, evidentemente moderno, estaba compuesto de grandes planchas de madera blanca, encuadradas por bandas de roble. El techo, formado por diversas viñetas en cuyo fondo había un mascarón Cincelado por Van Huysium, fue respetado y conservaba los tonos pardos del roble de Holanda. En los cuatro ángulos de ese locutorio se elevaban columnas truncadas, coronadas por candelabros semejantes a los de la chimenea; una mesa redonda ocupaba el centro. A lo largo de las paredes había alineadas simétricamente unas mesitas de juego. En dos consolas doradas y encima de una losa de mármol blanco había en la época en que comienza esta historia, dos globos de cristal llenos de agua y en cuyo interior nadaban, sobre un lecho de arena y de conchas, peces rojos, dorados o plateados.

Esta pieza era a la vez brillante y oscura. El techo absorbía necesariamente la claridad, sin reflejar nada de ella. Si del lado del jardín abundaba la claridad y cabrilleaba en las tallas del ébano, las ventanas del patio, que daban paso a poca luz, hacían apenas brillar las estrías de oro impresas sobre las paredes opuestas. Este locutorio, tan magnífico en un día claro, ofrecía la mayor parte del tiempo tonalidades suaves, los tintes rojizos y melancólicos que el sol esparce sobre las copas de los árboles en otoño.

Está de más proseguir la descripción de la casa Claes, en cuyas otras partes se desarrollarán necesariamente diversas escenas de esta historia;

de momento basta con conocer sus principales disposiciones.

En el año 1812, hacia los últimos días del mes de agosto, un domingo, después de las vísperas, una mujer estaba sentada en su poltrona delante de una de las ventanas del jardín. Los rayos del sol caían oblicuamente sobre la casa, la cogían de través, atravesaban el locutorio, expiraban en singulares reflejos sobre los entablados que revestían las paredes del lado del patio, y volvían a la mujer en la zona púrpura proyectada por la cortina de damasco de la ventana. Un mediocre pintor que hubiese en aquel instante copiado a esta mujer, habría seguramente logrado una obra destacable al reproducir una cabeza tan llena de dolor y de melancolía. La actitud del cuerpo y los pies adelantados denotaban el abatimiento de una persona que pierde la conciencia de su ser físico en la concentración de sus fuerzas absorbidas por un pensamiento fijo; ella seguía sus irradiaciones en el futuro, como a menudo, en la orilla del mar, se ve un rayo de sol que atraviesa las nubes y deja en el horizonte alguna franja luminosa. Las manos de esa mujer, desechadas por los brazos de la poltrona, colgaban, y la cabeza, como si se sintiera demasiado pesada, reposaba sobre el respaldo. Un vestido muy sencillo de percal blanco impedía apreciar bien sus proporciones, y el corpiño estaba disimulado por los pliegues de un chal cruzado sobre el pecho y negligentemente anudado. Aun cuando la luz no hubiese puesto de relieve su rostro que parecía querer destacar con preferencia al resto de su persona, habría sido imposible no ocuparse entonces exclusivamente de él; su expresión, que hubiese impresionado al más indiferente de los niños, acusaba un estupor persistente y frío a pesar de algunas ardientes lágrimas. Nada es más terrible que ver ese extremo dolor cuyo desbordamiento no tiene lugar sino entre raros intervalos, pero que quedaba sobre este rostro como la lava cuajada en torno a un volcán. Se habría creído en una madre agonizante, obligada a dejar a sus hijos en un abismo de miserias, sin poder legarles ninguna protección humana.

La fisonomía de esta dama, de unos cuarenta años de edad, pero entonces mucho menos lejos de la belleza de lo que no lo hubiera estado jamás en su juventud, no ofrecía ninguno de los rasgos de la mujer flamenca. Una espesa cabellera negra caía en ondas sobre sus hombros y a lo largo de sus mejillas. Su frente, muy abombada, de estrechas sienes, era amarillenta, pero bajo ella destellaban dos negros ojos que parecían despedir llamas. Su rostro, netamente español, moreno, poco vivo el color, salpicado por la viruela, llamaba la atención por lo perfecto de su óvalo,

cuyos contornos conservaban, a pesar de la alteración de las líneas, un acabado de majestuosa elegancia y que reaparecía a veces por entero si algún esfuerzo del alma le restituía su primitiva pureza. El rasgo que prestaba la mayor distinción a ese rostro enérgico era una nariz curva como el pico de un águila y que demasiado protuberante en su centro, parecía mal constituida interiormente; pero había en ella una delicadeza indescriptible; sus aletas eran tan tenues que su transparencia permitía a la luz enrojecerlas intensamente. Aunque los labios gruesos y apretados denotasen la altivez que inspira una elevada cuna, estaban impresos de una bondad natural y respiraban cortesía. Podría discutirse la belleza de ese rostro a la vez vigoroso y femenino, pero llamaba la atención. Pequeña, jorobada y coja, esa mujer permaneció tanto más tiempo soltera por cuanto que se obstinaban en negarle talento; sin embargo, hubo varios hombres que se impresionaron hondamente por el apasionado ardor que expresaba aquella cabeza, por los indicios de una inagotable ternura, y que permanecieron bajo un encanto inconcebible con tantos defectos. Ella tenía mucho de su abuelo, el duque de Casa-Rafael, grande de España. En aquel instante, el encanto que antaño apresaba tan despóticamente a las almas enamoradas de la poesía, brotaban de su rostro más vigorosamente que en cualquier momento de su vida pasada, y se ejercía, por decirlo así, en el vacío, expresando una voluntad fascinadora omnímoda sobre los hombres, pero sin fuerza sobre los destinos. Cuando sus ojos abandonaban el recipiente de cristal donde miraba a los peces sin verlos, los levantaba con desesperado movimiento, como para invocar al cielo. Sus sufrimientos parecían ser de aquellos que sólo se pueden confiar a Dios. El silencio no estaba turbado sino por el monótono canto de los grillos y de las cigarras en el jardinillo, el cual exhalaba un calor de horno, y por el apagado tintinear de la platería, y el sordo ruido de los platos y las sillas que removía en la pieza contigua al locutorio un criado ocupado en disponer la cena.

En ese momento, la afligida dama prestó oído atento y pareció recogerse; cogió su pañuelo y se enjugó unas lágrimas; intentó sonreír, y deshizo tan bien la expresión de dolor grabada en sus facciones, que habría podido creérsela en ese estado de indiferencia en que nos deja una vida exenta de inquietudes. Bien fuese porque la costumbre de vivir en aquella casa donde la confinaban sus enfermedades, le hubiera permitido reconocer algunos efectos naturales e imperceptibles para los demás, y que las personas presas de sentimientos extremos anhelan vivamente, o porque la naturaleza hubiese compensado tantas desgracias físicas dándole

sensaciones más delicadas que a los seres en apariencia más ventajosamente dotados, esa mujer había oído los pasos de un hombre en una galería construida encima de las cocinas y de las salas destinadas a la servidumbre de la casa, y cuya galería comunicaba la parte delantera con la posterior. El ruido de los pasos fue cada vez más nítido. Pronto, sin poseer el poder con el cual una criatura apasionada como lo era aquella mujer sabe abolir a menudo el espacio para unirse a su otro yo, un extraño hubiera oído fácilmente el andar de aquel hombre en la escalera que bajaba de la galería al locutorio. Y al oír aquellos pasos, el ser que menos atención prestase se habría sorprendido, pues era imposible escucharlos fríamente. Un andar precipitado o brusco e irregular asusta. Cuando un hombre se levanta y llama a gritos, denunciando un incendio, sus pies gritan tan fuerte como su voz. Siendo así, un andar contrario no debe causar menos poderosas emociones. La grave lentitud, el paso pausado y como arrastrado de ese hombre, habrían sin duda impacientado a personas irreflexivas; pero un observador o personas nerviosas habrían experimentado un sentimiento próximo al terror ante el acompasado ruido de aquellos pies que parecían carecer de vida y hacían crujir el entarimado con dos pesas de hierro. Habríase reconocido el paso indeciso y pesado de un viejo, o el majestuoso andar de un pensador que arrastra mundos consigo.

Cuando ese hombre bajó el último escalón, fijando los pies en las baldosas con un movimiento de duda, quedóse un momento en el rellano donde desembocaba el corredor que llevaba a la sala de la servidumbre y desde donde se llegaba igualmente al locutorio por una puerta disimulada entre el enmaderado, como lo estaba paralelamente la que daba al comedor. En aquel instante un leve estremecimiento, comparable a la sensación que produce una chispa eléctrica, agitó a la mujer sentada en la poltrona, pero también la más dulce sonrisa floreció en sus labios, y su rostro, embebido en la espera de un goce, resplandeció como el de una bella virgen italiana; halló la fuerza precisa para devolver sus angustias al fondo de su alma; luego volvió la cabeza hacia los paneles de la puerta que iba a abrirse en el ángulo del locutorio, y que fue, en efecto, empujada con tal brusquedad que la pobre criatura pareció haber recibido su sacudida.

Baltasar Claes apareció de pronto, dio algunos pasos, no miró a la mujer, o, si la miró, no la vio, y permaneció en pie en medio del locutorio, apoyando sobre su mano diestra su cabeza ligeramente inclinada. Un horrible sufrimiento, al cual aquella mujer no podía acostumbrarse, aunque

se le reprodujera frecuentemente cada día, le estrujó el corazón, disipó su sonrisa, plegó su morena frente sobre las cejas, hacia esa línea que ahonda la reiterada expresión de los sentimientos extremos, y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se las enjugó al punto, mirando a Baltasar.

Era imposible no sentirse profundamente impresionado por el jefe de la familia Claes. De joven, debió de parecerse al sublime mártir que amenazó a Carlos V con asegundar a Artevelde; mas entonces parecía de más de sesenta años, aun cuando sólo tuviera cincuenta, y su prematura vejez había destruido aquel noble parecido. Su elevada estatura se encorvaba ligeramente, fuese debido a sus trabajos o porque la espina dorsal se le hubiese combado bajo el peso de su cabeza. Tenía un amplio pecho y cuadrado el busto, pero las partes inferiores de su cuerpo eran enjutas, aunque nerviosas; y ese desacuerdo en un organismo evidentemente perfecto en otro tiempo intrigaba a la mente que intentaba encontrar en alguna singularidad de su existencia las razones de esta forma fantástica. Su abundante cabellera rubia, poco cuidada, caía sobre sus hombros a la manera alemana, pero en un desorden que armonizaba con la extravagancia general de su persona. Su ancha frente ofrecía, por lo demás, las protuberancias en las cuales ha situado Gall los mundos poéticos. Sus ojos, de un azul claro y bello, tenían la brusca viveza que se observa en los grandes investigadores de causas ocultas. Su nariz, sin duda perfecta antes, se había alargado, y sus ventanas parecían abrirse gradualmente por una involuntaria tensión de los músculos olfativos. Los velludos pómulos sobresalían mucho, sus mejillas, ya ajadas, parecían tanto más sumisas, y su boca, llena de gracia, estaba comprimida entre la nariz y un breve mentón bruscamente levantado. La forma de su rostro era, sin embargo, más larga que ovalada; así, el sistema científico que atribuye a cada rostro humano una semejanza con la cara de un animal, habría encontrado una prueba más en el de Baltasar Claes, el cual se podía comparar a una cabeza de caballo. La piel se le pegaba a los huesos, como si algún fuego secreto la hubiese desecado incesantemente; luego, por momentos, cuando miraba al espacio como para encontrar allí la realización de sus esperanzas, hubiéramos dicho que lanzaba por las ventanas de su nariz la llama que le devoraba el alma. Los profundos sentimientos que animan a los grandes hombres respiraban en este pálido rostro surcado de arrugas, y en la frente plegada como la de un viejo rey lleno de preocupaciones, pero, sobre todo, en los destellantes ojos, cuya brasa parecía igualmente acrecentada por la castidad que procura la tiranía de las ideas, y por el hogar interior de una vasta inteligencia. Los

ojos, hundidos en las órbitas, parecían haber sido cercados únicamente por las vigilias y las terribles reacciones de una esperanza siempre defraudada y siempre renaciente.

El celoso fanatismo que inspiran el arte o la ciencia se revelaban aún en ese hombre por una singular y constante distracción de la que eran testimonio su vestimenta y su exterior, de acuerdo con la magnífica monstruosidad de su fisonomía. Sus anchas y velludas manos estaban sucias, y sus largas uñas tenían, en sus extremidades, ribetes negros muy acusados. El calzado, o no estaba limpio o le faltaban los cordones. Entre todos los moradores de la casa, únicamente el amo podía permitirse la extraña licencia de ser tan desaseado. Su pantalón de paño negro lleno de manchas, su chaleco abierto y sin botones, su corbata al revés y su verdosa levita siempre con descosidos, completaban un extravagante conjunto de cosas pequeñas y grandes que en cualquier otro hubiera indicado la miseria que engendran los vicios, pero que en Baltasar Claes era el desaliño del genio. Con demasiada frecuencia el vicio y el genio producen efectos semejantes, ante los cuales el hombre vulgar se engaña. ¿No es el genio un exceso constante que devora el tiempo, el dinero, el cuerpo, y que lleva al hospital más rápidamente aún que las malas pasiones? Los hombres parecen hasta tener más respeto por los vicios que por el genio, ya que se niegan a conceder crédito a éste. Parece como si los beneficios de los trabajos secretos del sabio están tan lejos, que el estado social teme contar con él en vida suya; prefiere desquitarse no perdonándole su miseria o sus infortunios.

A pesar de su constante olvido del presente, si Baltasar Claes olvidaba sus misteriosas contemplaciones; si alguna intención dulce y sociable reanimaba a aquel rostro pensador; si sus ojos fijos perdían su rígido fulgor para traducir un sentimiento; si miraba en torno suyo volviendo a la vida real, resultaba difícil no rendir involuntariamente un homenaje a la seductora belleza de aquel rostro, al donoso espíritu que reflejaba. Así, todos, viéndole entonces, lamentaban que ese hombre no perteneciese ya al mundo, diciéndose: «¡Qué hermoso debió de ser en su juventud!». Vulgar error. Nunca Baltasar Claes fue más poético que en aquel momento. Seguramente que Lavater habría querido estudiar aquella cabeza llena de paciencia, de lealtad flamenca, de moralidad cándida, donde todo era amplio y grande, donde la pasión parecía serena porque era fuerte. Las costumbres de este hombre debían de ser puras, su palabra sagrada, su amistad parecía constante, y su abnegación hubiese

sido completa; pero la voluntad que emplea esas cualidades en provecho de la patria, del mundo o de la familia, se había desplazado fatalmente a otra parte. Este ciudadano, ocupado en velar por la marcha de un hogar, en regentar una fortuna, en dirigir a sus hijos hacia un hermoso futuro, vivía, aparte de sus deberes y de sus afectos, en contacto con algún genio familiar. A un sacerdote le habría parecido colmado de la palabra de Dios; un artista le hubiese saludado como a un gran maestro, y un entusiasta le hubiera tomado por un vidente de la Iglesia «swedenborgiana».

En este momento, la ropa gastada y ruin que llevaba ese hombre contrastaba singularmente con el acicalamiento de la mujer que le admiraba tan dolorosamente. Las personas contrahechas que tienen talento o un alma bella se visten con un gusto exquisito. O bien se visten con sencillez, comprendiendo que su encanto es puramente moral, o saben hacer olvidar la desgracia de sus proporciones mediante una especie de elegancia en los detalles que recrea la mirada y ocupa el espíritu. No solamente tenía un alma generosa esa mujer, sino que aún amaba a Baltasar Claes con ese instinto de la mujer que procura un regalo anticipado de la inteligencia de los ángeles. Educada en el seno de una de las familias más ilustres de Bélgica, habría adquirido el gusto si no lo hubiese tenido ya; pero acuciada por el deseo de complacer constantemente al hombre que amaba, sabía vestirse admirablemente, sin que su elegancia chocase con sus dos defectos de conformación. Su corpiño no pecaba por lo demás sino en los hombros, siendo uno de ellos sensiblemente más abultado que el otro en la espalda. Miró primero a ver si estaba sola con Baltasar, y le dijo con voz dulce, dirigiéndole una mirada llena de esa sumisión que distingue a las flamencas, pues hacía tiempo que el amor había ahuyentado la altivez de la grandeza española.

—¿Estás, pues, muy ocupado, Baltasar? Son ya treinta y tres domingos que no vienes ni a misa ni a vísperas.

Claes no respondió; su mujer bajó la cabeza, unió las manos y esperó. Sabía que aquel silencio no denotaba ni desprecio ni desdén, sino tiránicas preocupaciones. Baltasar era uno de esos seres que conservan durante mucho tiempo en el fondo de su corazón su delicadeza juvenil, y se habría sentido criminal expresando el menor pensamiento hiriente a una mujer abrumada por el sentimiento de su desgracia física. Acaso él solo, entre los hombres, sabía que una palabra, una mirada, pueden borrar años de felicidad, y que son más crueles cuanto más contrastan con una

constante dulzura, ya que nuestra naturaleza nos induce a sentir más dolor por una disonancia en la felicidad que placer experimentamos en un goce en la desgracia.

Instantes después Baltasar pareció despertarse, miró vivamente en derredor suyo, y dijo:

—¿Vísperas?… ¿Están los hijos en las vísperas?

Dio algunos pasos para mirar hacia el jardín, en el cual había muchos y magníficos tulipanes; pero se detuvo de pronto, como si hubiese chocado contra un muro, y exclamó:

—¿Por qué no se combinarían en un momento dado?

«¿Se volverá loco?», se preguntó su mujer con el mayor terror.

Para dar más interés a la escena que había provocado esta situación, resulta indispensable dirigir una ojeada a la vida anterior de Baltasar Claes y de la nieta del duque de Casa-Real.

II. Historia de un matrimonio flamenco

Hacia el año 1783, don Baltasar Claes Molina de Nourho, entonces de veintidós años, podía pasar por lo que en Francia llamamos un guapo mozo. Completó su educación en París, donde adquirió excelentes modales en la sociedad de la señora de Efmont, del conde de Horn, del príncipe de Arenberg, del embajador de España, de Helvetius y de los franceses originarios de Bélgica, o de las personas venidas de este país y a las cuales su cuna o su fortuna hacían contar entre los grandes señores que en aquel tiempo daban el tono. El joven Claes encontró algunos parientes y amigos que le lanzaron al gran mundo en el momento en que ese gran mundo iba a caer; pero, como la mayoría de los jóvenes, fue, de momento, más seducido por la gloria y la ciencia que por la vanidad. Así frecuentó mucho la sociedad de los sabios, tratando particularmente con Lavoisier, quien entonces llamaba más la atención pública por la inmensa fortuna de asentista general que por sus descubrimientos en el terreno de la química, aunque, tiempo después, el gran químico hizo olvidar al pequeño asentista general. Baltasar se apasionó por la ciencia que cultivaba Lavoisier, y se convirtió en su más ardiente discípulo; pero era joven y apuesto como lo fue Helvetius, y las mujeres de París no tardaron en enseñarle a destilar exclusivamente el espíritu y el amor. Aun cuando hubiera abrazado el estudio con ardor, y que Lavoisier le hubiese dedicado algunos elogios, abandonó a su maestro para escuchar a las maestras del gusto, a cuyo lado los jóvenes tomaban sus últimas lecciones de mundología, modelándose según los usos de la alta sociedad, que en Europa constituyen una misma familia. La embriagadora ilusión del éxito duró poco; tras haber respirado el aire de París, Baltasar se fue cansando de una vida vacía que no concordaba ni con su alma ardiente ni con su amante corazón. La vida doméstica, tan dulce, tan tranquila y serena, y de la que se acordaba con sólo oír el nombre de Flandes, le pareció convenirle mejor a su carácter y a las ambiciones de su corazón. Los dorados de los salones parisienses habían eclipsado las melodías del pardo locutorio y del pequeño jardín donde su infancia había transcurrido tan dichosa. Es preciso no tener ni hogar ni patria para permanecer en París. París es la ciudad del cosmopolita o de los hombres que se han

casado con el mundo y lo abrazan incesantemente con el brazo de la ciencia, del arte o del poder.

El hijo de Flandes volvió, pues, a Douai como el palomo de La Fontaine a su nido, y lloró de alegría al llegar el día en que se paseaba a Gayant. Gayant, esa supersticiosa felicidad de toda la villa, ese triunfo de los recursos flamencos, se había introducido cuando la emigración de su familia a Douai. La muerte de su padre y la de su madre dejaron desierta la casa Claes, y la ocuparon durante algún tiempo. Pasado el primer dolor, sintió la necesidad de casarse para completar la dichosa existencia que le habían inculcado todas las religiones; quiso seguir el procedimiento del hogar doméstico yendo, como sus antepasados, a buscar una esposa a Gante, a Brujas o a Amberes, pero ninguna de las jóvenes que vio le convino. Tenía, sin duda, algunas ideas particulares sobre el matrimonio, pues desde su juventud fue acusado de no seguir el camino corriente. Cierto día oyó hablar en casa de uno de sus parientes, en

Gante, de una señorita de Bruselas que se había convertido en objeto de muy vivas discusiones. Unos sostenían que la belleza de la señorita de Temnick quedaba eclipsada por sus imperfecciones; otros la veían perfecta a pesar de sus defectos. El viejo primo de Baltasar Claes dijo a sus invitados que, bella o no, tenía un alma que haría que él la desposara con gusto si fuese casadero, y contó cómo acababa de renunciar a la herencia de su padre y de su madre a fin de procurar a su joven hermano un enlace digno de su nombre, prefiriendo así la felicidad de su hermano a la suya propia, sacrificándole su vida. Pues no cabía pensar que la señorita de Temnick se casara vieja y sin fortuna cuando siendo una joven heredera no se le presentaba ningún partido. Algunos días después Baltasar Claes buscaba a la señorita de Temnick, la cual tenía entonces veinticinco años, y de quien se había vivamente prendado. Josefina de Temnick se creyó objeto de un capricho, y negose a escuchar a Claes; mas la pasión es tan comunicativa, y, para una pobre muchacha contrahecha y coja, ofrece tantas seducciones un amor inspirado a un hombre joven y apuesto, que consintió en que la cortejase.

¿No sería preciso un libro entero para describir el amor de una joven humildemente sometida a la opinión que la proclama fea, mientras siente en ella el irresistible hechizo que producen los verdaderos sentimientos? Son feroces celos y envidias a la vista de la felicidad, crueles veleidades de venganza contra la rival que roba una mirada, emociones, terrores

desconocidos a la mayoría de las mujeres, y que perderían su intensidad siendo sólo indicados. La duda, tan dramática en amor, sería el secreto de ese análisis, esencialmente minucioso, donde ciertas almas volverían a hallar la poesía perdida, pero no olvidada, de sus primeras desazones; esas exaltaciones sublimes en el fondo del corazón y que el rostro no traiciona nunca; ese temor de no ser comprendida, y esas ilimitadas alegrías por haberlo sido; esas vacilaciones del alma que se repliega en sí misma, y esas proyecciones magnéticas que prestan a los ojos infinitos matices; esos proyectos de suicidio motivados por una palabra y disipados por una entonación de voz tan extensa como el sentimiento cuya ignota persistencia revela; esas miradas temblorosas que velan terribles audacias; esos súbitos deseos de hablar y de obrar reprimidos por su misma violencia; esa elocuencia íntima que se produce por frases sin espíritu, pero pronunciadas con alterada voz; los misteriosos efectos de ese primitivo pudor del alma y de esa divina discreción que hace generoso en la sombra y hallar un exquisito gusto a las ignoradas abnegaciones; en fin, todas las bellezas del amor joven y las debilidades de su potencia.

La señorita Josefina de Temnick fue coqueta por grandeza de alma. El sentimiento de sus aparentes imperfecciones la hizo tan difícil como lo habría sido la persona más bella. El temor de desagradar un día despertaba su orgullo, destruía su confianza y la procuraba el valor de guardar en el fondo de su corazón esas primeras dichas que las demás mujeres gustan de publicar por sus modales, y en las que apoyan su engreimiento. Cuanto más vivamente la empujaba el amor hacia Baltasar, menos se atrevía ella a expresar sus sentimientos. ¿No se convertían acaso en humillantes especulaciones el gesto, la mirada, la respuesta o la pregunta que, en una mujer bonita, son halagos para un hombre? Una mujer bella puede ser ella misma a su antojo; la sociedad le pasa siempre por alto una tontería o una torpeza, mientras que una sola mirada detiene la más magnífica expresión en los labios de una mujer fea, intimida sus ojos, aumenta la poca gracia de sus ademanes, coarta su actitud. Bien sabe que sólo a ella se le prohíbe cometer faltas, que todos le niegan el don de repararlas, y, por lo demás, nadie le proporciona la ocasión de ello. ¿No debe extinguir las facultades, helar su ejercicio, la necesidad de ser a cada instante perfecta? Esta mujer no puede vivir más que en una atmósfera de angélica indulgencia. ¿Dónde se encuentran los corazones de los que se expande la indulgencia sin teñirse de una amarga y ofensiva compasión?

Estos pensamientos, a los que le había acostumbrado la horrible urbanidad social, y esos miramientos que, más crueles que injurias, agravan las desgracias constatándolas, oprimían a la señorita de Temnick, causándole una mortificación constante que refluía al fondo de su alma las más deliciosas impresiones, e imprimía frialdad a su actitud, a su palabra, a su mirada… Ella estaba enamorada a hurtadillas, no atreviéndose a tener elocuencia o belleza sino en la soledad. Desgraciada en pleno día, habría sido encantadora si le hubiesen permitido vivir sólo en la noche. A menudo, para poner a prueba aquel amor, y a riesgo de perderlo, desdeñaba el atavío que podía velar en parte sus defectos. Sus ojos de española fascinaban cuando se daba cuenta de que Baltasar la encontraba bella por ir sencillamente vestida de casa. Sin embargo, la desconfianza le echaba a perder los raros instantes durante los cuales se aventuraba a pensar en la felicidad, no tardando en preguntarse si Claes trataba de desposarla sólo para tener una esclava en casa, o bien si no tendría él algunas imperfecciones secretas que le obligaran a contentarse con una pobre muchacha tan desfavorecida. Estas perpetuas ansiedades daban a veces un precio inaudito a las horas en que creía en la duración, en la sinceridad de un amor que debía vengarla del mundo. Ella provocaba delicadas discusiones exagerando su fealdad, a fin de penetrar hasta el fondo de la conciencia de su amante, arrancando entonces a Baltasar verdades poco halagüeñas; pero le placía el compromiso en que él se encontraba cuando le inducía a decir que lo que se amaba en una mujer era todo un alma hermosa, y esa lealtad, esa abnegada dedicación que hace tan constantemente dichosos los días de la vida, que al cabo de algunos años de matrimonio la más deliciosa mujer de la tierra es para un marido el equivalente de la más fea. Tras haber aplicado lo que había de verdad en las paradojas que tienden a disminuir el precio de la belleza, de pronto Baltasar se percataba de lo desatento de estas proposiciones, y descubría toda la bondad de su corazón en la delicadeza de las transiciones con que sabía probar a la señorita de Temnick que ella era perfecta para él. La abnegación, que es acaso en la mujer el colmo del amor, no le faltó a esa muchacha, pues siempre desesperó de ser amada; pero le tentó la perspectiva de una lucha en la cual el sentimiento debía triunfar de la belleza; además, halló grandeza en entregarse sin creer en el amor, y, en fin, la felicidad, de tan corta duración como pudiera ser, debía costarle demasiado cara como para que se negase a saborearla. Esas circunstancias, esos combates, comunicando el encanto y lo imprevisto de la pasión a esta criatura superior, inspiraban a Baltasar un amor casi caballeresco.

La boda se celebró a principios del año 1795. Los dos volvieron a Douai para pasar los primeros días de su unión en la casa patriarcal de los Claes, cuyos tesoros engrosó la señorita de Temnick, quien aportó algunos bellos cuadros de Murillo y de Velázquez, los diamantes de su madre y los magníficos presentes que le envió su hermano, convertido en duque de Casa-Real.

Pocas mujeres fueron más dichosas que la señora Claes. Su felicidad duró quince años, sin la más ligera nube, y, como una viva luz, se infundió hasta en los menudos detalles de la existencia. La mayor parte de los hombres tienen desigualdades de carácter que producen continuas disonancias, privando así a su hogar de esa armonía que es el bello ideal del matrimonio, pues esa mayoría se halla dominada por pequeñeces y las pequeñeces engendran los disgustos. Uno será probo y activo, pero rudo y áspero; el otro será bueno, pero terco; éste amará a su mujer, mas con voluntad vacilante; aquél, preocupado por la ambición, cumplirá con sus sentimientos como si pagase una obligada deuda; si procura las vanidades de la fortuna, se lleva el goce cotidiano; en fin, los hombres del medio social son esencialmente incompletos, sin ser notablemente reprochables. Las personas de espíritu son tan variables como barómetros; únicamente el genio es esencialmente bueno. Así la felicidad pura se encuentra en las dos extremidades de la escala moral. Únicamente la buena bestia o el hombre de genio son capaces, uno por debilidad y el otro por la fuerza, de esa igualdad de humor, de esa constante dulzura en la cual se funden las asperezas de la vida. En la bestia, es indiferencia y pasividad; en el hombre de genio es la indulgencia y la continuidad del sublime pensamiento cuyo intérprete es, y que ha de semejarse tanto en el principio como en la aplicación. Ambos seres son igualmente simples e ingenuos: sólo que en el primero es el vacío, y en el segundo la profundidad. Así, las mujeres hábiles están dispuestas a tomar una bestia como el mejor sustituto de un gran hombre.

Baltasar imbuyó, pues, de buenas a primeras su superioridad en las cosas más pequeñas de la vida. Se recreó viendo en el amor conyugal una obra magnífica y, como los hombres de elevado alcance que no toleran nada imperfecto, quiso desplegar todas las bellezas de ese amor. Su espíritu modificaba incesantemente la calma de la felicidad, su noble carácter marcaba las atenciones con la impronta de la gracia. Así, aunque compartiese los principios filosóficos del siglo XVIII, instaló en su casa,

hasta el año 1801, a pesar de los peligros que le hacían correr las leyes revolucionarias, a un sacerdote católico, a fin de no contrariar el fanatismo español que su mujer había mamado con la leche materna por el catolicismo romano; luego, al restablecerse el culto en Francia, acompañó a su mujer a misa todos los domingos. Jamás su afecto abandonó las formas del apasionamiento. Jamás hizo sentir en su hogar esa fuerza protectora que las mujeres desean tanto, porque, para la suya, se habría parecido a la piedad. En fin, y mediante la más ingeniosa adulación, la trataba como a su igual y manifestaba a veces esos enfurruñamientos que un hombre se permite hacia una mujer bella como para enfrentar la superioridad. Sus labios estuvieron siempre adornados, con la sonrisa de la felicidad, y sus palabras constantemente llenas de dulzura. Amó a su Josefina por ella y por él, con ese ardor que traduce un elogio continuo de las cualidades y de los encantos de una mujer. La fidelidad, a menudo efecto de un principio social, de una religión o de un cálculo en los maridos, parecía involuntaria en él, y no iba sin el acompañamiento de los dulces halagos de la primavera del amor.

El deber era la única obligación del matrimonio que fuéseles desconocida a estos dos seres igualmente amantes, pues Baltasar Claes halló en la señorita de Temnick una constante y cabal realización de sus esperanzas. En él, el corazón fue siempre saciado sin fatiga, y el hombre colmado siempre de dicha. No solamente la sangre española no mentía en la nieta de los Casa-Real, y le prestaba el instinto de esa ciencia que sabe hacer variar el placer al infinito, sino que también tuvo esa ilimitada abnegación que es el genio de su sexo, como la gracia constituye su belleza. Su amor era un fanatismo ciego que, a un solo movimiento de cabeza, la habría hecho ir gozosamente a la muerte. La delicadeza de Baltasar había exaltado en ella los más generosos sentimientos de la mujer, inspirándole una imperiosa necesidad de dar más de lo que recibía. Ese intercambio mutuo de una felicidad alternativamente prodigada, situaba visiblemente el principio de la vida exterior de ella, y expandía un creciente amor en sus palabras, en sus miradas, en sus actos. Por ambas partes, el agradecimiento fecundaba y diversificaba la vida del corazón, lo mismo que la certidumbre de ser uno todo para el otro excluía las pequeñeces, engrandeciendo las menores cosas secundarias de la existencia.

¿Pero no son también las más dichosas criaturas del mundo femenino la mujer contrahecha que su marido halla erguida, la coja a la cual un hombre no quiere de otro modo, o la de edad que parece joven a los ojos

de su amante? La pasión humana no podría ir más allá. ¿No es la gloria de la mujer el hacer que se quiera lo que parece un defecto en ella? Olvidar que una coja no anda derecha, es la fascinación de un momento; pero, amarla porque cojea, es la deificación de su defecto. Acaso habría que grabar en el Evangelio de las mujeres esta sentencia: «Bienaventuradas las imperfectas, porque a ellas pertenece el reino del amor».

Ciertamente, la belleza debe ser una desgracia para una mujer, pues esta flor pasajera tiene demasiada parte en el sentimiento que inspira. ¿No se la quiere como se toma en matrimonio a una rica heredera? Mas el amor que hace experimentar o que testimonia una mujer desheredada de las frágiles ventajas tras las cuales corren los hijos de Adán, es el amor auténtico, la pasión verdaderamente misteriosa, un ardiente abrazo de las almas, un sentimiento por el cual no llega nunca el día de la desilusión. Esta mujer tiene gracias ignoradas por el mundo, al control del cual se sustrae; es hermosa pertinentemente, y recoge demasiada gloria para que se olviden sus imperfecciones. Así, los efectos más célebres de la historia fueron casi todos inspirados por mujeres a las que el vulgo habría hallado defectos. Cleopatra, Juana de Nápoles, Diana de Poitiers, la Valliere, la Pompadour, en fin, la mayoría de las mujeres cuya belleza se cita como perfecta, vieron acabar desgraciadamente sus amores. Esta aparente singularidad debe tener su causa. Tal vez el hombre vive más por el sentimiento que por el amor; acaso el encanto puramente físico de una mujer tiene sus límites, mientras que el esencialmente moral de una mujer de belleza mediocre es infinito. No es la moraleja de la fábula en lo que reposan las *Mil y una noches*. Mujer de Enrique VIII, una fea habría desafiado el hacha y sometido la inconstancia de su dueño.

Por una singularidad bastante explicable en una muchacha de origen español, la señorita de Claes era ignorante. Sabía leer y escribir, pero, hasta la edad de veinte años, época en la que sus padres la sacaron del convento, sólo había leído obras ascéticas. Al entrar en el mundo, sintió al principio la sed de los placeres y no aprendió más que la frívola ciencia del vestido y el acicalamiento, pero fue tan pronto humillada por su ignorancia, que no se atrevió a mezclarse en ninguna conversación, por lo que pasaba por tener escaso talento e ingenio. Sin embargo, esa educación mística tuvo por resultado conservar en ella los sentimientos con toda su purísima fuerza y no malear su natural espíritu. Torpe y fea como heredera a los ojos del mundo, se volvió espiritual y bella para su marido. Baltasar intentó

de la mejor manera, durante los primeros años de su matrimonio, inculcar a su mujer los conocimientos que precisaba para hacer un discreto papel en sociedad, mas sin duda era demasiado tarde. Ella no tenía sino la memoria del corazón. Josefina no olvidaba nada de cuanto le decía Claes referente a ellos mismos; recordaba las más pequeñas circunstancias de su vida feliz, pero al otro día había olvidado la lección de la víspera. Esta ignorancia habría causado graves desacuerdos y hasta discordias entre otros esposos, pero la señora Claes tenía un tan cándido sentido de la pasión, amaba tan devotamente, tan santamente a su marido, y la hacía tan hábil el deseo de conservar su felicidad, que se las arreglaba siempre para parecer comprenderle, y raramente dejaba aparecer los momentos en que su ignorancia habría resultado demasiado evidente. Además, cuando dos personas se quieren lo bastante como para que cada día sea para ellas el primero de su pasión, existen en esta fecunda felicidad fenómenos que cambian todas las condiciones de la vida. ¿No es, entonces, como una infancia despreocupada de todo cuanto no sea risa, goce, placer? Luego, cuando la vida es muy activa, cuando el hogar es cálido, el hombre deja proseguir la combustión sin pensar en ella o discutirla, sin medir ni los medios ni el fin. Nunca, por lo demás, ninguna hija de Eva entendió mejor que la señora Claes su oficio de mujer. Tuvo esa sumisión de la flamenca, que hace el hogar tan atractivo, y al que su altivez de española prestaba un sabor más elevado. Ella sabía imponer el respeto por una mirada en la que fulguraba el sentimiento de su valía y de su nobleza, pero ante Claes temblaba; y, a la larga, había acabado por situarle tan alto y tan cerca de Dios, dedicándole todos los actos de su vida y sus menores pensamientos, que su amor no se compaginaba ya sin un tinte de respetuoso temor que lo avivaba aún. Adoptó con orgullo todas las costumbres de la burguesía flamenca y empleó su amor propio en hacer la vida doméstica holgadamente dichosa, en mantener los más pequeños detalles de la casa en su clásica y esmerada limpieza, en no poseer sino objetos de una calidad absoluta, en presentar en la mesa los manjares más delicados, y en tenerlo todo en el hogar en armonía con la vida del corazón.

Tuvieron dos hijos y dos hijas. La mayor, llamada Margarita, nació en el año 1796. El benjamín tenía ya tres años y se llamaba Juan Baltasar, El sentimiento maternal fue en la señora Claes casi igual a su amor por su esposo. De ahí que en su alma, sobre todo durante los últimos días de su vida, se librase un horrible combate entre esos dos sentimientos igualmente poderosos, de los que uno se había convertido, en cierto modo, en enemigo del otro. Las lágrimas y el terror impresos en su rostro,

en el momento en que comienza el relato del drama doméstico que se incubaba en este apacible hogar, los motivaba el temor de haber sacrificado sus hijos a su marido.

En el 1805 el hermano de la señora Claes murió sin dejar descendencia. La ley española se oponía a que la hermana entrara en posesión de las tierras que eran patrimonio del título de la casa, pero, mediante sus disposiciones testamentarias, el duque le legó unos sesenta mil ducados, que los herederos de la rama colateral no le disputaron. Aunque el sentimiento que la unía a Baltasar Claes era tal que idea alguna de interés podía empañarlo nunca, Josefina sintió una especie de gozo al poseer una fortuna igual a la de su marido, y su dicha fue poder ofrecerle algo después de haberlo recibido todo tan noblemente de él. El azar dispuso, pues, que aquel casamiento, en el que los calculadores veían una locura, fuese, en lo que atañe a los intereses, excelente.

Fue harto difícil determinar el empleo de aquella suma. La casa Claes estaba tan magníficamente surtida en mobiliario, en cuadros, en objetos de arte y de precio, que no parecía apenas posible añadir cosas dignas de las que ya había en ella. El gusto de esta familia había acumulado tesoros. Una generación se dedicó a seguir la pista de las obras maestras de la pintura; luego la necesidad de completar la colección empezada hizo que la dedicación se fuese heredando. Los cien cuadros que adornaban la galería por la cual se comunicaba la vivienda posterior con los departamentos de recepción del primer piso de la casa delantera, así como otros cincuenta distribuidos en los salones de gala, exigieron tres siglos de pacientes búsquedas. Había célebres lienzos de Rubens, de Ruysdael, de Van Dyck, de Terburg, de Gerard Dow, de Teniers, de Mieris, de Paul Potter, de Wouwermans, de Rembrandt, de Hohbema, de Cranach y de Holbein. Los cuadros italianos y franceses estaban en minoría, pero todos eran auténticos y capitales. Otra generación había tenido la fantasía de las vajillas de porcelana y china. Tal Claes se apasionó por los muebles, otro por la platería, y, en fin, cada cual tuvo su manía, su pasión, uno de los rasgos más acusados del carácter flamenco. El padre de Baltasar, el último resto de la famosa sociedad holandesa, dejó una de las más ricas colecciones conocidas de tulipanes.

Aparte de estas riquezas hereditarias, que representaban un capital enorme y amueblaban magníficamente la vieja casa, sencilla en el exterior como una concha, pero como una concha interiormente nacarada y

embellecida con los más ricos colores, Baltasar Claes poseía aún una quinta en la llanura de Orchis. Lejos de basar, como los franceses, sus gastos según los ingresos, siguió la vieja costumbre holandesa de no consumir sino una cuarta parte, y mil doscientos ducados por año situaban su dispendio al nivel del que hacían las personas más acaudaladas de la villa. La publicación del Código Civil dio la razón a esta cordura. Al ordenar el reparto igual de los bienes el capítulo dedicado a las *Sucesiones*, debía dejar a cada hijo casi pobre y dispersar un día las riquezas del antiguo museo Claes. Baltasar, de acuerdo con la señora Claes, colocó la fortuna de su mujer de manera que asegurase a cada uno de sus hijos una posición semejante a la del padre. La casa Claes persistió, pues, en la modestia de su rumbo, compró bosques, un tanto maltratados por las guerras que se habían sucedido, pero los cuales, cuidados debidamente, deberían adquirir un enorme valor dentro de diez años.

La alta sociedad de Douai, la cual frecuentaba Baltasar Claes, supo apreciar tan bien el noble carácter y las cualidades de su mujer que, por una especie de convención tácita, se libró de los deberes a los que tanto apego tienen las gentes de provincias. Durante la estación invernal, que ella pasaba en la ciudad, raramente iba a ninguna fiesta, siendo la sociedad la que acudía a su casa. Recibía los miércoles y ofrecía tres opíparas cenas cada mes. La gente había notado que prefería no salir de su hogar, en el que por lo demás la retenía su pasión por su marido y los cuidados que reclamaba la educación de sus hijos. Tal fue hasta el año 1809 la conducta de este matrimonio que en nada recordaba las ideas recibidas. La vida de estos dos seres, secretamente plena de amor y de gozo, era exteriormente semejante a cualquier otra. La pasión de Baltasar Claes por su mujer, y que su mujer sabía perpetuar, parecía, como lo hacía observar él mismo, emplear su constancia innata en el cultivo de la felicidad que valía tanto como el de los tulipanes al que estaba inclinado desde su infancia y le dispensaba de tener su manía como cada uno de sus antepasados tuvo la suya.

A finales del año, el espíritu y las maneras de Baltasar sufrieron funestas alteraciones, empezando de una manera tan natural que al principio la señora Claes no vio necesario preguntarle por su causa. Una noche, su marido se acostó en un estado de preocupación que ella se creyó en el deber de respetar. Su delicadeza de mujer y sus hábitos de sumisión la habían hecho esperar siempre las confidencias de Baltasar, cuya confianza le estaba garantizada por un cariño tan verdadero que no dejaba

el menor paso a los celos. Aunque segura de obtener una respuesta cuando ella se permitiese una pregunta curiosa, conservó siempre de sus primeras impresiones en la vida el temor de una negativa. Por otra parte, la dolencia moral de su marido tuvo fases y sólo llegó por tonos progresivamente más acentuados a la intolerable violencia que destruyó la felicidad de su hogar. Por ocupado que estuviera Baltasar, siguió siendo durante meses conversador y afectuoso, y el cambio de su carácter no se manifestó todavía sino por frecuentes distracciones. La señora Claes esperó largo tiempo para saber por boca de su marido el secreto de sus trabajos; acaso era que no quería decir nada sino hasta el momento en que llegaran a producir resultados útiles, ya que muchos hombres tienen un orgullo que les impele a ocultar sus combates no mostrándose más que cuando se saben victoriosos. El día del triunfo, la dicha doméstica debía reaparecer tanto más deslumbrante cuanto que Baltasar se percataría de esa laguna en su vida amorosa que su corazón sin duda desaprobaría. Josefina conocía lo bastante a su marido para saber que no se perdonaría el no haber hecho a su Pepita menos feliz durante varios meses. Así, ella guardaba silencio, experimentando una especie de goce en sufrir por él, para él, pues su pasión tenía un tinte de esa piedad española que no separa jamás la fe del amor y no comprende el sentimiento sin sufrimientos. Esperaba un retorno del cariño, diciéndose cada noche: «Será mañana», y pensando en su felicidad como en algo ausente.

La señora Claes concibió su último hijo en medio de estas secretas inquietudes. ¡Horrible revelación de un futuro de dolor! En esta circunstancia, el amor fue, entre las distracciones de su marido, como una distracción mayor que las otras. Su orgullo de mujer, herido por primera vez, le hizo sondear la profundidad del ignoto abismo que la separaba para siempre del Claes de los primeros días.

Desde ese momento, el estado de Baltasar empeoró. Este hombre, antes incesantemente consagrado a los goces domésticos, que jugaba durante horas enteras con sus hijitos, que rodaba con ellos por la alfombra del locutorio o en las pequeñas avenidas del jardín, que parecía no poder vivir sino bajo los negros ojos de su Pepita, no se dio cuenta del embarazo de su mujer, olvidó vivir en familia y se olvidó de sí mismo. Cuanto más tardaba la señora Claes en preguntarle por la clase de sus ocupaciones, menos se atrevía él. Ante esta idea, la sangre le hervía y le faltaba la voz. Finalmente, creyó que ya no le gustaba a su marido y entonces sufrió su mayor alarma. Ese temor la embargó, la desesperó, la exaltó,

convirtiéndola en el origen de muchas horas melancólicas y de amargas pesadillas. Justificó a Baltasar a su costa, encontrándose fea y vieja; luego entrevió un pensamiento generoso, pero humillante para ella, en el trabajo con el cual él se creaba una fidelidad negativa, y quiso devolverle su independencia dejando establecer uno de esos secretos divorcios, la expresión de la felicidad de que parecen disfrutar muchos matrimonios. Sin embargo, antes de decir adiós a la vida conyugal, intentó leer en el fondo de aquel corazón, pero lo encontró cerrado. Insensiblemente vio que Baltasar aparecía indiferente ante todo lo que había amado, que descuidaba sus tulipanes en flor y ya no pensaba en sus hijos. Sin duda se entregaba a algún sentimiento al margen de los afectos del corazón, pero que según las mujeres no seca menos el corazón. El amor estaba dormido y no aventado. Si eso supuso un consuelo, no dejó de seguir siendo la misma desdicha.

La continuidad de esta crisis se explica con una sola palabra: la esperanza, secreto de todas estas situaciones conyugales. Cuando la pobre mujer llegaba a un grado de desespero que le prestaba el valor de interrogar a su marido, precisamente entonces volvía a encontrar dulces momentos durante los cuales Baltasar le demostraba que si él se sometía a algunos pensamientos diabólicos, esos pensamientos le permitían ser él mismo a veces. Durante esos instantes en que se despejaba su cielo, ella se apresuraba demasiado en gozar de su felicidad para molestarle con importunidades; luego, cuando se armaba de valor para interrogar a Baltasar, en el momento mismo en que iba a hablarle, él se le escapaba al instante, la dejaba bruscamente, o recaía en el abismo de sus meditaciones, de las que nada podía sacarle.

Pronto la reacción de lo moral sobre lo físico comenzó sus estragos, al principio imperceptibles, pero apreciables a los ojos de una mujer amante que seguía los pensamientos secretos de su marido en sus menores manifestaciones. Frecuentemente le costaba a ella un gran esfuerzo retener sus lágrimas viéndole después de cenar hundido en una butaca del rincón de la chimenea, taciturno y pensativo, la mirada clavada en algún negro panel, sin darse cuenta del silencio que reinaba en su derredor. Observaba con terror los insensibles cambios que degradaban aquel rostro que el amor había hecho sublime para ella; cada día la vida del alma se retiraba más de él, y su envoltura quedaba sin expresión alguna. A veces los ojos adquirían un color vidrioso, y parecía que la vista le replegase para sumirse en el interior. Cuando los hijos estaban acostumbrados, al

cabo de algunas horas de silencio y de soledad, llenas de espantosos pensamientos, si la pobre Pepita se aventuraba a preguntar: «¿Sufres, querido?», Baltasar no respondía, o bien, al hacerlo, volvía en sí por un estremecimiento como el del hombre que se despierta sobresaltado, y respondía con un «no» seco y cavernoso que caía pesadamente sobre el palpitante corazón de su mujer.

Aunque ella hubiese querido ocultar a sus amistades la singular situación en que se hallaba, viose, sin embargo, obligada a aludirla. Según la costumbre de las pequeñas ciudades, la mayoría de los salones habían hecho de aquel cambio de Baltasar el tema de sus conversaciones, y ya en ciertos círculos se sabían muchos detalles que ignoraba la señora Claes. Así, a pesar del mutismo impuesto por la cortesía, algunos amigos demostraron tan vivas inquietudes, que ella se apresuró a justificar las rarezas de su marido diciendo que Baltasar Claes había emprendido un importante trabajo que le absorbía, pero cuyo éxito había de ser motivo de gloria para su familia y para su patria.

Esta misteriosa explicación halagaba demasiado la ambición de una ciudad en la que más que en ninguna otra reinan el amor del país y el deseo de su ilustración, como para que no produjese en las mentes y en los espíritus una reacción favorable a Claes. Las suposiciones de su mujer eran, hasta cierto punto, bastante fundadas. Operarios de diversas profesiones habían trabajado durante mucho tiempo en el desván de la casa delantera, a la cual se trasladaba Baltasar desde la mañana. Tras haber construido en ella retiros cada vez más prolongados, a los cuales se habían acostumbrado insensiblemente su mujer y sus servidores, Baltasar llegó a permanecer allí días enteros. Mas, ¡dolor inaudito!, la señora Claes supo por las humillantes confidencias de sus buenas amigas, asombradas de su ignorancia, que su marido no cesaba de comprar en París instrumentos de física, materiales preciosos, libros y máquinas, y se arruinaba, según se decía, en la búsqueda de la piedra filosofal. Ella debía pensar en sus hijos, añadían las amigas, en su propio futuro, y sería criminal no emplear su influencia para apartar a su marido de la falsa senda que había emprendido. Si la señora Claes recobraba su impertinencia de gran dama para imponer silencio a esos absurdos rumores, no por ello dejó de asaltarla el terror a pesar de su aparente seguridad y resolvió abandonar su papel de abnegada. Creó así una de esas situaciones durante las cuales una mujer se encuentra en un plano de igualdad con su marido, y menos acobardada se atrevió a preguntar a

Baltasar por la razón de su cambio y el motivo de su constante retiro. El flamenco frunció el ceño y respondió:

—Querida, tú no comprenderías nada de eso.

Un día Josefina insistió en conocer el secreto, quejándose con dulzura de no compartir los pensamientos de aquél con quien compartía su vida.

—Puesto que eso te interesa tanto —respondió Baltasar, reteniendo a su mujer sobre sus rodillas y acariciándole la negra cabellera—, te diré que he vuelto a ocuparme de química y que soy el hombre más feliz de la tierra.

Dos años después del invierno en el que Claes se convirtió en un químico, su casa cambió de aspecto. Fuese porque chocara a la sociedad la perpetua distracción del sabio o porque sus secretas ansiedades hiciesen menos agradable a la señora Claes, ella no veía más que a sus amistades íntimas. Baltasar no iba a ninguna parte, se encerraba en su laboratorio durante el día, permaneciendo en él a veces la noche entera y no apareciendo ante su familia más que a la hora de la cena. Desde el segundo año dejó de pasar la temporada estival en su casa de campo, que su mujer no quiso ocuparla sola. A veces Baltasar salía de su casa, no volviendo hasta el día siguiente, dejando a la señora Claes entregada durante toda una noche a mortales inquietudes; tras haberle hecho buscar infructuosamente en una ciudad cuyas puertas se cerraban al toque de queda, según uso en las plazas fuertes, no podía enviar a nadie a la busca de su marido en el campo. La infeliz no tenía ni siquiera ya la esperanza mezclada de angustia que procura la expectativa y sufría hasta el día siguiente. Baltasar, que había olvidado la hora del cierre de las puertas, llegaba entonces tranquilamente, sin sospechar las torturas que su distracción imponía a su familia; y la dicha de volverle a ver era para su mujer una crisis tan peligrosa como sus aprensiones; ella se callaba, no se atrevía a interrogarle, pues a la primera pregunta que le hizo, él respondió sorprendido.

—Bueno…, ¿es que no puede uno pasearse?

Las pasiones no saben engañar. Las inquietudes de la señora Claes justificaron los rumores que se habían empeñado en desmentir. Su juventud la había acostumbrado a conocer la urbana compasión de la sociedad, y para no sufrirla por segunda vez, se encerró aún más en el recinto de su casa, de la que todo el mundo desertó, hasta sus mejores

amistades.

El desorden en el vestir, siempre tan degradante para un hombre de la clase elevada, fue tal en Baltasar, que entre tantas causas de tristeza no fue uno de los menos sensibles que afectaron a esta mujer, acostumbrada al exquisito cuidado de las flamencas. De acuerdo con Lemulquinier, ayuda de cámara de su marido, Josefina remedió durante algún tiempo la diaria devastación de la ropa, pero tuvo que renunciar a ello. El mismo día en que, sin que Baltasar lo advirtiese, se sustituían con prendas nuevas las que estaban manchadas, desgarradas o agujereadas, él las convertía en andrajos.

Esta mujer feliz durante quince años y cuyos celos no se habían despertado nunca, vio de pronto que ya no era nada al parecer en el corazón en que antes reinó. Española de origen, el sentimiento de la mujer española protestó en ella cuando descubrió una rival en la ciencia que le arrebataba a su marido; los tormentos de los celos le devoraron entonces el corazón y renovaron su amor. ¿Pero qué hacer contra la ciencia? ¿Cómo combatir el poder incesante, tiránico y creciente? ¿Cómo matar a una rival invisible? ¿Cómo una mujer cuyo poder se halla limitado por la naturaleza, puede luchar con una idea cuyos goces son infinitos y los atractivos siempre nuevos? ¿Qué intentar contra la seducción de las ideas que se refrescan, se tornan más lozanas, renacen más bellas en las dificultades y arrastran a un hombre tan lejos del mundo que llega hasta a olvidar sus más caros afectos?

En fin, un día, y a pesar de las severas órdenes que Baltasar había dado, su mujer quiso al menos no abandonarle, encerrarse con él en aquel desván adonde se retiraba, combatir cuerpo a cuerpo con su rival, ayudando a su marido durante las horas que prodigaba a aquella terrible amante. Ella quiso deslizarse secretamente en el misterioso taller de seducción, y adquirir el derecho de permanecer siempre en él. Intentó, pues, compartir con Lemulquinier el derecho de entrar en el laboratorio; mas para que no fuese testigo de una querella que temía, esperó un día en que su marido no necesitase el ayuda de cámara. Desde hacía algún tiempo, ella estudiaba las idas y venidas de ese criado con una impaciencia rencorosa: ¿acaso no sabía él todo lo que ella deseaba conocer, lo que su marido le ocultaba y que no se atrevía ella a preguntarle? Entonces, Lemulquinier era más favorecido que ella, la esposa…

Fue, pues, temblando y casi feliz, pero por primera vez en su vida conoció la cólera de Baltasar; apenas hubo entreabierto la puerta cuando él se le echó encima, la sujetó violentamente contra la escalera, rodando ella peldaños abajo. Aterrado, Baltasar bajó corriendo. Mientras la ayudaba a levantarse gimió:

—¡Dios santo…! Perdóname.

Una mascarilla de cristal se hizo añicos sobre la señora Claes, quien vio a su marido pálido, lívido, espantado.

—Querida, yo te había prohibido que vinieses aquí —dijo él, sentándose en el primer peldaño, abatido—. Los santos han evitado que murieses. ¿Por qué azar yo miraba fijamente la puerta? Ignoras que hemos podido morir.

—Y yo habría sido entonces muy feliz —respondió ella.

—Mi experimento se ha frustrado —prosiguió Baltasar—. Únicamente puedo perdonarte a ti el dolor que me produce tan cruel decepción. Quizá estaba ya cerca de descomponer el ázoe… Anda, vuelve a tus ocupaciones.

Baltasar regresó al laboratorio.

«Quizá estaba ya cerca de descomponer el ázoe», se dijo la pobre mujer volviendo a su habitación, donde se desahogó llorando.

Esta frase le resultaba ininteligible. Los hombres acostumbrados por su educación a comprenderlo todo, no saben lo horrible que es para una mujer no comprender el pensamiento del hombre a quien ama. Más indulgentes que nosotros, esas maravillosas criaturas no nos reprochan el ver que no entendemos el lenguaje de su alma; temen hacernos sentir la superioridad de sus sentimientos, y ocultan sus dolores con tanta alegría como callan sus desconocidos goces; pero, más ambiciosas en el amor que nosotros, quieren abarcar algo más que el corazón del hombre; quieren abarcar también todo su pensamiento. Para la señora Claes, el no saber nada de la ciencia a la que se consagraba su marido engendraba en su alma un despecho más violento que el que podía causarle la belleza de una rival. Una lucha de mujer a mujer deja en la que más ama la ventaja

de amar mejor, pero ese despecho revelaba una importancia y humillaba los sentimientos que nos ayudan a vivir. Josefina la ignoraba. Se creaba, para ella, una situación en la que su ignorancia la separaba de su marido. En fin, como última tortura y la más viva, él vivía a menudo entre la vida y la muerte, corría peligros lejos de ella y cerca de ella, sin que ella los compartiera y sin que los sospechase. Como el infierno dantesco, era una prisión moral sin esperanza. La señora Claes quiso siquiera conocer los atractivos de esta ciencia y se puso a estudiar secretamente química en los libros. Esa familia vivió desde entonces como enclaustrada.

Tales fueron las sucesivas transiciones que la desgracia hizo que sufriese el hogar dé los Claes antes de llevarlo a la especie de muerte civil que le hiere en el momento en que esta historia comienza.

La violenta situación se complicó. Como todas las mujeres apasionadas, la señora Claes era de un desinterés inaudito. Los que aman de verdad saben muy bien lo poco que significa el dinero al lado de los sentimientos y con cuánta dificultad se lo admite. Sin embargo, Josefina supo, no sin honda emoción, que su marido debía trescientos mil francos, hipotecados sobre sus propiedades. La autenticidad de los contratos sancionaba las inquietudes, los rumores y las conjeturas de la villa. La señora Claes, justamente alarmada, se vio obligada, no obstante su superior orgullo, a interrogar al notario de su marido, a confiarle el secreto de sus dolores o a dejárselos adivinar y a oír finalmente esta humillante pregunta:

—¿Cómo, todavía no os ha dicho nada el señor Claes?

Por fortuna, el notario de Baltasar era algo pariente suyo. El abuelo del señor Claes se había casado con una Pierquin de Amberes, de la misma familia que los Pierquin de Douai. Desde ese matrimonio, ellos, aunque extraños entre los Claes, los trataban como si fueran primos. Pierquin, joven de veintiséis años que acababa de suceder en la notaría a su padre, era la única persona que tenía acceso a la casa Claes. La señora Claes vivía desde hacía varios meses en tan total soledad, que el notario se vio obligado a confiarle la noticia del desastre que nadie de la villa ignoraba. Le dijo que probablemente su marido debía sumas considerables a la casa que le proporcionaba productos químicos. Después de informarse de la fortuna y la consideración que gozaba el señor Claes, esa casa aceptaba sus pedidos y hacía los envíos sin el menor recelo, a pesar de la importancia de los créditos.

La señora Claes encargó a Pierquin que pidiese la relación de las entregas que había recibido su esposo. Dos meses después los señores Protez y Chiffreville, fabricantes de productos químicos, enviaron una factura que subía a cien mil francos. La señora Claes y Pierquin la repasaron con creciente sorpresa. Si muchos artículos, expresados científicamente o comercialmente, les resultaban ininteligibles, se aterraron al ver cargadas en cuenta partidas de metales y de diamantes de todas clases, aunque en pequeñas cantidades. El total de la deuda se explicaba fácilmente por la multiplicidad de los artículos, por las precauciones que requería el transporte de ciertas sustancias o el envío de algunas delicadas máquinas; por el exorbitante precio de diversos productos que no se obtenían sino difícilmente, o que su rareza encarecía, y por el valor de los instrumentos de física o de química fabricados según las instrucciones del señor Claes. El notario, en interés de su primo, se había informado sobre los Protez y Chiffreville, y la probidad de estos negociantes debió tranquilizar en cuanto la moralidad de sus operaciones con el señor Claes, a quien además daban cuenta de los resultados obtenidos por químicos de París a fin de ahorrarle gastos.

La señora Claes rogó al notario que ocultara a la sociedad de Douai la naturaleza de esas adquisiciones que habrían tachado de locuras; pero Pierquin le respondió que para no debilitar la consideración de que gozaba Claes, ya había aplazado hasta el último momento las obligaciones escrituradas que la importancia de las sumas prestadas en confianza por sus clientes habían finalmente necesitado. Reveló la existencia del mal, diciendo a su prima que si ella no encontraba el medio de impedir que su marido gastase tan locamente su fortuna, en seis meses los bienes patrimoniales estarían gravados con hipotecas que sobrepasarían su valor… En cuanto a él, añadió las observaciones que había hecho a su primo, con los miramientos debidos a un hombre tan justamente considerado, no habían ejercido la menor influencia. De una vez por todas, Baltasar le contestó que él trabajaba para la gloria y la fortuna de su familia.

Así, a todas las torturas del corazón que la señora Claes venía soportando desde hacía dos años, añadiéndose una a otra y aumentando el dolor del presente con todos los dolores pasados, se agregó un miedo horrible, incesante, viendo con espanto el porvenir. Las mujeres tienen presentimientos cuya exactitud es prodigiosa. ¿Por qué, en general, tiemblan más que esperan cuando se trata de los intereses de la vida?

¿Por qué sólo tienen fe en los grandes sentimientos del futuro religioso? ¿Por qué adivinan tan hábilmente las catástrofes de fortuna o las crisis de nuestros destinos? Quizá el sentimiento que las une al hombre que aman hace que sopesen admirablemente las fuerzas, que precisen las facultades, que conozcan los gustos, las pasiones, los vicios, las virtudes; el estudio perpetuo de estas causas, ante las cuales se encuentran continuamente, les presta sin duda el fatal poder de prever sus efectos en todas las situaciones posibles. Lo que ellas ven del presente les hace juzgar el futuro con un natural acierto explicado por la perfección de su sistema nervioso, el cual les permite captar los más leves diagnósticos del pensamiento y de los sentimientos. Todo en ellas vibra al unísono de las grandes conmociones morales. Ellas sienten, o ven. Entonces, aunque apartada de su marido desde hacía dos años, la señora Claes presentía la pérdida de su fortuna. Ella había apreciado el ardor reflexivo y la inalterable constancia de Baltasar, y si era verdad que trataba de hacer oro, debía arrojar con perfecta insensibilidad su último trozo de pan al crisol; pero ¿qué era lo que buscaba?

Hasta entonces el sentimiento maternal y el amor conyugal se habían confundido tan bien en el corazón de esta mujer que jamás sus hijos, igualmente queridos por ella y por su marido, se habían interpuesto entre ellos. Pero de pronto fue a veces más madre que esposa, aunque con mayor frecuencia fuese más esposa que madre. Y, sin embargo, por muy dispuesta que pudiera estar a sacrificar su fortuna y hasta la de sus hijos por la felicidad de quien la había escogido, amado, adorado, y para quien ella era aún la única mujer que existía en el mundo, los remordimientos que le causaba la debilidad de su amor maternal la sometían a horribles alternativas. Así, como mujer, sufría en su corazón; como madre, sufría en sus hijos, y, como cristiana, sufría por todos. Se callaba y aherrojaba esas crueles tempestades en su alma. Su marido, único árbitro de la suerte de su familia, era el dueño de regular a su antojo el destino; sólo tenía que rendir cuenta a Dios. Además, ¿podría ella reprocharle el empleo de su fortuna tras el desinterés de que había dado tantas pruebas durante diez años de matrimonio? Pero su conciencia, de acuerdo con el sentimiento y las leyes, le decían que los padres eran los depositarios de la fortuna y no tenían el derecho de enajenar la felicidad material de sus hijos. No pudiendo resolver estas elevadas cuestiones, ella prefería cerrar los ojos, siguiendo la costumbre de las personas que se niegan a ver el abismo hasta cuyo fondo saben que han de rodar. Desde hacía seis meses su marido no le había dado dinero para el sostén de su casa, y ella hizo

vender en París secretamente los ricos aderezos de diamantes que su hermano le había dado el día de su boda, y sometió el hogar a la más estricta economía. Despidió al ama que cuidaba de sus hijos, incluso a la nodriza de Juan. En otros tiempos, el lujo de los carruajes era ignorado por la burguesía, tan sencilla y humilde en sus costumbres y tan orgullosa en sus sentimientos; nada, pues, se había previsto en la casa Claes para aquella invención moderna; Baltasar se veía obligado a tener su cuadra y su cochera en una casa frente a la suya; sus ocupaciones no le permitían vigilar esa parte del hogar que concierne esencialmente a los hombres; la señora Claes suprimió el oneroso gasto de carruajes y de domésticos que su aislamiento hacía inútiles, y a pesar de la lógica de su proceder no intentó paliar sus reformas con pretextos. Hasta el presente, los hechos habían desmentido sus palabras, y para el futuro lo que mejor convenía era el silencio. El cambio de vida de los Claes no era reprensible en un país que, como Holanda, considera al que lo gasta todo como un demente. Pero como su hija mayor, Margarita, iba a cumplir dieciséis años, Josefina quiso que contrajera una buena alianza, y la presentó en sociedad como correspondía a una muchacha emparentada con los Molina, con los Van Ostrom-Temnick y los Casa-Real. Poco antes del día en que empieza esta historia se había agotado el dinero de los diamantes. La señora Claes se vio de nuevo con Pierquin, quien la visitó y la acompañó hasta la iglesia de San Pedro, hablándole confidencialmente de su situación.

—Querida prima mía —le dijo—, yo no podría, sin faltar a la amistad que me une a vuestra familia, ocultaros el peligro en que estáis, y no rogaros que conferenciéis con vuestro marido. ¿Quién puede, si no sois vos, detenerle al borde del abismo hacia el que vais? Las rentas de los bienes hipotecados no bastan para pagar los intereses de las sumas prestadas; en la actualidad estáis sin ingreso alguno. Si talaseis los bosques que poseéis, sería despojaros de la única probabilidad de salvación que os queda para el futuro. Mi primo Baltasar debe en estos momentos treinta mil francos a la firma Protez y Chiffreville de París; ¿con qué pagaréis? ¿Con qué viviréis? ¿Y qué será de vosotros si Claes continúa pidiendo reactivos, hornos de vidrio, pilas de Volta y otros cachivaches? Vuestra fortuna, menos la casa y el mobiliario, se ha derrochado en gas y en carbón. Cuando se habló anteayer de hipotecar su casa, ¿sabéis cuál fue la respuesta de Claes: «¡Diablos!»? En tres años es la primera muestra de razón que ha dado.

La señora Claes oprimió dolorosamente el brazo de Pierquin, miró al cielo

y dijo:

—Guardadnos el secreto.

A pesar de su piedad, la infeliz mujer, aniquilada ante unas palabras tan elocuentes, no pudo rezar, quedándose en su silla junto a sus hijos; abrió el breviario, pero no volvió una hoja; había caído en una contemplación tan agotadora como las meditaciones de su marido. El honor español y la probidad flamenca vibraban en su alma con una voz tan poderosa como la del órgano. La ruina de sus hijos estaba consumada. Entre ellos y el honor de su padre no podía dudar. La necesidad de una lucha entre ella y su marido la espantaba; él era, a sus ojos, tan grande, tan imponente, que la sola perspectiva de su cólera la agitaba lo mismo que la idea de la majestad divina. Iba, pues, a salir a aquella constante sumisión en la que había permanecido santamente como esposa. El interés de su hijos la obligaría a contrariar en sus gustos a un hombre que idolatraba. ¿No habría que someterle cuestiones positivas mientras él planeaba en las elevadas regiones de la ciencia, y conducirle aunque fuese violentamente a un risueño porvenir para sumirle en lo que el materialismo presenta de más horrendo a los artistas y a los grandes hombres? Para ella, Baltasar Claes era un gigante de la ciencia, un hombre acorazado por la gloria; él sólo podía haberla olvidado por las más grandiosas esperanzas, y era tan profundamente sensato, hablaba con tanto talento sobre temas de todo género, que debía de ser sincero al decir que trabajaba para la gloria y la fortuna de su familia. El amor de ese hombre por su mujer y sus hijos no era únicamente inmenso; era infinito. Sus sentimientos no podían anularse; sin duda habían aumentado, reproduciéndose bajo otra forma. Y ella, tan noble y tan generosa y temerosa, ¿iba a hacerle oír incesantemente a su gran hombre la palabra dinero y el sonido del dinero, a mostrarle las úlceras de la miseria, a hacerle escuchar los clamores de la angustia, cuando él oía las melodiosas voces de la fama…? ¿No disminuiría acaso el cariño con que Baltasar la protegía? Si no hubiese tenido hijos habría abrazado audazmente y con júbilo el nuevo destino que le ofrecía su marido. Las mujeres criadas en la opulencia sienten pronto el vacío que cubren los goces materiales, y cuando su corazón más fatigado que mustio les ha proporcionado la felicidad que se consigue con un cambio constante de sentimientos verdaderos, no retroceden ante una existencia mediocre si esa existencia conviene al hombre de quien se saben queridas. Sus pensamientos y sus goces están sometidos a los caprichos de esa vida al margen de la suya; para ellas el único futuro

temible es perderla.

En ese momento, pues, sus hijos separaban a Pepita de su verdadera vida, tanto como Baltasar Claes estaba separado de ella por la ciencia; así, cuando volvió de las vísperas y se dejó caer en un sillón, despidió a sus hijos reclamándoles el mayor silencio; luego mandó recado a su marido para que fuese a verla. Pero aunque Lemulquinier, el viejo ayuda de cámara, insistiese en arrancarle de su laboratorio, Baltasar Claes no le siguió: La señora Claes tuvo tiempo para reflexionar largamente sin pensar en la hora, ni en el tiempo, ni en el día. La angustia de deber treinta mil francos y no poderlos pagar reavivó los pasados tormentos, uniéndolos a los del presente y del futuro. El cúmulo de intereses, de sensaciones y de ideas la encontró débil y lloró.

Cuando vio entrar a Baltasar, cuya expresión le pareció entonces más terrible, más absorbida, más extraviada de lo que jamás lo estuvo, y cuando él no le respondió, ella se quedó un instante desconcertada por la inmovilidad de su mirada blanca y vacía, por todos los pensamientos agotadores que fluían de su cansada frente. Bajo el golpe de esa impresión, deseó morir. Pero cuando oyó su apagada voz expresando un deseo científico en el momento en que a ella le temblaba el corazón, recobró su valor, y resolvió luchar contra la aterradora potencia que le había arrebatado a sus hijos un padre, a la casa una fortuna, a todos la felicidad. Sin embargo, no pudo reprimir el continuo temblor que la agitaba, pues nunca en su vida había vivido escena tan solemne. En aquel terrible momento ¿no se compendiaba virtualmente su futuro y no se resumía en él por entero el pasado?

Ahora, las personas débiles, las tímidas, o aquéllas a las cuales la fuerza de sus sentimientos agranda las menores dificultades de la vida; los seres de quienes se apodera un involuntario temblor ante los árbitros de su destino pueden concebir los millares de pensamientos que se atropellaron en la cabeza de esa mujer y los sentimientos cuyo peso estrujó su corazón cuando su marido se dirigió lentamente hacia la puerta del jardín.

III. El absoluto

La mayoría de las mujeres conocen las angustias de la íntima deliberación contra la cual se debatió la señora Claes. Entonces, aquéllas cuyo corazón no ha conocido la menor violencia sino para informar a su marido de algún excedente de gastos o de deudas contraídas en la tienda de modas, comprenderán cuánto aumentan los latidos del corazón al tratarse de algo que afecta a la vida. Una mujer hermosa puede obtener el perdón arrojándose a los pies de su marido, y encontrar recursos en sus expresiones de dolor, mientras que el sentimiento de sus defectos físicos aumentaba aún los temores de la señora Claes. Así, cuando vio a Baltasar a punto de salir, su primer impulso fue el de precipitarse sobre él, pero un cruel pensamiento la contuvo. ¿Iba ella a enfrentarse con él…? ¿No había de parecer ridícula a un hombre que no hallándose ya sometido a las fascinaciones del amor, podría ver claro? Josefina habría renunciado a todo voluntariamente, hijos y fortuna, antes que anularse como mujer. Quiso descartar toda mala suerte en hora tan solemne y llamó con voz fuerte:

—¡Baltasar!

Él se volvió maquinalmente y tosió, pero sin prestar atención a su mujer, fue a escupir en una de esas cajitas que hay entre trecho y trecho junto al zócalo, como es habitual en la mayoría de los hogares belgas y holandeses. Ese hombre que no pensaba en nadie, no olvidaba nunca las escupideras, a tal punto era inveterada su costumbre. Para la pobre Josefina, incapaz de darse cuenta de esa extravagancia, el constante cuidado que su marido dedicaba al mobiliario le causaba siempre una inaudita angustia, pero en este momento fue tan violenta que consiguió irritarla, y exclamó con una acritud que reflejaba hasta dónde había herido sus sentimientos:

—¡Yo os estoy hablando, señor!

—¿Qué significa eso? —respondió Baltasar volviéndose rápido y dirigiendo a su mujer una mirada que pareció como si recobrase la vida y

que fue para ella como un latigazo.

—Perdón, querido… —dijo ella palideciendo.

Quiso levantarse y tenderle la mano, pero careció de fuerzas para ponerse de pie.

—Me muero —dijo con voz ahogada por los sollozos.

Al oírla, Baltasar tuvo, como todas las personas distraídas, una viva reacción y adivinó, por decirlo así, el secreto de su crisis; en el acto cogió a su mujer, abrió la puerta que daba a la pequeña antesala y bajó tan rápidamente la vieja escalera de madera que, habiéndose enganchado el vestido de Josefina en una boca de las tarascas que adornaban las barandillas, un pedazo de ropa se rasgó con estrépito. Para abrirla, dio un puntapié a la puerta del vestíbulo común a sus aposentos, pero la habitación de ella estaba cerrada.

Dejó suavemente a Josefina en una butaca diciéndole:

—Por Dios, ¿dónde está la llave?

—Gracias, querido —dijo la señora Claes abriendo los ojos—; es la primera vez en mucho tiempo que me he sentido tan cerca de tu corazón.

—¿Por qué está cerrada la puerta? —exclamó Claes—. ¿La llave? Esos criados.

Josefina le indicó con un ademán que cogiese la llave que ella tenía sujeta a una cinta que pendía de su bolsillo. Después de abrir la puerta, Baltasar dejó a su mujer sobre un diván y salió para impedir que subieran los criados alarmados por las voces; ordenó que sirvieran pronto la cena y volvió en seguida al lado de su mujer.

—¿Qué tienes, amor mío? —dijo sentándose a su lado y tomándole la mano que le besó.

—Ya no tengo nada —respondió ella—, ya no sufro. Sólo quisiera tener el poder de Dios para poner a tus pies todo el oro de la tierra.

—¿Por qué el oro? —preguntó él.

Y atrajo a su mujer hacia sí, la abrazó y le besó la frente.

—¿Acaso no me das mayores riquezas queriéndome como me quieres, querida y preciosa criatura? —le preguntó Claes.

—Oh, Baltasar mío… ¿Por qué no disiparás las angustias con que vivimos todos como ahuyentas con tu voz la pena de mi corazón? Pero ya veo que sigues siendo el mismo.

—¿De qué angustias hablas, querida?

—Estamos arrumados, amor mío.

—¿Arruinados? —repitió él.

Se sonrió, acarició la mano de su mujer teniéndola entre las suyas y dijo con dulce voz como hacía tiempo no se le había oído:

—Mañana, ángel mío, nuestra fortuna quizá no tendrá límites… Ayer, buscando secretos mucho más importantes, creo que encontré el medio de cristalizar el carbono, la substancia del diamante… Querida mía, dentro de algunos días me perdonarás mis distracciones. Parece que a veces estoy distraído. ¿No te he tratado bruscamente hace un momento? Sé indulgente para un hombre que nunca ha dejado de pensar en ti, cuyos trabajos están llenos de ti, de nosotros…

—No sigas, cállate… —respondió ella—. Hablaremos de todo eso esta noche, querido. Yo sufría de tanto dolor; ahora sufro de tanto placer.

—Muy bien —dijo él—; esta noche hablaremos. Si me absorbiese en alguna meditación, recuérdame esta promesa. Esta noche dejaré a un lado mis cálculos y mis trabajos y me embeberé en los goces de la familia, en los deleites del corazón; tengo, Pepita, tanta necesidad de ello; más aún, tengo sed…

—¿Me dirás qué es lo que buscas, Baltasar?

—Oh, mi pequeña niña…; si no comprenderías nada.

—¿Tú crees? Mira, querido, hace ya cuatro meses que estudio química para poder hablar contigo. He leído a Fourcroy, a Lavoisier, Chaptal… Sé lo que dicen Nollet, Rouelle, Berthollet, Gay-Lussac, Spallanzani,

Leuwenhoeck, Galvany, Volta…, y todos los libros que se refieren a la ciencia que adoras. Anda, puedes decirme tus secretos…

—Eres un ángel —exclamó Baltasar cayendo de rodillas ante su mujer y derramando lágrimas de enternecimiento que la hicieron estremecer—. Nos comprendemos en todo.

—Me arrojaría al fuego del infierno de tus hornos por oír esas palabras de tu boca y por verte así —dijo ella.

Al oír los pasos de su hija en la antecámara, corrió hacia ella.

—¿Qué quieres, Margarita? —le preguntó a su hija mayor.

—Madre, el señor Pierquin acaba de llegar. Si se queda a cenar, habrá que cambiar los manteles y…

La señora Claes se sacó del bolsillo el llavero y lo entregó a su hija señalándole los armarios de madera de la antesala, y le dijo:

—Disponlo tú misma… Puesto que mi querido Baltasar vuelve hoy a mí, déjalo sólo conmigo —agregó al entrar en su dormitorio y dando a su rostro una expresión de dulce malicia—. Ve a tu habitación, querido, y hazme el favor de vestirte, pues cena con nosotros Pierquin. Anda, quítate esa ropa llena de rotos. Mira estas manchas. ¿No es el ácido muriático o sulfúrico el que ha bordado de amarillo todos esos agujeros? Anda, rejuvenécete; te mandaré a Lemulquinier cuando me haya cambiado de vestido.

Baltarsar quiso entrar en su habitación por la puerta que comunicaba entrambas, pero había olvidado que estaba cerrada de su lado, y salió por la antesala.

—Margarita, deja la lencería en un sillón y ven a vestirme; prefiero que lo hagas tú que Marta —dijo la señora Claes llamando a su hija.

Baltasar, al cruzar la antesala, cogió a Margarita y le acercó el rostro con expresión de júbilo, diciéndole:

—Hola, hijita; qué hermosa estás hoy con ese vestido de muselina y tu cinturón rosa.

Después la besó en la frente y le estrechó la mano.

—¡Mamá, papá acaba de besarme! —dijo Margarita entrando en la habitación de su madre—. Parece muy contento, muy feliz…

—Querida hija, vuestro padre es un gran hombre; hace ya tres años que trabaja para la gloria y la fortuna de su familia, y cree que ha alcanzado la meta de sus investigaciones. Este día debe ser para nosotros una hermosa fiesta…

—Mi querida mamá —respondió Margarita—, nuestros criados andaban tan mustios al verle tan ceñudo, que no seremos las únicas en esa alegría… Poneos otro ceñidor; ése ya está muy gastado…

—Bueno, pero démonos prisa; quiero ir a hablar con Pierquin. ¿Dónde está?

—En el locutorio, jugando con Juan.

—¿Y Gabriel y Felicia?

—Los oigo en el jardín.

—Bien, baja en seguida; vigila que no cojan tulipanes, pues vuestro padre todavía no ha visto los de este año y quizá quiera verlos después de comer. Dile a Lemulquinier que le suba a vuestro padre lo que necesite.

Cuando salió Margarita, la señora Claes observó a sus hijos desde una de las ventanas de su habitación que daban al jardín, y les vio contemplando uno de esos insectos de alas verdes, relucientes y moteados de oro, vulgarmente llamados costureras.

—Sed juiciosos, queridos —les dijo subiendo un poco la cristalera para ventilar su habitación.

Después llamó suavemente a la puerta de comunicación para asegurarse de que su marido no había recaído en alguna distracción. Al abrir él, ella le dijo con tono jocoso al verle desvestido:

—No me dejarás mucho tiempo sola con Pierquin, ¿verdad? Ven pronto.

Se sintió tan ágil para bajar que al oírla, un extraño no habría creído que

se tratase de una mujer que cojeaba.

—El señor, al subir a la señora —le dijo el ayuda de cámara con quien se cruzó en la escalera—, le ha roto el vestido…; pero también ha roto la mandíbula de esta figura, y no sé quién la podrá arreglar.

—Bah, mi pobre Lemulquinier, no la hagas reparar; no es ninguna desgracia —respondió ella.

«¿Qué tiene que ocurrir para que no sea un desastre?, se preguntó Lemulquinier. ¿Habrá encontrado “el absoluto” el amo?».

—Buenas tardes, señor Pierquin —dijo la señora Claes abriendo la puerta del locutorio.

El notario se adelantó para ofrecer el brazo a su prima, pero ella no aceptaba nunca otro que no fuese el de su marido; agradeció a su primo con una sonrisa y le dijo:

—¿Venís quizá por los treinta mil francos?

—Sí, señora; al volver a casa, he recibido una notificación de Protez y Chifreville; han girado sobre el señor Claes seis letras de cambio de cinco mil francos cada una.

—Bien, hoy no le digáis nada de eso a Baltasar —respondió ella—. Cenad con nosotros. Si por casualidad os pregunta a qué habéis venido, hallad algún plausible pretexto; os lo ruego. Dadme la notificación; yo misma le hablaré del asunto… Todo va bien —prosiguió al ver el asombro del notario—. Dentro de algunos meses mi marido reembolsará probablemente las sumas prestadas.

Mientras escuchaba estas palabras dichas en voz baja, el notario vio a la señorita Claes volviendo del jardín, seguida de Gabriel y de Felicia, y dijo:

—Nunca vi a Margarita tan hermosa como hoy.

La señora Claes, que se había sentado en su butacón y tenía en las rodillas al pequeño Juan, miró a su hija y al notario afectando un aire indiferente.

Pierquin era de mediana estatura, ni grueso ni flaco, de rostro vulgarmente

agraciado y que expresaba una tristeza más dolorosa que melancólica, una abstracción imprecisa más que pensativa; pasaba por misántropo, pero era demasiado interesado, demasiado buen gastrónomo para que su divorcio del mundo fuese real. Su mirada habitualmente perdida en el vacío y su actitud indiferente y su afectado silencio parecían obedecer a una íntima inquietud, pero en realidad encubrían la vacuidad y la nulidad de un notario exclusivamente ocupado en intereses humanos, aunque todavía era lo bastante joven para ser envidioso. Emparentar con la casa Claes habría sido para él causa de una dedicación sin límites de no haber tenido en el fondo algún sentimiento de avaricia. Se hacía el generoso, pero sabía contar. Así, sin llegar a explicarse a sí mismo los cambios en que incurría, sus atenciones fueron tajantes, duras y ásperas, como lo son en general las de las gentes de negocios, cuando creyó que Claes estaba arruinado; pero eran afectuosas, suaves y casi serviles cuando sospechaba algún feliz resultado en los trabajos de su primo. Tan pronto veía en Margarita Claes una infanta a la cual era imposible que se le acercase un simple notario de provincia, como después la consideraba una pobre muchacha rabiosamente feliz por que él se dignara convertirla en su esposa. Era un provinciano, y flamenco sin malicia, no carecía, sin embargo, de lealtad ni de bondad; pero tenía un ingenuo egoísmo que dejaba incompletas sus cualidades, y ridiculeces que estropeaban su personalidad.

En aquel momento la señora Claes se acordó del escueto tono con que el notario le habló en el pórtico de la iglesia de San Pedro, y observó la alteración que su respuesta acababa de producirle; adivinó el fondo de sus pensamientos, y con mirada perspicaz intentó leer en el alma de su hija para saber si pensaba en su primo, pero no vio en ella sino una absoluta indiferencia. Después de unos instantes, durante los cuales la conversación giró en torno a los rumores de la villa, el dueño de la casa bajó de su habitación, donde desde hacía un momento su mujer oía con la mayor alegría el crujir de sus botas en el entarimado. Su andar, parecido al de un hombre joven y ágil, anunciaba una completa metamorfosis, y la emoción que su presencia despertaba en la señora Claes fue tan viva que apenas pudo contener un estremecimiento cuando él bajaba por la escalera. No tardó en aparecer Baltasar con el vestido que entonces imponía la moda. Llevaba botas enterizas bien lustradas que dejaban ver la extremidad superior de una media de seda blanca, un pantalón de casimir azul con botones de oro, chaleco blanco floreado y frac azul. Se había afeitado, peinado y perfumado el cabello, cortado las uñas y lavado

las manos con tanto esmero que era casi irreconocible para los que antes lo habían visto. En vez de un viejo casi desvariado, sus hijos, su mujer y el notario veían a un hombre que aparentaba cuarenta años y cuyo rostro afable y cortés seducía. Hasta la fatiga y los sufrimientos que revelaban la delgadez de los contornos y la adherencia de la piel a los huesos tenían cierta gracia.

—¿Qué tal os va, Pierquin? —preguntó Baltasar Claes.

Otra vez padre y marido, el químico cogió al pequeño de las rodillas de su madre y lo alzó al aire, haciéndole bajar y subir alternativamente.

—Ved al pequeñajo —dijo al notario—. ¿No os entran deseos de casaros viendo una criatura tan bonita? Creedme, querido, los goces de la familia consuelan de todo.

—¡Brr…! —hacía levantando al niño—. ¡Pum! —después al dejarlo en el suelo, repetía—: ¡Brr! ¡Pum!

El chiquillo se reía nerviosamente al ver que igual estaba cerca del techo que del suelo. La madre desvió la mirada para no traicionar la emoción que le causaba un juego tan sencillo en apariencia y que para ella era una revolución doméstica.

—Vamos a ver cómo andas —dijo Baltasar, dejando a su hijo solo en el suelo y yendo él a sentarse en un butacón.

El niño corrió hacia su padre, atraído por el brillo de los botones de oro que le ataban el pantalón con el extremo de las botas.

—Eres un picaruelo —dijo el padre abrazándole—. Eres un Claes, caminas derecho… Bueno, Gabriel, ¿cómo sigue el padre Morillon? —le preguntó a su hijo mayor, cogiéndole de una oreja y retorciéndosela con cariño—. ¿Te defiendes valientemente contra los temas y versiones? ¿Les hincas bien el diente a las matemáticas?

Luego Baltasar se levantó, se acercó a Pierquin y le dijo con la afectuosa cortesía que le caracterizaba:

—Querido, ¿tenéis tal vez algo que consultarme? —Y cogiéndolo del brazo se lo llevó al jardín, añadiendo—. Venid a ver mis tulipanes…

La señora Claes observó a su marido mientras salía, y no pudo reprimir su alegría viéndole tan joven, tan afable, tan bien en todos los aspectos; y se levantó y cogió por la cintura a su hija y la besó diciéndole:

—Hacía mucho tiempo que no había visto a padre tan amable —respondió ella.

Lemulquinier anunció que la cena estaba servida. Para evitar que Pierquin le ofreciese el brazo, la señora Claes tomó el de Baltasar, y todos pasaron al comedor.

Esta estancia, cuyo techo se componía de vigas destacadas y enriquecidas con pinturas que se repasaban cada año, estaba provista de elevados aparadores de roble en cuyos estantes había las más curiosas piezas de la vajilla patrimonial. Las paredes estaban tapizadas de un cuero violeta en el que aparecían impresos en trazos de oro temas de caza. En los aparadores, y aquí y allá, había cuidadosamente dispuestas plumas de aves exóticas y raras conchas. Las sillas no se habían cambiado desde el comienzo del siglo XVI y tenían los barrotes torneados y el breve respaldo guarnecido de un tejido a franjas cuya moda se extendió tanto y que Rafael ilustró en su cuadro llamado la *Virgen de la silla*. La madera se había ennegrecido, pero los dorados clavos relucían como si fuesen nuevos, y los tejidos, esmeradamente renovados, eran de un admirable color granate. Flandes revivía allí por entero con sus innovaciones españolas.

Sobre la mesa, las garrafas y los frascos tenían ese perfil respetable que les daban las redondeadas panzas del modelo antiguo. Los vasos eran esos clásicos vasos de pie alto que se ven en los cuadros de la escuela holandesa o flamenca. La vajilla, de loza y ornada de figuras coloreadas a la manera de Bernardo Palissy, procedía de la manufactura inglesa de Wedgwood. La platería era maciza, de lados cuadrados y relieves; verdadera platería de familia cuyas piezas, todas distintamente cinceladas de moda y de forma, atestiguaban los comienzos del bienestar y los progresos de la fortuna de los Claes. Las servilletas tenían franjas según la moda netamente española. En cuanto a la mantelería, es de pensar que en los Claes su honrilla era que fuese la mejor. Ese servicio y la cubertería eran de uso diario. La casa delantera, donde se daban las fiestas, tenía su lujo particular, cuyas maravillas, reservadas para los días de gala, les imprimían esa solemnidad que se pierde cuando las cosas van empequeñeciéndose por un excesivo uso. En la parte posterior todo

estaba marcado con el sello de una sencillez patriarcal. Y afuera, delicioso detalle, una parra crecía a lo largo de las ventanas enmarcadas de pámpanos por todas partes.

—Seguís fiel a las tradiciones, señora —dijo Pierquin recibiendo un plato de esa sopa de tomillo en que las cocineras flamencas u holandesas ponen albondiguillas mezcladas con rodajitas de pan tostado—. Es el potaje dominical de rigor en casa de nuestros padres. Vuestra casa y la de mi tío Des Raquets son las únicas donde aun se come esta sopa, histórica en los Países Bajos… Ah, perdón; el viejo Savaron de Savarus la hace aún servir orgullosamente en su casa, en Tournai, pero en todas las demás partes el antiguo Flandes se va… Ahora los muebles se fabrican a la griega, no viéndose sino cascos, escudos, lanzas y arcos. Todos reconstruyen su casa, venden los antiguos muebles, funden su platería o la cambian por porcelana de Sevres, que no vale lo que vale la tradicional de Sajonia ni la oriental. ¡Oh, yo soy flamenco con toda el alma! Y así mi corazón sangra al ver a los caldereros comprar a precio de madera o de metal nuestros bellos muebles con incrustaciones de cobre o de estaño. Pero el estado social quiere cambiar de piel, creo. Y hasta los procedimientos del arte se pierden. Cuando todo se hace con prisas, nada se ejecuta concienzudamente. Cuando mi último viaje a París, me llevaron a ver las pinturas expuestas en el Louvre. Palabra de honor que son como telones esos lienzos sin aire, sin profundidad, sobre los cuales los pintores temen poner color. Y quieren, según se dice, derribar nuestra vieja escuela… ¡Bah, qué pretensión…!

—Nuestros antiguos pintores —respondió Baltasar— estudiaban las diversas combinaciones de la resistencia de los colores sometiéndolos a la acción del sol y de la lluvia. Pero tenéis razón: hoy los recursos materiales del arte son menos cultivados que nunca.

La señora Claes no escuchaba la conversación. Al oírle decir al notario que estaban de moda los servicios de porcelana, en el acto pensó en la luminosa idea de vender la pesada platería procedente de la herencia de su hermano, esperando poder liquidar con su beneficio la deuda de treinta mil francos de su marido.

—Vaya, vaya… —dijo Baltasar al notario, cuando se unió a la conversación la señora Claes—. Entonces, en Douai ¿se ocupan de mis trabajos?

—Sí —respondió Pierquin—; toda la gente se pregunta en qué podéis gastar tanto dinero. Ayer le oí al primer presidente lamentarse de que un hombre de vuestra calidad busque la piedra filosofal. Entonces me permití responder que sois altamente instruido como para no saber que eso sería enfrentarse con lo imposible, demasiado cristiano para creer que venceríais a Dios, y, como todos los Claes, demasiado calculador para trocar vuestro dinero por los polvos de la madre celestina. Sin embargo, quiero confesaros que he compartido el pesar que le causa vuestro retiro a la sociedad. Vos ya no sois verdaderamente de la ciudad. En verdad, señora, os habría encantado haber podido oír los elogios que todo el mundo se complació en hacer de vos y de vuestro esposo.

—Habéis obrado como un buen pariente al rebatir imputaciones cuyo menor mal sería el ponerme en ridículo —respondió Baltasar—. La gente de Douai me cree arruinado… Pues bien, querido Pierquin, dentro de dos meses daré, para celebrar el aniversario de nuestra boda, una fiesta cuya magnificencia me devolverá la estimación que nuestros caros compatriotas conceden a los escudos.

La señora Claes enrojeció intensamente. Desde hacía dos años que el aniversario se había olvidado. Semejante a esos locos que tienen momentos en que sus facultades brillan con inusitado esplendor, nunca había estado Baltasar tan espiritual en su cariño. Todo fueron atenciones para sus hijos, y su conversación tuvo una gracia seductora por su espíritu y su oportunidad. Ese retorno a la paternidad, ausente desde hacía tanto tiempo, era ciertamente la más hermosa fiesta que podía ofrecer a su mujer, para quien su palabra y su mirada habían recuperado aquella constante simpatía expresiva que se siente de corazón a corazón y que demuestra una deliciosa identidad de sentimientos.

El viejo Lemulquinier parecía que hubiese rejuvenecido, e iba y venía con un alborozo insólito, causado por el cumplimiento de sus secretas esperanzas. El cambio tan repentinamente operado en las maneras de su amo era aún más significativo para él que para la señora Claes. Allí donde la familia veía la felicidad, el ayuda de cámara veía una fortuna. Al ayudar a Baltasar en sus manipulaciones se había identificado con su locura. Bien fuese porque había captado el alcance de sus investigaciones en las explicaciones que se le escapaban al químico cuando la meta retrocedía ante sus manos, o fuese porque la innata inclinación del hombre a la imitación le hubiese hecho adoptar las ideas de aquel junto al cual vivía,

Lemulquinier había concebido por su amo un sentimiento supersticioso mezclado de terror, de admiración y egoísmo. El laboratorio era para él lo que es para el pueblo un despacho de lotería, la esperanza organizada. Cada noche se acostaba diciéndose: «Mañana quizá nadaremos en oro…». Y al día siguiente se despertaba con una fe tan viva como la víspera. Su apellido indicaba un origen netamente flamenco. En los viejos tiempos a la gente del pueblo se la conocía por un apodo sacado de su profesión, de su país, de su conformación física o de sus cualidades morales. Y ese apodo se convertía en el nombre de la familia burguesa que fundaban con su manumisión. En Flandes, los comerciantes de hilo de lino se llamaban *mulquiniers*, y ésta era sin duda la profesión del hombre que entre los antepasados del viejo criado pasó del estado de siervo al de burgués, hasta que infortunios desconocidos redujeron al nieto a su primitivo estado de siervo asalariado. La historia de Flandes, de su hijo y de su comercio se resumían, pues, en ese viejo criado, llamado a menudo, por eufonía, *Mulquinier*.

Su carácter y su fisonomía no estaban faltos de originalidad. Su rostro de forma triangular era ancho, largo y salpicado por las huellas de una viruela que le dejó una rara apariencia al dejarle una multitud de estrías blancas y brillantes. Flaco y de elevada estatura, tenía el andar grave y misterioso. Sus ojillos anaranjados, como la peluca amarilla y lisa que llevaba, sólo miraban de soslayo. Su exterior estaba de acuerdo con el sentimiento de curiosidad que provocaba. Su calidad de preparador iniciado en los secretos de su amo, sobre cuyos trabajos guardaba silencio, le daban cierto interés. Los vecinos de la calle de París le miraban pasar con una curiosidad mezclada de temor, pues tenía respuestas sibilinas y siempre prometedoras de tesoros. Orgulloso por ser necesario a su amo, ejercía sobre sus compañeros de servicio una especie de autoridad impertinente, de la que se aprovechaba para obtener concesiones que le hacían un poco dueño de la casa. A la inversa de los criados flamencos, los cuales son sumamente afectos a la casa, él no tenía apego más que por Baltasar. Si afligía algún pesar a la señora Claes, como si acontecía algún favorable suceso a la familia, él comía su pan con manteca y bebía su cerveza con la misma flema.

Al terminar la cena, la señora Claes propuso tomar el café en el jardín, ante la mata de tulipanes que adornaba el centro. Las macetas de los tulipanes, cuyos nombres se leían grabados en pizarras, estaban enterradas y dispuestas de manera que se formasen una pirámide en cuya

cúspide había un ejemplar boca-de-dragón que sólo poseía Baltasar. Esa flor, llamada *tulipa Claesiana*, reunía los siete colores, y sus largas escotaduras parecían doradas en los bordes. El padre Baltasar, que había rehusado muchas veces diez mil florines por ese ejemplar, adoptaba tan grandes precauciones para que no pudieran robarle una sola semilla, que lo guardaba en el locutorio y se pasaba a menudo días enteros contemplándolo. El tallo era enorme, erecto, firme, de un verdor admirable; las proporciones estaban en armonía con el cáliz, cuyos colores se distinguían por esa brillantez que en un tiempo dio tanto precio a esas fastuosas flores.

—Hay aquí unos treinta o cuarenta mil francos en tulipanes —dijo el notario—, mirando alternativamente a su prima y la mata de mil colores.

La señora Claes estaba demasiado entusiasmada por el aspecto de las flores que el sol poniente hacía que pareciesen preciosas, para captar bien el sentido de la observación notarial.

—¿Para qué sirve eso? —prosiguió el notario dirigiéndose a Baltasar—. Deberíais venderlas.

—¿Por qué? ¿Acaso tengo necesidad de dinero? —respondió Claes con el ademán del hombre a quien cuarenta mil francos suponen poca cosa.

Hubo un momento de silencio durante el cual los hijos lanzaron diversas exclamaciones:

—Mira, mamá, aquella…

—Oh, ésa sí que es preciosa…

—¿Cómo se llama ésa?

—¡Qué abismo para la razón humana! —exclamó Baltasar alzando las manos y uniéndolas con desesperado ademán—. Una combinación de hidrógeno y oxígeno hace surgir por sus diferentes dosificaciones, en un mismo ambiente y de un mismo principio, esos colores que constituyen cada uno un resultado diferente.

Su mujer entendió bien los términos de esta proposición, pero fue demasiado rápidamente anunciada para que la concibiera por entero. Baltasar pensó que ella había estudiado su ciencia favorita, y le dijo,

haciéndole una misteriosa seña:

—Aunque lo comprendieses, no sabrías aún lo que yo quiero decir…

Y pareció recaer en una de aquellas meditaciones que le eran habituales.

—Lo creo —dijo Pierquin, cogiendo la taza de café que le sirvió Margarita—. «Ahuyentad al natural, que volverá al galope» —añadió en voz baja y dirigiéndose a la señora Claes—. Aunque tuvierais la bondad de hablarle vos misma, ni el diablo le sacaría de su contemplación. Así seguirá hasta mañana.

Entonces se despidió de Claes, quien fingió no oírle; besó al pequeño Juan, a quien su madre tenía en brazos, y, después de un respetuoso saludo, se retiró. Cuando se oyó cerrarse la puerta de entrada, Baltasar tomó a su mujer del talle y desvaneció la inquietud que podía procurarle su fingida abstracción, diciéndole al oído:

—Yo sabía cómo hacerlo para que se fuese.

La señora Claes miró a su marido sin que se sonrojase por las lágrimas que le empañaban los ojos; ¡eran tan dulces…! Luego apoyó la frente en el hombro de Baltasar, dejando en el suelo al pequeño Juan.

—Volvamos al locutorio —dijo ella después de una pausa.

Durante la velada, Baltasar derrochó una alegría casi loca; inventó mil juegos para los niños, y jugó tanto con ellos que no se dio cuenta de dos o tres ausencias de su mujer. Hacia las nueve y media, una vez acostado el pequeño y después que la hija mayor volvió al locutorio tras haber ayudado a su hermana Alicia a desnudarse, Margarita encontró a su madre sentada en su butaca y a su padre hablando con ella y teniéndole cogida una mano. Temió interrumpir a sus padres y quiso retirarse sin hablarles, pero la señora Claes lo advirtió y le dijo:

—Ven, Margarita; ven aquí, querida.

Seguidamente la atrajo hacia sí y la besó piadosamente en la frente, añadiendo:

—Lleva tu libro a tu habitación, y acuéstate pronto.

—Buenas noches, Margarita —añadió Baltasar.

Margarita besó a su padre y se fue. Claes y su mujer permanecieron durante algunos momentos solos, ocupados en contemplar las últimas tonalidades del crepúsculo que morían entre el ramaje del jardín, oscuro ya, y cuyos escorzos apenas se veían. Cuando fue de noche, Baltasar dijo a su mujer con voz emocionada:

—Subamos…

Mucho antes de que las costumbres inglesas hiciesen de la habitación de una mujer un lugar sagrado, la de una flamenca era impenetrable. Las buenas amas de casa de este país no lo entendían como un alarde de virtud, sino como un hábito contraído en la infancia, una superstición doméstica que convertía un dormitorio en un delicioso santuario donde se respiraban los más tiernos sentimientos, donde lo simple se unía a cuanto la vida social tiene de más dulce y respetable. En la posición particular en que se encontraba la señora Claes, toda mujer había querido reunir alrededor suyo las cosas más elegantes, pero ella lo había hecho con un gusto exquisito, sabiendo la influencia que ejerce sobre los sentimientos el aspecto de lo que nos rodea. En una criatura bella, habría supuesto lujo; en ella era una necesidad. Había comprendido el alcance de estas palabras: «La belleza se compone», máxima que dirigía todas las acciones de la primera mujer de Napoleón y que a menudo la falseaba, mientras que en la señora Claes era siempre natural y auténtica.

Aunque Baltasar conociera bien la habitación de su mujer, su olvido de las cosas materiales de la vida había sido tan completo que al entrar en ella sintió dulces escalofríos, como si la viese por primera vez. La fastuosa alegría de una mujer triunfante resplandecía en los espléndidos colores de los tulipanes que salían del largo cuello de los grandes jarrones de porcelana china, hábilmente dispuestos, y en la profusión de luces, cuyos efectos sólo podían compararse al restallar de los más jubilosos festejos. El resplandor de las bujías prestaba un armonioso destello a los tejidos de seda gris cuya monotonía matizaba los reflejos del oro sobriamente distribuido sobre algunos objetos y las variadas tonalidades de las flores que parecían garrillas de pedrería. El secreto de estos preparativos era él, siempre él… Josefina no podía decir más elocuentemente a Baltasar que él era el principio constante de sus alegrías y de sus dolores. El aspecto de aquella habitación dejaba el alma en un delicioso estado y ahuyentaba cualquier pensamiento triste para sólo dejar el sentimiento de una dicha

pura. El tejido de la tapicería comprada en China exhalaba ese suave aroma que invade el cuerpo sin fatigarlo. Finalmente, las cortinas cuidadosamente corridas revelaban un deseo de soledad, una celosa intención de conservar los menores sones de la palabra, y de encerrar allí las miradas del esposo reconquistado.

Embellecida con su bella cabellera negra perfectamente lisa y que caía de cada lado de su frente como las alas de un cuervo, la señora Claes, envuelta en una bata que le subía hasta el cuello y en la que se destacaba una esclavina adosada al encaje, corrió también el cortinaje de la puerta para que no llegase ruido alguno del exterior. Desde allí, Josefina dirigió a su marido una de esas sonrisas con que una mujer espiritual cuya alma embellece el rostro expresa irresistibles esperanzas. El mayor encanto de una mujer consiste en una constante llamada a la generosidad del hombre, en una graciosa declaración de debilidad que le enorgullece a él y le despierta los más magníficos sentimientos. ¿No refleja mágicas seducciones la confesión de la debilidad? Cuando los aros del cortinaje se deslizaron sordamente por el travesaño de madera, volvióse hacia su marido, pareció que quería disimular en aquel momento sus defectos físicos apoyando la mano en una silla para avanzar con gracia. Era como una llamada. Baltasar, embebido durante unos instantes en la contemplación de aquel rostro oliváceo que se destacaba sobre el fondo gris, atrayendo y satisfaciendo la mirada, se levantó para coger a su mujer y llevarla al sofá. Era lo que ella quería.

—Me has prometido —dijo ella tomándole una mano que oprimió entre las suyas— iniciarme en el secreto de tus investigaciones. Convendrás, querido mío, que soy digna de saberlo cuando he tenido el valor de estudiar una ciencia condenada por la Iglesia, pero quería comprenderte. Soy curiosa, no me ocultes nada. Cuéntame por qué razón una mañana cualquiera te despiertas inquieto cuando la noche anterior te he dejado tan contento y feliz…

—¿Es para oír hablar de química que te has vestido con tanta coquetería?

—Óyeme, amor mío: ¿no es para mí el mayor de los placeres recibir una confidencia que me hace penetrar más en tu corazón? ¿No es una fusión de las almas lo que comprende y engendra todas las felicidades de la vida? Tu amor vuelve a mí puro y entero, y quiero saber qué idea ha sido tan poderosa como para privarme de él durante tanto tiempo. Sí, tengo más celos de un pensamiento que de todas las mujeres juntas. El amor es

inmenso, pero no es infinito, mientras que la ciencia tiene profundidades sin límites a las que yo no podría verte ir solo. Detesto todo lo que pueda interponerse entre nosotros. Si consigues la gloria tras la cual corres, yo sería desgraciada. ¿No te concedería los mayores goces? Yo sola, señor, debo ser la causa de vuestros placeres.

—No, no es una idea, ángel mío, lo que me ha lanzado por esa hermosa senda, sino un hombre.

—¿Un hombre? —exclamó ella con terror.

—¿Te acuerdas, Pepita, del oficial polaco que alojamos en esta casa en el año 1809?

—¿Que si me acuerdo? —respondió ella—. A menudo me he impacientado de que mi memoria me hiciese volver a ver con frecuencia sus ojos semejantes a gotas de fuego, los surcos sobre sus cejas, donde se veían los encendidos carbones del infierno; su ancho cráneo sin pelo, el bigote rígido, el rostro anguloso, torturado… ¡Y qué espantosa calma en su andar…! Si hubiese encontrado una habitación en cualquier albergue, seguro que no habría dormido aquí…

—Ese gentilhombre polaco se llamaba Adán de Wierzchownia —prosiguió Baltasar—. Cuando nos dejaste por la noche solos en el locutorio, nos pusimos a hablar por casualidad de químicas. Privado por la pulcreza del estudio de esa ciencia, se hizo soldado. Creo que fue con motivo de un vaso de agua azucarada que nos reconocimos como sus adeptos. Cuando dije a Lemulquinier que trajese azúcar en terrones, el capitán hizo un gesto de sorpresa. «¿Habéis estudiado química?», me preguntó. «Con Lavoisier», le respondí. «Ah, qué feliz sois por ser libre y rico!», exclamó. Y de su pecho brotó uno de esos suspiros que revelan un infierno de dolor oculto bajo un cráneo o encerrado en un corazón; fue algo tan ardiente, tan concentrado, que la palabra no puede expresarlo. Acabó su pensamiento con una mirada que me heló. Tras una pausa, me dijo que, casi muerta Polonia, se había refugiado en Suecia. Allí buscó consuelos en el estudio de la química, por la cual había sentido siempre una irresistible vocación. «Pues bien, añadió, veo que habéis reconocido, lo mismo que yo, que la goma arábiga, el azúcar y el almidón convertidos en polvo dan una sustancia absolutamente parecida, y en el análisis un mismo resultado *cualitativo*».

Hizo aún una pausa, y, después de observarme con una escrutadora mirada, me dijo confidencialmente solemnes palabras cuyo sentido general, todavía hoy, ha quedado sólo en mi memoria, pero las acompañó un timbre de tan cálidas inflexiones y tal fuerza e intensidad en el gesto que me removieron las entrañas y me sacudieron lo mismo que un martillo golpea el hierro en un yunque.

Aquí tienes resumidos sus razonamientos, los cuales fueron para mí la brasa que Dios puso sobre la lengua de Isaías, pues mis estudios con Lavoisier me permitían apreciar todo su alcance:

—Señor —me dijo—, la puridad de esas tres sustancias, en apariencia tan distintas, me ha llevado a pensar que todas las producciones de la tierra debían de tener un mismo principio. Los trabajos de la química moderna han demostrado la verdad de esta ley en la parte más considerable de los efectos naturales. La química divide la creación en dos partes distintas: la naturaleza orgánica y la inorgánica. Comprendiendo todas las creaciones vegetales o animales en las que se muestra una organización más o menos perfeccionada, o, para ser más exactos, una mayor o menor movilidad que determina un grado más o menos elevado de sensibilidad, la naturaleza orgánica es ciertamente la parte de mayor importancia de nuestro mundo. Ahora bien, si análisis ha reducido todos los productos de esta naturaleza a cuatro cuerpos simples, que son tres gaseosos: el nitrógeno, el hidrógeno y el oxígeno; y otro cuerpo simple, no metálico y sólido, el carbono. Por el contrario, la naturaleza inorgánica, tan poco variada, desprovista de movimiento y de sensibilidad, y a la cual se puede rehusar el don de crecimiento que le ha otorgado Linneo, cuenta con cincuenta y tres cuerpos simples cuyas diferentes combinaciones forman todos sus productos. ¿Es probable que los medios sean más numerosos allá donde se dan menos resultados? Así, la opinión de mi antiguo maestro es que esos cincuenta y tres cuerpos tienen un principio común, modificado en otro tiempo por la acción de una potencia extinguida hoy, pero que el genio humano tiene que hacer revivir. Pues bien, suponeos por un momento que la actividad de esta potencia sea reavivada, y tendríamos una química imitaría. Las naturalezas orgánica e inorgánica se basarían probablemente en cuatro principios, y, si llegásemos a descomponer el ázoe, que debemos considerar como una negación, ya sólo tendremos tres. Estamos ya cerca del gran Ternario de los antiguos y de los alquimistas de la Edad Media, del que nos burlamos erradamente. La química moderna no es aún sino eso. Es mucho y es poco. Es mucho,

puesto que la química se ha acostumbrado a no retroceder ante ninguna dificultad, y es poco, en comparación a lo que queda por hacer. ¡Mucho ha servido el azar a esta hermosa ciencia! Así, esa lágrima de carbono puro cristalizado, el diamante, ¿no parecía la última sustancia que fuera posible crear? Los antiguos alquimistas, que creían descomponible el oro, y consecuentemente factible, retrocedían ante la idea de producir el diamante; sin embargo, nosotros hemos descubierto la naturaleza y la ley de su composición.

«Yo —añadió él— he ido más lejos. Una experiencia me ha demostrado que el misterioso Ternario que preocupa desde tiempo inmemorial no se encontrará en los análisis actuales, faltos de dirección hacia, un punto fijo. He aquí una experiencia. Sembrad pepitas de berro (por tomar una sustancia entre las de la naturaleza orgánica) en la flor de azufre (por tomar igualmente un cuerpo simple). Regad las semillas con agua destilada para no dejar penetrar en los productos de la germinación ningún principio que no sea cierto. Las semillas germinan, brotan en un ambiente conocido, no alimentándose sino de los principios conocidos por el análisis. Cortad en varias radicaciones el tallo de las plantas, a fin de procuraros una cantidad suficiente para obtener algunos puñados de cenizas quemándolos, para poder operar así sobre una conveniente masa. Pues bien, al analizar las cenizas, hallaréis ácido silícico, alúmina, fosfato y carbonato cálcico, carbonato magnésico, sulfato, carbonato potásico y óxido férrico, como si el berro hubiese brotado de un terreno al borde del agua. Sin embargo, esas sustancias no existían ni en el azufre, cuerpo simple que servía de suelo a la planta; ni en el agua empleada en regarla, y cuya composición es conocida; pero como tampoco se hallan en la semilla, no podemos explicarnos su existencia en la planta sino suponiendo un elemento común a los cuerpos contenidos en el berro y a los que han servido de medio. Así el aire, el agua destilada, la flor de azufre y las sustancias que da el análisis del berro, es decir, la potasa, la cal, el magnesio, la alúmina, etc., tendrían un principio común errando en la atmósfera, tal como la ha hecho el sol. De esta irrecusable experiencia —exclamó él— yo he deducido la existencia del *absoluto…* Una sustancia común a todas las creaciones, modificada por una fuerza única, tal es la posición neta y clara del problema ofrecido por el absoluto y que le ha parecido *buscable*. Allá encontraréis el misterioso Ternario, ante el cual se ha arrodillado en todos los tiempos la humanidad: la materia prima, el medio, el resultado. Hallaréis ese terrible número Tres en toda cosa humana; domina las religiones, las ciencias y las leyes. Aquí —añadió— la

guerra y la miseria han detenido mis trabajos… Vos sois un discípulo de Lavoisier, sois rico y dueño de vuestro tiempo, y, por lo tanto, puedo haceros partícipe de mis conjeturas. He aquí la meta que mis experiencias personales me han hecho entrever. La MATERIA UNA debe ser el principio común de la electricidad negativa y de la positiva. Id al descubrimiento de las pruebas que establecerán esas dos verdades y poseeréis la razón suprema de todos los efectos de la naturaleza. Ah, señor, cuando se lleva aquí —dijo golpeándose la frente— la última palabra de la creación, presintiendo el absoluto, ¿es vivir el ser arrastrado en el movimiento de ese hatajo de hombres que se precipitan unos sobre otros a una hora fija, sin saber lo que hacen? Mi vida actual es exactamente el inverso de una ilusión. Mi cuerpo va, viene, actúa; está en medio del fuego, de los cañones, de los hombres; atraviesa Europa al antojo de una potencia a la que obedezco despreciándola. Mi alma no tiene conciencia alguna de esos actos; permanece fija, sumida en una idea, adormecida por ella; la búsqueda del absoluto, de ese principio por el cual semillas absolutamente semejantes y puestas en un mismo ambiente dan la una cálices blancos y la otra amarillos. Fenómeno aplicable a los gusanos de seda, los cuales, alimentados por las mismas hojas y constituidos sin aparente diferencia, hacen unos la seda amarilla y los otros la blanca; aplicable, en fin, al hombre mismo, quien a menudo tiene legítimamente hijos enteramente diferentes de la madre y de él. ¿No implica, por lo demás, la deducción lógica de este hecho la razón de todos los efectos de la naturaleza? ¿Qué más conforme a nuestras ideas sobre Dios que creer que lo ha hecho todo por el medio más simple? La adoración pitagórica por el UNO del que salen todos los números y que representan la materia una; la por el número DOS, primera agregación y tipo de todos los demás, y la por el número TRES, que en todo tiempo ha configurado a Dios, es decir, la materia, la energía y el producto, ¿no resumían tradicionalmente el confuso conocimiento del absoluto? Stahl, Becher, Paracelso, Agripa, todos los grandes investigadores de causas ocultas tenían por santo y seña el Trimegisto, que quiere decir el gran Ternario. Los ignorantes, acostumbrados a condenar la alquimia, esta química trascendente, no saben sin duda que nos ocupamos en justificar las búsquedas apasionadas de esos grandes hombres. Hallado el absoluto, yo me habría entonces apercollado con el movimiento. Mientras yo me alimento de pólvora y mando a hombres que mueran tan inútilmente, mi antiguo maestro apila descubrimiento sobre descubrimiento, vuela hacia *el absoluto…* ¡Y yo, yo moriré como un perro, en el ángulo de una batería!…».

Cuando el pobre hombre recobró un poco de calma, me dijo con una especie de conmovedora fraternidad: «Si hallase un experimento que hacer, os lo legaría antes de morir».

—Pepita mía —dijo Baltasar apretando la mano de su mujer—, lágrimas de rabia surcaron las hundidas mejillas de ese hombre mientras vertía en mi alma el fuego de ese razonamiento que ya Lavoisier se había hecho tímidamente, sin osar abandonarse a él…

—¡Cómo! —exclamó la señora Claes, quien no pudo evitar el interrumpir a su marido—. ¿Ese hombre que pasó una noche bajo nuestro techo nos arrebató tu afecto, destruyó con una frase y una sola palabra la felicidad de una familia? ¡Oh, mi querido Baltasar…! ¿Hizo la señal de la cruz ese hombre? ¿Le observaste bien? Únicamente el Tentador puede tener sus ojos amarillos, de los que salía el fuego de Prometeo. Sí, tan sólo el demonio podía arrancarte de mí. Desde ese día tú no has sido ni padre, ni esposo, ni cabeza de familia…

—¡Qué! —dijo Baltasar irguiéndose y lanzando una penetrante mirada a su mujer—. ¿Reprochas a tu marido que se eleve sobre los demás hombres y tienda a tus pies la púrpura de la gloria, como una mínima ofrenda a los tesoros de tu corazón? ¿No sabes lo que he hecho yo en tres años? He dado pasos de gigante, Pepita mía… —dijo animándose.

Su rostro le pareció entonces a su mujer más resplandeciente bajo el fuego del genio que nunca lo estuvo bajo el fuego del amor, y lloró al oírle.

—He cambiado el cloro y el nitrógeno; he descompuesto diversos cuerpos considerados hasta ahora como simples; he hallado nuevos metales… Mira —añadió al reparar en el llanto de su mujer—, he descompuesto las lágrimas. Las lágrimas contienen un poco de fosfato de cal, de cloruro de sodio, de mucosidad y de agua.

Continuó hablando sin ver la tremenda convulsión que desencajaba el rostro de Josefina; había cabalgado sobre la ciencia, la cual le llevaba en su grupa, con las alas desplegadas, muy lejos del mundo material.

—Este análisis, querida, es una de las mejores pruebas del sistema del absoluto. Toda vida implica una combustión. Según la mayor o menor actividad del hogar, es la vida más o menos persistente. Así, la destrucción

del mineral se retrasa infinitamente si la combustión es virtual, latente o insensible. Así los vegetales, que cobran incesante lozanía mediante la combinación de que procede la humedad, viven indefiniblemente, y existen diversos vegetales contemporáneos del último cataclismo. Pero cada vez que la naturaleza ha perfeccionado un instrumento, al que con una finalidad ignorada ha insuflado la sensibilidad, el instinto o la inteligencia, tres grados marcados en el sistema orgánico, esos tres organismos requieren una combustión cuya actividad está en razón del resultado obtenido. El hombre, que representa el más elevado grado de inteligencia y que nos ofrece el único instrumento del que emana un poder a medias creador, «el pensamiento», es, entre las creaciones zoológicas, aquélla en que la combustión se halla en su grado más intenso y cuyos poderosos efectos son, en cierto modo, revelados por los fosfatos, los sulfatos y los carbonatas que proporciona su cuerpo en nuestro análisis. ¿No serían estas substancias las huellas que deja en él la acción del fluido eléctrico, principio de toda fecundación? ¿No se manifestaría la electricidad en él por combinaciones más variadas que en cualquier otro animal? ¿No poseería facultades más grandes que cualquier otra criatura para absorber más considerables partes de principio absoluto, y no se las asimilaría para componer, en un instrumento más perfecto, su fuerza y sus ideas? Yo lo creo así. El hombre es un matraz. Así, según yo, el idiota sería aquél cuyo cerebro contendría la menos propiedad de fósforo o de cualquier otro producto del electro-magnetismo; el loco, aquél cuyo cerebro contuviese demasiado; el hombre corriente o vulgar, quien tuviese poco; el de genio, aquél cuyo cerebro estuviera saturado en grado conveniente. El hombre constantemente enamorado, el ganapán, el bailarín, el gran comilón, son quienes desplazarían la fuerza de su instrumento eléctrico. Así nuestros sentimientos…

—¡Basta, Baltasar! ¡Me espantas, cometes sacrilegios! ¿Qué…? Mi amor, entonces, sería…

—Materia etérea que se desprende —respondió Claes— y que, sin duda, es la palabra del absoluto. Piensa, pues, que si yo…, ¡yo el primero!, hallo…, si hallo…, si hallo…

Y repitiendo estas últimas palabras en tres diferentes tonos, su rostro adquirió la expresión del inspirado.

—¡Yo hago los metales, hago los diamantes, repito la naturaleza! —exclamó.

—¿Y serás más feliz? —gimió Josefina con desespero—. ¡Maldita ciencia, maldito demonio! Olvidas, Claes, que cometes el pecado de soberbia del que fue culpable Satán. Te enfrentas con Dios…

—Bah, Dios…

—¡Y lo niega! —exclamó ella retorciéndose las manos—. Claes, Dios dispone de una potencia que tú no tendrás nunca.

Ante este argumento que parecía anular su querida ciencia, Claes, temblando, miró a su mujer.

—¿Qué? —dijo.

—La fuerza única, el movimiento. Eso es lo que yo he aprendido en los libros que me has obligado a leer. Analiza flores, frutos, el vino de Málaga… Desde luego descubrirás sus principios, que se producen, como los de tu berro, en un ambiente que parece serles ajeno; en rigor, puedes hallarlos en la naturaleza; pero uniéndolos, amalgamándolos, fusionándolos, ¿harás tú esas flores, esos frutos, ese vino de Málaga? ¿Tendrás los incomprensibles efectos del sol? ¿Conseguirás la atmósfera de España? Descomponer no es crear.

—Si encuentro la fuerza coercitiva, podré crear.

—¡Nada le detendrá! —sollozó Pepita con desesperado acento—. ¡Oh, mi amor está muerto; lo he perdido!

Y prorrumpió en llanto, y sus ojos, animados por el dolor y por la santidad de los sentimientos que difundían, brillaron más bellos que nunca a través de sus lágrimas.

—Sí —prosiguió sollozando—, estás muerto del todo. Lo veo, la ciencia es más poderosa en ti que tú mismo, y su vuelo te ha llevado demasiado alto como para que desciendas a ser el compañero de una pobre mujer. ¿Qué felicidad puedo yo ofrecerte aún? Yo quisiera, triste consuelo, creer que Dios te ha creado para manifestar sus obras y cantar sus alabanzas; que te ha llenado de una fuerza irresistible que te domina. Pero no; Dios es bueno, y Él te dejaría en el corazón algunos pensamientos para una mujer que te adora, para unos hijos a los que debes proteger. Sí, únicamente el demonio puede ayudarte a marchar solo en medio de esos abismos sin

salida, entre esas tinieblas donde no estás iluminado por la fe de lo alto, sino por una horrible creencia en tus facultades… De lo contrario, ¿no habrías advertido que has devorado novecientos mil francos en tres años? ¡Oh, hazme el favor, tú que eres mi dios en la tierra, de creer que no te reprocho nada en absoluto! Si sólo fuésemos tú y yo, te traería de rodillas nuestras riquezas, y te diría: «¡Tómalas, quémalas en tu horno, conviértelas en humo!», y hasta me reiría viéndolas llamear y consumirse. Si fueses pobre, yo iría a mendigar sin avergonzarme para procurarte el carbón que te exigiese tu horno. Y si precipitándome dentro de él consiguiese que encontrases tu execrable absoluto, te aseguro, Claes, que lo haría con alegría, porque tú cifras tu gloria y tu felicidad en ese secreto no hallado aún… ¡Pero nuestros hijos, Claes, nuestros hijos! ¿Qué será de ellos si no descubres pronto ese secreto infernal? ¿Sabes a qué vino Pierquin…? A reclamarte treinta mil francos que tú debes sin tenerlos. Tus propiedades ya no son tuyas. Le he dicho que tú tenías esos treinta mil francos, a fin de evitarte el apuro en que te habrían puesto sus preguntas; pero, para liquidar esa deuda, he pensado vender nuestra vieja platería.

Ella vio humedecerse los ojos de su marido, y se arrojó desesperadamente a sus pies, las manos tendidas hacia él, suplicantes.

—Querido mío —sollozó—, cesa por un tiempo en tus búsquedas, ahorremos el dinero necesario que te hará falta para reanudarlas más tarde… si no puedes renunciar a proseguir tu obra. Oh, yo no la juzgo. Sufriré tus hornos, si lo quieres, pero no reduzcas a nuestros hijos a la miseria; tú no puedes quererlos ya; la ciencia ha devorado tu corazón, pero no les legues una vida desgraciada a cambio de la dicha que les debes. El sentimiento maternal ha sido, a menudo, el más débil en mi corazón, sí; a veces, he deseado ser madre para unirme más íntimamente a tu alma, a tu vida, y para vencer mis remordimientos, debo defender en ti la causa de tus hijos antes que la mía.

El cabello se le había suelto y flotaba sobre sus hombros; sus ojos vertían mil sentimientos como otras tantas flechas, y triunfó de su rival. Baltasar la alzó, la llevó al sofá y se arrodilló a sus pies.

—¿Te he hecho sufrir mucho? —le dijo con el acento del hombre que se despierta de un pesado sueño.

—Pobre Claes… Todavía me harás sufrir más, a pesar tuyo —respondió ella pasándole la mano por el pelo—. Ven siéntate a mi lado —añadió

señalándole un sitio en el sofá—. Mira, ya lo he olvidado todo, puesto que has vuelto. Querido, lo repararemos todo, pero tú no te alejarás más de tu mujer, ¿no es así? Di que sí. Déjame, mi grande y bello Claes, ejercer sobre tu noble corazón esa influencia femenina tan necesaria para la felicidad de los artistas desgraciados, de los grandes hombres que sufren… Tú me tratarás con rudeza, me destrozarás si quieres, pero me permitirás que te contradiga un poco por tu bien. Yo no abusaré nunca del poder que me concederás. Sé célebre, pero sé feliz también. ¡No prefieras la química a nosotros! Escucha, seremos muy complacientes, permitiremos a la ciencia entrar con nosotros en el reparto de tu corazón; pero sé justo, ¡danos nuestra mitad! Dime, ¿no es sublime mi desinterés?

Consiguió que Baltasar sonriese. Con ese maravilloso arte que poseen las mujeres, había llevado la principal cuestión al terreno del humor, en el que son maestras las mujeres. Sin embargo, aunque pareciese que reía, su corazón estaba tan violentamente contraído que a duras penas lograba mantener el ritmo igual y suave de su habitual estado, pero al ver que en los ojos de Baltasar renacía la expresión que la encantaba y que era su gloria, anunciándole la total acción de su antiguo poder que creía perdido, le dijo sonriendo:

—Créeme, Baltasar, la naturaleza nos ha hecho para sentir, y aunque tú quieras que sólo seamos máquinas eléctricas, tus gases y tus materias etéreas no explicarán jamás el don que poseemos de entrever el futuro.

—Sí… —respondió él—, por afinidades. La potencia de visión que forma al poeta y potencia de deducción que crea al sabio se fundan en afinidades visibles, intangibles e imponderables que el ser vulgar sitúa en la clase de los fenómenos morales, pero que son efectos físicos. El profeta ve y deduce. Desgraciadamente, esas especies de afinidades son demasiado raras y poco perceptibles para ser sometidas al análisis o a la observación.

—Y esto, por ejemplo —dijo ella dándole un beso para alejar a la química que tan tercamente se despertaba otra vez—, ¿sería también una afinidad?

—No, eso es una combinación: dos substancias del mismo *signo* no producen ninguna actividad…

—Vamos, cállate —dijo ella—, pues me harías morir de tristeza. Sí, querido, no podría soportar el ver a mi rival hasta en los transportes de tu amor.

—Pero, querida mía, si no pienso más que en ti… Mis trabajos son la gloria de mi familia, y tú estás en el fondo de todas mis esperanzas…

—¡Veamos, mírame!

Esta escena la había embellecido como una joven, y de toda ella, su marido no veía más que su cabeza entre una nube de muselinas y de encajes.

—Sí, ha sido grande mi culpa al abandonarte por la ciencia —dijo—. Desde ahora, cuando vuelva a caer en mis preocupaciones, tú me despertarás, librándome de ellas; será así, Pepita mía…

Ella bajó los ojos y dejó que él cogiese su mano, su mayor belleza; una mano a la vez fuerte y delicada.

—Pero yo quisiera más aún —dijo ella.

—Eres tan deliciosamente bella que puedes obtenerlo todo.

—Quiero destruir tu laboratorio y ponerle un freno a tu ciencia —agregó ella mirándole como si le llameasen los ojos.

—Pues bien… ¡al diablo la química!

—Este momento borra todos mis dolores —aseguró ella—. Ahora ya puedes hacerme sufrir si lo deseas.

Al oír estas palabras, las lágrimas asomaron a los ojos de Baltasar.

—Tienes razón… Yo no te veía más que a través de un velo y ya no te oía…

—Si no se hubiese tratado más que de mí —prosiguió Josefina—, habría seguido sufriendo en silencio, sin levantar la voz ante mi soberano, pero tus hijos merecen tu atención, Claes. Te aseguro que si continuases derrochando así tu fortuna, por muy glorioso que sea tu objetivo, el mundo no te lo agradecerá y su censura recaería sobre los tuyos. ¿No te bastará

a ti, hombre de tanto valer, que tu mujer te llame la atención sobre un peligro que no advertías? No hablemos ya más de todo eso —añadió dirigiéndole una sonrisa y una mirada acariciantes—. Esta noche, Claes mío, no seamos felices a medias…

IV. La muerte de una madre

Al día siguiente de esa velada tan transcendental para la vida del matrimonio, Baltasar Claes, de quien Josefina había obtenido alguna promesa en cuanto a dejar sus trabajos, no subió a su laboratorio y se quedó con ella todo el día. Veinticuatro horas después la familia hizo sus preparativos para trasladarse al campo, donde ella vivió durante dos meses, y de donde no volvió a la ciudad sino para preparar la fiesta con que Claes quería, como en otro tiempo, celebrar el aniversario de su boda. Baltasar tuvo, un día tras otro, las pruebas del desorden que sus trabajos y su despreocupación le significaron. Lejos de agravar el desastre con observaciones, su mujer hallaba siempre paliativos para los males consumados. De los siete criados que tenía Claes la última vez que abrió sus salones, no quedaba sino Lemulquinier, la cocinera Josette y una vieja camarera llamada Marta, la cual no se separó de su ama desde que ésta salió del convento; era, pues, imposible recibir a la alta sociedad de la ciudad con tan escasa servidumbre. La señora Claes solventó todas las dificultades proponiendo que trajeran un cocinero de París, instruir para el servicio al hijo de su jardinero y pedirle a Pierquin que les prestase el criado. Así nadie se daría cuenta de que tenían dificultades.

Durante los veinte días que duraron los preparativos, la señora Claes distrajo hábilmente la desocupación de su marido. Lo mismo le encargaba que escogiera flores raras que debían adornar la gran escalinata, la galería y los aposentos, que le enviaba a Dunquerque para adquirir algunos de esos grandes pescados que son la gloria de las mesas particulares en el departamento del Norte. Una fiesta como la que daba Claes era un asunto de la mayor importancia, el cual exigía múltiples cuidados y una correspondencia activa en un país donde las tradiciones de la hospitalidad afectan tanto a la fama de una familia que, lo mismo para los amos que para los servidores, un banquete es como una victoria que se les brinda a los invitados. Las ostras llegaron de Ostende, pidieron los gallos a Escocia y las frutas vinieron de París; ni los menores detalles podían desmentir el lujo patrimonial. Además, el baile de la casa Claes tenía una especie de celebridad. Siendo entonces Douai la capital del departamento, la fiesta

inauguraba, en cierto modo, la temporada de invierno y daba el tono a las demás. Así, durante quince años, Baltasar se había esforzado en distinguirse, y lo había logrado tan bien que cada vez era la comidilla de veinte leguas a la redonda, hablándose de los trajes, de los invitados, de cualquier particularidad, de las novedades que habían visto o de cuanto en la fiesta había acontecido.

Estos preparativos impidieron que Claes pensase en la búsqueda del absoluto. Volviendo a las intimidades domésticas y a la vida social, el sabio recobró su amor propio de hombre, de flamenco y de amo de casa, y se complació en asombrar la región. Quiso imprimir un carácter a la velada mediante algún nuevo hallazgo, y, entre todas las fantasías del lujo, eligió la más primorosa, la más rica, la más pasajera, convirtiendo a su casa en un boscaje de flores raras y preparando ramilletes para las mujeres. Los demás detalles de la fiesta respondían a ese extremado lujo, pareciendo que todo habría de lograr el mejor efecto. Pero el boletín 29.º y las noticias particulares de los desastres sufridos por el Gran Ejército en Rusia y en el Beresina se propagaron después de la cena. Una tristeza profunda y auténtica se apoderó de todos los invitados, quienes, por un sentimiento patriótico, rehusaron unánimemente bailar. Entre las cartas que llegaron de Polonia a Douai, hubo una para Baltasar. El señor de Wierzochownia, entonces en Dresde, donde, decía, se estaba muriendo de una herida recibida en uno de los últimos encuentros, quería legar a su huésped varias ideas que, desde su conversación, se le habían ocurrido en relación con el absoluto. Esa carta sumió a Claes en una profunda inquietud que hizo honor a su patriotismo; pero su mujer no se engañó. Para ella, la fiesta tuvo un doble duelo. Aquella velada, en la cual la casa de Claes lanzaba su último fulgor, tuvo algo de sombrío y de triste en medio de tanta magnificencia, de curiosidades amasadas por seis generaciones, cada una de las cuales tuvo su manía, y que la gente de Douai admiró por última vez.

La reina del día fue Margarita, con sus dieciséis años, a la cual sus padres presentaban en sociedad. Atrajo todas las miradas por su extremada sencillez y su aire candoroso, y, sobre todo, por su porte, tan en armonía con la vivienda. Era en efecto la muchacha flamenca tal como los pintores del país la han representado: una cabeza perfectamente redonda y llena, cabello castaño, liso sobre la frente y separado en dos bandas; ojos grises con cierto matiz a verde; bellos brazos y una robustez que no perjudicaba su belleza; un aire tímido, pero en la frente, alta y lisa, una firmeza que se ocultaba bajo una calma y una dulzura aparentes. Sin ser triste ni

melancólica, parecía poco jovial. La reflexión, el orden y el sentimiento del deber, las tres principales expresiones del carácter flamenco, animaban su rostro, frío a primera vista, pero en el cual la mirada tenía cierta gracia y una apacible y serena altivez que era como una garantía de la felicidad doméstica. Por una singularidad que los filósofos no han explicado aún, no tenía ningún rasgo de su madre ni de su padre, ofreciendo la viva imagen de su abuela materna, una Conyncks de Brujas, cuyo retrato, conservado con el mayor cuidado, atestiguaba esa semejanza.

La cena dio cierta vida a la fiesta. Si los desastres del ejército prohibían los goces de la danza, todos pensaron que no se debían excluir los placeres de la mesa. Los patriotas se retiraron pronto y los indiferentes se quedaron, con algunos jugadores y varios amigos de Claes; pero, insensiblemente, esa casa tan brillantemente iluminada, en la que se apiñaban todas las notabilidades de Douai, recobró el silencio, y hacia la una de la madrugada la galería quedó desierta y las luces se apagaron en todos los salones. El patio interior, poco antes tan bullicioso, tan luminoso, se sumió en una sombría negrura, imagen profética del futuro que esperaba a la familia. Cuando los Claes volvieron a su habitación, Baltasar dio a leer a su mujer la carta del polaco; ella se la devolvió con triste ademán. Josefina preveía el porvenir.

En efecto, desde ese día Baltasar ocultó mal la angustia, la inquietud y el hastío que le abrumaban. Por la mañana, después del almuerzo familiar, jugaba unos momentos en el locutorio con el pequeño Juan, y hablaba con sus dos hijas, ocupadas en coser, en bordar o en hacer encaje…, pero pronto se cansaba de esos juegos y de la charla, como si los admitiese por deber. Cuando su mujer volvía a bajar luego de vestirse, le encontraba siempre sentado en su sillón, contemplando a Margarita y a Felicia y sin que le impacientase el ruido de los bolillos. Cuando traían el periódico lo leía lentamente, igual que un comerciante retirado que no sabe cómo matar el tiempo. Luego se levantaba, miraba al cielo a través de las ventanas, volvía a sentarse y atizaba el fuego, ensimismado, como un hombre al que la tiranía de las ideas le privase de la conciencia de sus movimientos. La señora Claes lamentó vivamente su falta de instrucción y de memoria. Le resultaba difícil mantener largo rato una conversación interesante; además, quizá sea imposible entre dos seres que se lo han dicho todo y que se ven obligados a buscar temas de distracción al margen de la vida del corazón o la vida material. La vida del corazón tiene sus momentos, y quiere oposiciones; los detalles de la vida material no

podrían ocupar mucho tiempo a espíritus superiores acostumbrados a decidir rápidamente, y la sociedad resulta insoportable a las almas amantes. Dos seres solitarios que se conocen por entero deben, pues, buscar sus diversiones en las regiones más elevadas del pensamiento, puesto que es imposible oponer algo pequeño a lo que es inmenso. Luego, cuando un hombre se ha acostumbrado a manejar grandes cosas, cada vez es menos propicio a las diversiones, no conserva en el fondo de su corazón ese principio de candor, ese dejarse llevar que hace tan graciosamente niños a las persona de genio. Pero esta infancia del corazón, ¿no es un fenómeno humano muy raro en aquéllos cuya misión es verlo todo, y saberlo y comprenderlo todo?

Durante los primeros meses, la señora Claes se zafó de la crítica situación mediante inauditos esfuerzos que le sugirieron el amor o la necesidad. Así quiso comprender el juego de chaquete, que nunca había conseguido entender, y por un prodigio bastante concebible acabó por dominarlo; así interesó a Baltasar en la educación de sus hijas pidiéndole que dirigiese sus lecturas. Pero estos recursos se agotaron. Llegó un momento en que Josefina se halló ante Baltasar como *madame* de Maintenon en presencia de Luis XIV, pero sin tener, para distraer al dueño amodorrado, ni las pompas del poder ni los ardides de una corte que sabía representar comedias como las de la embajada del rey de Siam o del sofí de Persia. Reducido, después de arruinar a Francia, a expedientes de hijo de familia para procurarse dinero, el monarca no tenía ya juventud ni éxito y sentía una terrible impotencia en medio de las grandezas; la real sirvienta, que supo acunar a los hijos, no siempre supo acunar al padre, quien sufría por haber abusado de las cosas, de los hombres, de la vida y de Dios. Pero Claes sufría por demasiada potencia. Oprimido por un pensamiento que estrujaba, soñaba con las pompas de la ciencia, con tesoros para la humanidad y la gloria para él. Sufría como sufre un artista que se bate con la miseria, como Sansón atado a las columnas del templo. El efecto era el mismo para estos dos soberanos, aunque el monarca intelectual lo abrumase su fuerza y al otro su debilidad. Sola, ¿qué podría hacer Pepita sola contra esa especie de nostalgia científica? Tras haber empleado los medios que le ofrecían las ocupaciones de familia, llamó a la sociedad en su socorro, dando dos «cafés» por semana. En Douai, los *cafés* reemplazaban a los *tés*. Un café es una reunión donde durante una velada entera los invitados beben los exquisitos vinos y licores que colman las bodegas de ese bendito país, comen manjares selectos y toman café puro o café con leche helada, mientras que las mujeres cantan romanzas,

discuten las modas o se cuentan las grandes nonadas de la ciudad. Son siempre los cuadros de

Mieris o de Terburg, menos las plumas encarnadas de los sombreros grises en punta, menos las guitarras y los bellos ropajes del siglo XVI. Pero los esfuerzos que hacía Baltasar para desempeñar bien su papel de dueño de la casa, su afabilidad ficticia, los fuegos de artificio de su espíritu, todo acusaba la profundidad del mal en la fatiga que acusaba al otro día.

Estas fiestas continuas, débiles paliativos, atestiguaron la gravedad de la dolencia. Esas ramas que hallaba Baltasar rodando en su precipicio, retrasaron su caída, pero la hicieron más pesada. Si no habló nunca de sus antiguas ocupaciones, si no emitió un lamento al verse en la imposibilidad de reanudar sus experiencias, tuvo los movimientos tristes, la apagada voz y el abatimiento de un convaleciente. Su hastío se traslucía a veces hasta en la manera con que cogía las tenazas para construir negligentemente, en el fuego del hogar, alguna fantástica pirámide con carbón vegetal. Al terminar la velada, se le veía como si recobrase la tranquilidad; sin duda el sueño le libraba dé un importuno pensamiento; al día siguiente se levantaba melancólico al ver que tenía que soportar otra jornada, y parecía como si midiese el tiempo que tenía que consumir, lo mismo que un viajero fatigado mira el desierto que tiene que atravesar. Si la señora Claes conocía la causa de su languidez, se esforzaba en ignorar hasta dónde había llegado el estrago. Llena de valor contra los sufrimientos del espíritu, carecía de fuerzas contra las generosidades del corazón. No se atrevía a discutir con él cuando veía que escuchaba a sus hijas y las risas de Juan con el aire de un hombre absorbido por un pensamiento oculto, pero se estremecía al verle sacudir su melancolía y tratar, por un sentimiento generoso, de aparecer alegre para no entristecer a nadie. Los diálogos del padre con sus dos hijas o sus juegos con el pequeño Juan llenaban de lágrimas los ojos de Josefina, la cual se iba a sus habitaciones para ocultar el tormento que le causaba un heroísmo cuyo precio saben muy bien las mujeres, y que las destroza el corazón. La señora Claes sentía entonces deseos de gritarle: «¡Mátame y haz lo que quieras!». Insensiblemente, los ojos de Baltasar perdieron su vivo resplandor y adquirieron ese tinte glauco que enturbia los de los viejos. En sus atenciones para con su mujer y en sus palabras se advertía un esfuerzo, una sensible ausencia. Esos síntomas, más acusados y graves hacia finales del mes de abril, asustaron a la señora Claes, para quien el espectáculo era ya intolerable, y quien se había hecho ya mil reproches

admirando la fidelidad flamenca con que su marido mantenía su palabra. Un día en que le pareció que Baltasar estaba más abatido que nunca, ya no vaciló en sacrificarlo todo para volverle a la vida.

—Querido —le dijo—, te desligo de tus juramentos.

Baltasar le miró con estupor.

—¿Piensas en tus experimentos? —le preguntó ella.

Él respondió con un gesto de viva vehemencia. Lejos de reconvenirle o de sermonearle, la señora Claes, que había intuido el abismo al que iban a rodar los dos, le cogió una mano y se la estrechó sonriendo.

—Gracias, querido; estoy segura de mi poder —le dijo—. Me has sacrificado más que tu vida. A mí me tocan ahora los sacrificios. Aunque haya vendido algunos de mis diamantes, todavía quedan algunos, y puedo añadir los de mi hermano para conseguir el dinero que exijan tus trabajos. Yo destinaba esas alhajas a nuestras dos hijas; ¿pero no las deslumbrará más tu gloria? Y, además, ¿no las darás un día diamantes más bellos?

El júbilo que repentinamente iluminó el rostro de su marido colmó la desesperación de Josefina; vio con dolor que la pasión de aquel hombre era más fuerte que él. Claes tenía confianza en su obra para emprender sin temblar un camino que para su mujer era un abismo. Él tenía la fe, ella la duda, y de ahí que fuese para ella la carga más pesada. ¿No sufre siempre la mujer por los dos? En aquel momento ella quiso creer en el éxito, queriendo justificar ante sí misma su complicidad en la posible extensión de su fortuna.

—El amor de toda mi vida no bastarán para agradecer tu abnegación, Pepita —dijo Claes conmovido.

Apenas pronunció estas palabras cuando entraron Margarita y Felicia, dando los buenos días a sus padres. La señora Claes bajó la vista y permaneció unos momentos turbada ante sus dos hijas, cuya fortuna acababa de enajenar en beneficio de una quimera; su marido las sentó en sus rodillas y habló alegremente con ellas, feliz al poder expresar el júbilo que sentía. La señora Claes entró desde entonces en la ardiente vida de su marido. El porvenir de sus hijos y la consideración de su padre fueron para ella dos móviles tan poderosos como lo eran para Claes la gloria y la

ciencia. Así, esa desgraciada mujer no tuvo ya una hora de sosiego desde que todos los diamantes de la casa fueron vendidos en París por mediación del abate de Solís, su director espiritual, y los fabricantes de productos químicos empezaron a hacer envíos. Agitada sin cesar por el demonio de la ciencia y por el furor de los hallazgos que devoraban a su marido, vivía en constante expectativa, permaneciendo como muerta durante días enteros, clavada a su butaca por la misma violencia de sus deseos, los cuales, no teniendo, como de Baltasar, un pasto, en los trabajos del laboratorio, atormentaron a su alma con sus dudas y sus temores. Frecuentemente, reprochándose su complacencia por una pasión cuya finalidad era imposible alcanzar, y que su confesor condenaba, se levantaba, iba a la ventana que daba al patio interior y miraba con terror a la chimenea del laboratorio. Y si salía humo, lo miraba con desespero, agitados el corazón y el espíritu por las ideas más contradictorias. Veía diluirse en humo la fortuna de sus hijos, pero salvaba la vida del padre. ¿No era su primer deber de esposa el hacerle feliz? Este último pensamiento la serenaba un momento. Había obtenido la anuencia de poder entrar en el laboratorio y permanecer en él, pero pronto tuvo que renunciar a esa triste satisfacción. Experimentaba allí demasiados sufrimientos al ver que Baltasar no se fijaba en ella, y hasta parecía, a veces, que le molestaba su presencia; sufría entonces celosas impaciencias, terribles deseos de hacer saltar la casa por los aires; era como si muriese de mil males inauditos. Lemulquinier se convirtió entonces para ella en una especie de barómetro; si le oía silbar, cuando iba y venía para servir la comida y la cena, adivinaba que los experimentos de su marido iban por buen camino y que concebía la esperanza de su próximo logro; si Lemulquinier aparecía taciturno, sombrío, lo miraba tristemente, pues significaba que Baltasar estaba descontento. El ama y el criado acabaron por comprenderse, a pesar de la altivez de ella y la arrogante sumisión de él. Débil y sin defensa contra las terribles postraciones del pensamiento, esta mujer sucumbía bajo esas alternativas de esperanza y desespero que, para ella, se incrementaban con las inquietudes de la mujer amante y con las ansiedades de la madre temblando por su familia. El desolador silencio que antes le enfrió el corazón, lo compartía sin apercibirse del sombrío clima que remaba en la vivienda, ni de las jornadas enteras que transcurrían sin una sonrisa, a menudo sin una palabra. Por una triste previsión maternal, acostumbraba a sus dos hijas a las labores caseras, e intentaba adiestrarlas en cualquier oficio femenino para que pudiesen vivir de él si llegaba la ruina que temía. La calma de aquel interior encubría, pues, terribles agitaciones. Hacia el

final del verano Baltasar había consumido el dinero de los diamantes vendidos en París por mediación del viejo abate de Solís, y debía unos veinte mil francos a la casa Protez y Chiffreville.

En agosto de 1813, alrededor de un año después de la escena con que comienza esta historia, si bien Claes había hecho algunos buenos experimentos que por desgracia él desdeñaba, sus esfuerzos no dieron ningún resultado en cuanto al objetivo principal de sus investigaciones. El día que terminó la serie de sus trabajos, le aplastó el sentimiento de su impotencia; la seguridad de que había invertido infructuosamente considerables sumas le desesperó. Fue una espantosa catástrofe. Salió del desván, descendió lentamente al locutorio, se desplomó en una butaca delante de sus hijos y durante algunos instantes pareció como muerto, sin responder a las preguntas con que le agobiaba su mujer. No pudo evitar el llanto, y se fue a su habitación para que no hubiese testigos de su dolor; Josefina le siguió, y al quedar solos, Baltasar dejó estallar su desesperación. Sus lágrimas de hombre, sus palabras de artista desalentado, los lamentos de padre de familia tuvieron un acento de terror, de ternura y de demencia que aún hizo más daño a la señora Claes que todos sus dolores pasados. La víctima consoló al verdugo. Y cuando Baltasar dijo con terrible tono de convicción: «¡Soy un miserable! He jugado con la vida de mis hijos, con la tuya y, para que seáis felices, es forzoso que me mate». Josefina oyó sus palabras como si le traspasasen el corazón, y, temiéndole porque conocía el carácter de su marido y llevara a término su desesperada intención, sufrió una de esas convulsiones que perturban la vida en su propio origen, la cual fue todavía más agotadora al tenerse que reprimir fingiendo una engañosa calma.

—Querido —respondió ella—, no he consultado a Pierquin, porque el afecto que nos tiene no evitaría que le alegrase vernos arruinados, sino a un anciano que, para mí, se muestra tan bueno como un padre. El abate de Solís, mi confesor, me ha dado un consejo que nos salvará de la ruina. Ha venido a ver tus cuadros. El precio de los que hay en la galería puede servir para levantar las hipotecas que pesan sobre tus propiedades y para saldar lo que debes a la casa Protez y Chiffreville, pues creo que también tienes allí alguna cuenta, ¿verdad?

Claes hizo un signo afirmativo bajando la cabeza, blanco ya el cabello desde los últimos tiempos.

—Mi confesor conoce a los Happe y Duncker, de Amsterdam; les

enloquece la pintura, y desean, como nuevos ricos, desplegar un boato que sólo se pueden permitir las antiguas familias, por lo que pagarán los nuestros en todo su valor. Así, recuperemos nuestros ingresos, y tú podrás, con una cantidad que se aproxima a los cien mil ducados, disponer de una parte de capital para proseguir tus experimentos. Nuestras dos hijas y yo nos contentaremos con muy poco. Y con el tiempo y una buena economía cubriremos con otros cuadros los espacios vacíos, y tú vivirás feliz…

Baltasar levantó la cabeza y miró a su mujer con una alegría mezclada de temor. Los papeles estaban cambiados. La esposa se convertía en la protectora del marido. Ese hombre tan tierno, y cuyo corazón vivía con el corazón de su Josefina, la tenía entre sus brazos sin darse cuenta de la horrible convulsión que la hacía palpitar y agitaba sus labios con nervioso estremecimiento.

—No me atrevía a decirte que entre yo y el absoluto apenas existe un pelo de distancia. Para gasificar los metales sólo hace falta hallar un medio de someterlos a un inmenso calor en que la presión de la atmósfera sea nula; en un vacío absoluto.

La señora Claes no pudo soportar el egoísmo que vio en su respuesta. Ella esperaba un apasionado agradecimiento por sus sacrificios, y hallaba un problema de química… Abandonó bruscamente a su marido, bajó al locutorio y se desplomó en su butaca, entre sus dos asustadas hijas, y prorrumpió en llanto. Margarita y Felicia le tomaron una mano cada una y se arrodillaron a sus pies, llorando como ella, sin saber la causa de su pesar y preguntándole reiteradamente:

—¿Qué tenéis, madre?

—¡Pobres hijas! Siento como si me estuviera muriendo…

Su respuesta estremeció a Margarita, quien por vez primera vio en el rostro de su madre las huellas de la particular palidez de las personas cuya piel es morena.

—¡Marta, Marta! —gritó Felicia—. Venid, mamá os necesita…

La vieja dueña acudió corriendo de la cocina, y, al ver la verdosa blancura de aquel rostro levemente pardo, exclamó en español:

—¡Cuerpo de Cristo! ¡La pobre señora se muere!

Salió precipitadamente, encargó a Josette que calentara agua para un baño de pies y volvió al lado de su ama.

—No alarméis al señor, no le digáis nada, Marta —recomendó la señora Claes—. Pobres queridas hijas… —añadió estrechando contra su corazón a Margarita y a Felicia con desesperado movimiento—. Cómo desearía poder vivir bastante tiempo para veros felices y casadas… Marta —prosiguió—, dile a Lemulquinier que vaya a casa del abate de Solís a rogarle de mi parte que venga.

Esta especie de rayo repercutió necesariamente hasta en la cocina. Josette y Marta, consagradas leal y abnegadamente a la señora Claes y a sus hijas, sintieron como si hiriesen el único cariño que tenían. Las terribles palabras de Marta: «¡La señora se muere! ¡El señor la habrá matado! ¡Anda, prepara a toda prisa un baño de pies con mostaza!», arrancaron muchas interjecciones a Josette, quien agredía con ellas a Lemulquinier. Éste, frío e insensible, comía en una esquina de la mesa, ante una de las ventanas por donde entraba la claridad en la cocina, la cual estaba tan limpia como el tocador de una querida.

—Eso debía acabar así —decía Josette mirando al ayuda de cámara y subiéndose a un taburete para coger de un estante un caldero que relucía como el oro—. No hay madre que vea con sangre fría a un padre divertirse haciendo picadillo de una fortuna como la del señor, para convertirla en chicharrones.

Josette, cuya cabeza cubierta con un gorro redondo parecía un cascanueces alemán, dirigió a Lemulquinier una agria mirada que el color verde de sus rasgados ojillos hacía casi venenosa. El viejo ayuda de cámara se encogió de hombros con un movimiento digno de un Mirabeau impaciente, y luego se metió en la bocaza una rebanada de pan con manteca en la cual había sembradas unas *menudencias*.

—En vez de importunar al señor —dijo—, lo que debería hacer la señora es darle dinero, y pronto estaríamos todos nadando en oro. No falta ya ni el canto de un ochavo para que lo encontremos…

—¿Ah, sí? ¿Y, entonces, por qué tú, que tienes veinte mil francos

ahorrados, no se los ofreces al señor? Es tu amo. Y si estás tan seguro de lo que hace…

—Tú no entiendes nada de esto, Josette; anda, calienta el agua —respondió el flamenco interrumpiendo a la cocinera.

—Entiendo lo bastante como para saber que había aquí mucho más de mil marcos en platería, y que tú y tu amo los habéis fundido, y que si se os deja obrar a vuestro capricho, aquí no habrá pronto ni para coser un roto.

—Y el señor —dijo Marta apareciendo de nuevo—, matará a la señora para desembarazarse de una mujer que le retiene y le impide que se lo trague todo. Si está poseído por el demonio… Lo menos que arriesgas ayudándole, Lemulquinier, es tu alma, si es que tienes alma, pues te quedas como un cacho de hielo mientras que todo aquí es desolación. Las señoritas lloran como Magdalenas. Anda ya, corre a buscar al abate de Solís…

—El señor me ha encargado que arregle el laboratorio —respondió el ayuda de cámara—. Está demasiado lejos de aquí el barrio de Esquerchin. Puedes ir tú.

—¿No oyes a ese monstruo? —dijo Marta a Josette—. ¿Y quién dará el baño de pies a la señora? ¿Quieres dejar que se muera? Tienes la sangre en la cabeza…

—Lemulquinier —dijo Margarita entrando en la sala que precedía a la cocina—; al volver de casa del abate le rogaréis al doctor Pierquin que venga rápidamente.

—Anda, tendrás que ir —dijo Josette.

Pero éste le respondió a Margarita:

—Señorita, el señor me ha encargado que arregle su laboratorio…

Y se volvió hacia las dos mujeres, mirándolas con aire despótico.

—Padre —dijo Margarita al señor Claes, quien bajaba en aquel momento—, ¿no podríais dejarnos a Lemulquinier para que lleve un recado a la ciudad?

—¡Claro que irás, granuja! —dijo Marta al oír que el señor Claes ordenaba a Lemulquinier que obedeciera a su hija.

El escaso apego del ayuda de cámara a la casa era el motivo de pendencias entre las dos mujeres y él, cuya frialdad dio por resultado fortalecer el afecto que se tenían Josette y la dueña. Esta lucha, tan mezquina en apariencia, influyó mucho en el porvenir de la familia cuando más tarde tuvo necesidad de auxilio contra la desgracia. Baltasar, más distraído que nunca, no advirtió la indisposición de Josefina, y se puso al pequeño Juan en las rodillas jugando con él maquinalmente, pero pensando en el problema que tenía la posibilidad de resolver. Vio traer el caldero con agua para el baño de pies a su mujer, la cual, sin fuerzas para levantarse de su butaca, se había quedado en el locutorio. Vio cómo sus hijas se ocupaban de su madre, sin inquirir la causa de sus solícitas atenciones. Cuando Margarita o Juan querían hablar, la señora Claes les reclamaba silencio señalándoles a Baltasar. Una escena semejante tenía que hacer pensar a Margarita, quien, situada entre su padre y su madre, tenía ya edad y era bastante razonable para apreciar aquella conducta.

Llega un momento, en la vida interior de las familias, que los hijos, voluntaria o involuntariamente, se convierten en jueces de sus padres. La señora Claes comprendió el peligro de esta situación. Por amor a Baltasar se esforzaba en justificar a los ojos de Margarita lo que, en el despierto y justo espíritu de una muchacha de dieciséis años, pudieran parecer faltas de un padre. Así, el profundo respeto que en esta circunstancia demostraba la señora Claes por Baltasar, anulándose ante él para no turbar su meditación, imprimía a sus hijos una especie de terror por la majestad paternal. Pero esa abnegación, por contagiosa que fuese, aumentaba aún la admiración que Margarita sentía por su madre, a la cual la unían más particularmente los accidentes cotidianos de la vida. Ese sentimiento se fundaba en una especie de adivinación de los sufrimientos cuya causa debía naturalmente preocupar a una muchacha. Ninguna potencia humana podía impedir que, a veces, una palabra que se le escapaba a Marta o a Josette no descubriese a Margarita el origen de la situación que atravesaba la casa desde hacía cuatro años. A pesar de la discreción de la señora Claes, su hija descubría insensible y lentamente, hilo a hilo, la trama misteriosa de ese doméstico drama. Margarita no tardaría en ser la confidente activa de su madre, y sería, en el desenlace, el más terrible de los jueces. Así, la atención de la señora Claes se cifraba en Margarita, a la que intentaba transmitir su abnegación por Baltasar. La

firmeza, la razón que hallaba en su hija, la estremecían ante la idea de una lucha posible entre la hija y el padre cuando, a su muerte, la reemplazaría Margarita en la dirección interior de la casa. Esta pobre mujer había, pues, llegado a temblar más por las consecuencias de su muerte que por su propia muerte. Su solicitud por Baltasar saltaba a la vista en la resolución que acababa de tomar. Al liberar los bienes de su marido aseguraba su independencia y prevenía toda discusión al separar sus intereses de los de sus hijos; esperaba verle feliz hasta el momento en que ella cerraría los ojos; además, contaba con traspasar las delicadezas de su corazón a Margarita, quien continuaría desempeñando al lado de él el papel de un ángel de amor, ejerciendo sobre la familia una autoridad tutelar y conservadora. ¿No sería eso hacer brillar aún desde la tumba su amor sobre aquellos que le eran tan queridos? Sin embargo, no quiso desconsiderar al padre a los ojos de la hija iniciándola antes de tiempo en los terrores que las inspiraba la pasión científica de Baltasar; estudiaba el alma y el carácter de Margarita para saber si la joven se convertiría por sí misma en una madre para sus hermanos y su hermana, y para su padre en una mujer dulce y cariñosa.

Entonces, los dos últimos días de la señora Claes estaban envenenados por cálculos y temores que no se atrevía a confiar a nadie. Sintiéndose herida en la misma vida por esta última escena, miraba hacia el futuro, mientras Baltasar, inepto en cuanto se tratase de economía, de fortuna, de sentimientos domésticos, pensaba en hallar el absoluto… El profundo silencio que reinaba en el locutorio no lo interrumpía sino el monótono movimiento del pie de Claes, quien continuaba balanceándolo sin darse cuenta de que el pequeño Juan le había dejado. Sentado junto a su madre, cuyo rostro pálido y desencajado contemplaba, Margarita se volvía de vez en cuando hacia su padre, asombrándola su insensibilidad. No tardó en oírse la puerta de la calle al cerrarse, y la familia vio al abate de Solís apoyado en su sobrino, atravesando lentamente el patio.

—Ah, aquí viene Emmanuel —dijo Felicia.

—¡Qué gallardo mozo! —dijo la señora Claes—. Me alegro de volverle a ver.

Margarita se ruborizó al oír el elogio que se le escapó a su madre. Desde hacía dos días el porte de ese joven despertó en su corazón sentimientos desconocidos, y despejado en su espíritu pensamientos hasta entonces inertes. Durante la visita del confesor de su penitente habían ocurrido esos

imperceptibles acontecimientos que Ocupan mucho lugar en la vida y cuyos resultados eran lo bastante importantes como para exigir aquí la descripción de los dos nuevos personajes introducidos en el seno de la familia. La señora Claes tenía por principio realizar en secreto sus prácticas de devoción. Su director, casi desconocido en casa de ella, aparecía por segunda vez, pero lo mismo allí que en cualquier otra parte uno se sentía ganado por cierta especie de enternecimiento y de admiración a la vista del tío y el sobrino. El abate de Solís, anciano octogenario de plateado cabello, presentaba un rostro decrépito en que la vida parecía concentrarse en los ojos. Andaba con dificultad, pues de sus dos escuálidas piernas, la una tenía el pie horriblemente deformado, enfundado en una especie de pernera de algodón que le obligaba a servirse de una muleta cuando no disponía del brazo de su sobrino. Su encorvada espalda y su enjuto cuerpo ofrecían un espectáculo de una naturaleza doliente y frágil, dominada por una voluntad de hierro y por un casto espíritu religioso que la había conservado. Ese sacerdote español, notable por su vasto saber, por una sincera piedad y conocimientos muy amplios, fue sucesivamente dominicano, gran penitenciario de Toledo y vicario general del arzobispado de Malinas. Sin la Revolución francesa, la protección de la Casa-Real le habría llevado a las más altas dignidades de la Iglesia, pero el pesar que le causó la muerte del joven duque, alumno suyo, le apartó de una vida activa y se consagró por entero a la educación de su sobrino, huérfano desde muy niño. Cuando la conquista de Bélgica, se quedó a vivir no lejos del lugar de los Claes. Desde su juventud, el abate de Solís profesaba por Santa Teresa un entusiasmo que le condujo, por inclinación de su espíritu, hacia el lado místico del cristianismo. Al encontrar en Flandes, donde la señorita Bourignon, como los escritores iluminados y quietistas, hizo muchos prosélitos, un gran número de católicos fieles a sus creencias, se quedó allí con el mayor agrado, por cuanto se le consideró como un patriarca, por esa comunión particular que continúa siguiendo las doctrinas de los místicos, a pesar de las censuras que alcanzaron a Fenelón y a la señora Guyon. Sus costumbres eran austeras, su vida ejemplar, y se decía que tenía éxtasis. No obstante el despego que un religioso tan severo había de sentir por las cosas de este mundo, el afecto que tenía por su nieto le impulsaba a velar por sus intereses. Cuando se trataba de una obra de caridad, el anciano acudía a la ayuda de sus feligreses antes de recurrir a su propia fortuna, y su autoridad patriarcal estaba a tal punto reconocida, sus intenciones eran tan puras, y su perspicacia se equivocaba tan raramente, que todos correspondían a sus peticiones. Para tener una idea del contraste que

existía entre tío y sobrino, habría que comparar al viejo a uno de esos sauces huecos que vegetan al borde de las aguas, y al joven al escaramujo cargado de rosas y cuyo elegante y erecto tallo se enlaza con el tronco musgoso, como si quisiera enderezarlo.

Severamente educado por su tío, quien lo sujetaba lo mismo que una matrona guarda a una virgen, Emmanuel tenía esa delicada sensibilidad, ese ingenuo candor pasajero en la juventud, pero tierno en las almas nutridas por principios religiosos. El anciano sacerdote había reprimido la expresión de los sentimientos voluptuosos en su discípulo, preparándole para los sufrimientos de la vida mediante continuos trabajos y por una disciplina casi claustral. Esta educación, que había de entregar impoluto a Emmanuel al mundo y hacerle feliz si era afortunado en sus primeros afectos, le había revestido de una angélica pureza que comunicaba a su persona el encanto de que están investidas las doncellas. Sus tímidos ojos, protegidos por un espíritu fuerte y valeroso, despedían una luminosidad que vibraba en el alma como el sonido del cristal expande sus ondulaciones en el oído. Su rostro expresivo, aunque regular, se destacaba por una gran precisión en los contornos, por la excelente disposición de sus líneas y por la profunda serenidad que otorga la paz del corazón. Todo era en él armonioso. Su negro cabello, sus ojos pardos y sus cejas realzaban más aún una tez blanca y de vivos colores. Su voz era la que se esperaba de tan bello rostro. Sus movimientos, de una suavidad un tanto femenina, armonizaban con la melodía de su voz y con la tierna claridad de su mirada. Parecía ignorar el atractivo que provocaban la reserva medio melancólica de su actitud, el recato de sus palabras y los respetuosos cuidados que prodigaba a su tío. Viéndole pendiente del andar tortuoso del viejo abate para acompasarse a sus dolorosas desviaciones, mirando desde lejos lo que podía lastimarle los pies y conduciéndole por el mejor camino, era imposible no reconocer en Emmanuel los sentimientos generosos que hacen del hombre una sublime criatura. Parecía tan grande al querer a su tío sin juzgarle, obedeciéndole sin discutir jamás sus órdenes, que todos veían una predestinación en el dulce nombre que le había puesto su madrina. Cuando en su casa o en las de los demás, el anciano sacerdote ejercía su despotismo de dominico, Emmanuel levantaba, a veces, la cabeza tan noblemente como para protestar de su fuerza si lo veía en discusión con otro hombre, que las personas de corazón se conmovían, como los artistas ante una gran obra, pues los bellos sentimientos no sacuden menos en el alma por las concepciones vivientes que por las realizaciones del arte.

Emmanuel había ya acompañado a su tío cuando fue a casa de su penitente para examinar los cuadros de la colección Claes. Al saber por Marta que el abate de Solís estaba en la galería, Margarita, que deseaba ver al célebre hombre, buscó un pretexto para acercarse a su madre, a fin de satisfacer su curiosidad. Entrando con un poco de atolondramiento, afectando la ligereza bajo la cual las muchachas jóvenes ocultan tan bien sus deseos, encontró al lado del anciano vestido de negro, encorvado, apergaminado y cadavérico, el lozano y delicioso rostro del apuesto Emmanuel. Las dos miradas igualmente jóvenes e igualmente ingenuas de estos dos seres expresaron el mismo asombro. Emmanuel y Margarita se habían visto ya sin duda en sus sueños. Los dos bajaron los ojos y los volvieron a levantar en seguida con igual movimiento, dejando escapar una misma confesión. Margarita cogió el brazo de su madre, le habló con voz baja por discreción y se refugió, por decirlo así, bajo el ala maternal, teniendo el cuello con movimiento de cisne, para volver a ver a Emmanuel, quien seguía pegado al brazo de su tío. Aunque hábilmente distribuida para el mejor efecto de cada lienzo, la débil claridad de la galería favoreció aquellas furtivas miradas que son el goce de las personas tímidas. Sin duda que ninguno de ellos llegó, ni siquiera en pensamiento, hasta el «sí» con el cual comienzan las pasiones, pero ambos sintieron ese profundo temblor que remue ve el corazón y en el que la juventud guarda íntimamente su secreto por deleite o por pudor.

La primera impresión que determina los desbordamientos de una sensibilidad durante mucho tiempo contenida es seguida, en todos los jóvenes, por el asombro bobalicón que producen a los niños los primeros sones de la música. Entre los niños, unos ríen y piensan, otros sólo ríen después de haber pensado; pero aquéllos cuya alma está llamada a vivir de poesía o de amor escuchan largo rato y piden la repetición de la melodía con una mirada en la que se ilumina ya el goce, en la que apunta la curiosidad del infinito. Si amamos irresistiblemente los lugares en que fuimos, en nuestra infancia, iniciados a las bellezas de la armonía; si recordamos con deleite al músico y hasta al instrumento, ¿cómo no amar al ser que fue el primero en revelarnos las músicas de la vida? ¿No es como una patria el primer corazón en el que hemos aspirado amor? Emmanuel y Margarita fueron el uno para el otro esa voz musical que despierta un sentido, esa mano que alza nubosos cendales y muestra las riberas bañadas por los fulgores del sol meridiano.

Cuando la señora Claes detuvo al anciano ante un cuadro de Guido que representaba a un ángel, Margarita adelantó la cabeza para ver cuál sería la impresión de Emmanuel, y el joven miró a Margarita para comparar el mudo pensamiento del lienzo con el viviente pensamiento de la criatura. Ese halago involuntario y encantador fue comprendido y saboreado. El anciano abate alababa gravemente la bella composición pictórica, y la señora Claes le respondía… Pero los dos jóvenes estaban silenciosos.

Tal fue su encuentro. La misteriosa claridad de la galería, la paz de la casa, la presencia de los padres, todo contribuyó a grabar más en el corazón los delicados rasgos del vaporoso espejismo. Los mil confusos pensamientos que acababan de llover sobre Margarita se calmaron, dejando en su alma como una límpida extensión, y se tiñeron con un rayo luminoso cuando Emmanuel balbució algunas frases al despedirse de la señora Claes. Esa voz, cuyo timbre fresco y aterciopelado vertía en el corazón un inaudito encanto, completó la súbita revelación que Emmanuel había causado y que él debía fecundar en su provecho, pues el hombre de quien se sirve el destino para despertar el amor en el corazón de una muchacha ignora a menudo su obra y la deja inacabada. Margarita se inclinó tímidamente, y tradujo su despedida en una mirada en la que parecía reflejarse el pesar de perder aquella pura y encantadora visión. Lo mismo que un niño, quería aún su melodía. El adiós tuvo lugar al pie de la vieja escalera, ante la puerta del locutorio, y, cuando ella entró en él, siguió contemplando a través de la ventana al tío y al sobrino hasta que se cerró la puerta de la calle. La señora Claes estuvo demasiado ocupada por los graves temas tratados en la conferencia con su director espiritual, para que pudiese fijarse en la expresión de su hija.

Y cuando el abate de Solís y su sobrino aparecieron por segunda vez, estaba ella demasiado violentamente turbada para darse cuenta del rubor que tiñó el rostro de Margarita revelando las fermentaciones del primer placer recibido en un corazón virgen. Al anunciar al anciano abate, Margarita volvió a su labor, pareciendo prestarle tanta atención que saludó al tío y al sobrino sin mirarles. Claes devolvió maquinalmente el saludo que le hizo el abate de Solís, y salió del locutorio como un hombre acuciado por sus obligaciones. El pío dominico se sentó al lado de su penitente dirigiéndole una de las profundas miradas con que sondeaba las almas; le había bastado ver a Claes y a su mujer para adivinar una catástrofe.

—Hijas —dijo la madre—, id al jardín. Margarita, enséñale a Emmanuel los

tulipanes de tu padre.

Medio avergonzada, Margarita tomó del brazo a Felicia y miró al joven, quien enrojeció y salió del locutorio, llevando al pequeño Juan por deferencia. Cuando estuvieron los cuatro en el jardín, Felicia y Juan se fueron por un lado, dejando a Margarita, quien al quedarse casi sola con el joven de Solís, lo llevó ante la mata de tulipanes, invariablemente dispuesta de la misma manera, cada año, por Lemulquinier.

—¿Os gustan los tulipanes? —preguntó Margarita tras haber permanecido durante un momento en el más completo silencio sin que Emmanuel pareciera querer romperlo.

—Señorita, son unas flores muy bellas, pero para quererlas han de gustar, saber estimar sus bellezas. Esas flores me deslumbran. El hábito del trabajo, en la oscura y pequeña habitación en que vivo, al lado de mi tío, sin duda me hace preferir lo que es suave a la vista.

Diciendo estas últimas palabras contempló a Margarita, pero sin que su mirada, llena de confusos deseos, contuviese alusión alguna a la blancura mate, a la calma, a los tiernos colores que hacían una flor de aquel rostro.

—¿Trabajáis, pues, mucho? —le preguntó Margarita guiando a Emmanuel a un banco de madera con el respaldo pintado de verde—. Desde aquí —prosiguió— no veréis los tulipanes tan cerca, y así os cansarán menos los ojos. Tenéis razón, esos colores deslumbran y dañan la vista.

—Sí, trabajo mucho —respondió el joven tras un momento de silencio durante el cual había igualado con el pie la arena de la avenida—. Trabajo en muchas cosas… Mi tío quería que fuese sacerdote…

—¡Oh! —exclamó ingenuamente Margarita.

—Me negué, pues no me sentí con vocación. Pero me fue preciso mucho valor para contrariar los deseos de mi tío. Es tan bueno y me quiere tanto… últimamente me ha pagado un sustituto para que no fuese al servicio, yo, un pobre huérfano…

—¿Y a qué queréis dedicaros? —preguntó Margarita, quien pareció querer continuar su frase dejando escapar un gesto, añadiendo—: Perdón, señor, debéis de encontrarme muy curiosa…

—Oh, señorita… —dijo Emmanuel mirándola con tanta admiración como ternura—. Nadie, excepto mi tío, me ha hecho aún esa pregunta. Estudio para ser profesor. Qué queréis, yo no soy rico… Si consigo ser director de algún colegio de Flandes, tendré de qué vivir modestamente y me casaré con una mujer sencilla a la que amaré… Esta es la vida que tengo en perspectiva. Tal vez sea por eso que prefiera una vellorita que todo el mundo pisa, en la llanura de Orchis, a esos bellos tulipanes llenos de oro, de púrpura, de zafiros, de esmeraldas, que representan una vida fastuosa, lo mismo que la vellorita representa una vida dulce y patriarcal, la vida del pobre profesor que yo seré.

—Yo siempre había llamado margaritas a las velloritas.

Emmanuel de Solís enrojeció a más no poder, y buscó una respuesta atormentando la arena con los pies. En un aprieto por escoger entre todas las ideas que le acudían y que hallaba necias, y descontento luego por el retraso que daba a la respuesta, dijo: «No me atrevía a pronunciar vuestro nombre…», y no acabó.

—Profesor —repitió ella.

—Oh, señorita…; yo seré profesor para tener un medio de vida, pero emprenderé trabajos que podrán serme de mucha más utilidad. Tengo una gran afición a los trabajos históricos.

—Ah…

—Ese «ah» lleno de pensamientos secretos avergonzó aún más al joven, quien se echó a reír torpemente, diciendo:

—Vos me hacéis hablar de mí, señorita, cuando yo sólo debería hablaros de vos.

—Mi madre y vuestro tío han acabado su conversación, creo —dijo ella mirando a través de las ventanas del locutorio.

—He encontrado a vuestra señora madre muy cambiada.

—Sufre, sin querer decirnos el motivo de sus sufrimientos, y nosotros no podemos sino padecer con sus dolores.

La señora Claes acababa, en efecto, de terminar una consulta delicada por tratarse de un caso de conciencia que sólo el abate de Solís podía decidir. Previendo una ruina completa, ella quería retener, sin que lo supiera Baltasar, quien se ocupaba muy poco de sus asuntos, una suma considerable sobre el precio de los cuadros que el abate de Solís se encargaba de vender en Holanda, con el fin de reservarla para el momento en que la miseria se abatiese sobre la familia. Tras una madura deliberación, y después de apreciar las circunstancias en que se hallaba la penitente, el anciano dominico aprobó ese acto de prudencia. Decidió, pues, ocuparse de la venta, que debía hacerse secretamente para no exponerla a la consideración del señor Claes. El anciano envió a su sobrino con una carta de recomendación a Amsterdam, donde el joven, encantado de prestar un servicio a la casa Claes, logró vender los cuadros de la galería a los famosos banqueros Happe y Duncker por una suma ostensible de ochenta y cinco mil ducados de Holanda y por otra de quince mil que se entregarían secretamente a la señora Claes. Los cuadros eran tan conocidos, que bastaba, para cerrar el trato, la respuesta de Baltasar a la carta que la casa Happe y Duncker le escribió. Emmanuel de Solís fue encargado por Claes de recibir el importe de los cuadros, los cuales se expidieron secretamente para que la villa de Douai ignorase la venta realizada.

Hacia finales de septiembre Baltasar reembolsó las sumas que se le habían prestado, liberó sus bienes y reanudó sus trabajos; pero la casa Claes se había despojado de su más bello ornamento. Cegado por su pasión, no demostró el menor pesar, pues se creía tan seguro de poder reparar muy pronto aquella pérdida, que había exigido que la operación fuese a retroventa. Cien lienzos pintados no eran nada a los ojos de Josefina ante le felicidad doméstica y la satisfacción de su marido; por lo demás, hizo llenar la galería con cuadros de los aposentos de recepción, y, para disimular el vacío que dejaban en la casa de delante, cambió su mobiliario. Una vez pagadas sus deudas, Baltasar dispuso de unos doscientos mil francos para reanudar sus experiencias. El abate de Solís y su sobrino fueron los depositarios de los quince mil ducados reservados para la señora Claes. A fin de aumentar esa suma, el abate los vendió, pues los acontecimientos de la guerra continental habían aumentado su valor. Y así, ciento sesenta y seis mil francos en escudos fueron enterrados en la bodega de la casa donde vivía el abate. La señora Claes tuvo la triste dicha de ver a su marido constantemente ocupado durante casi ocho meses. Sin embargo, demasiado duramente alcanzada por el

golpe que le había asestado, cayó en una enfermedad de languidez que necesariamente debía empeorar. La ciencia devoró tan por completo a Baltasar que ni los reveses que sufría Francia, ni la primera caída de Napoleón, ni el retorno de los Borbones le apartaron de sus trabajos; ya no era ni marido, ni padre, ni ciudadano; sólo era químico.

Hacia finales del año 1814 la señora Claes llegó a tal grado de consunción que no la permitía abandonar el lecho. No queriendo vegetar en la alcoba donde había sido tan feliz, donde los recuerdos de su desvanecida dicha le habrían inspirado involuntarias y abrumadoras comparaciones con el presente, permanecía en el locutorio. Los médicos favorecieron ese deseo de su corazón, hallando esta pieza más ventilada, más alegre y más conveniente a su estado que su habitación. Entre la chimenea y la ventana que daba al jardín acomodaron el lecho en el que esa desgraciada mujer iba acabando de vivir. Allí pasó sus últimos días, santamente ocupada en perfeccionar el alma de sus dos hijas, tratando de que irradiase en aquellas almas el resplandor de la suya. Debilitado en sus manifestaciones, el amor conyugal permitió desplegarse al amor maternal. La madre se mostró tanto más encantadora cuanto que había tardado en mostrarse así. Como todas las personas generosas, experimentaba sublimes delicadezas de sentimientos que tomaba por remordimientos. Creyendo que negó ternuras que debió dedicar a sus hijos, trataba de redimir sus imaginarios yerros, y tenía para ellos atenciones y solicitudes que la elevaban; quería en cierto modo hacerlos revivir en su propio corazón, cubrirlos con sus desfallecientes alas y amarlos en un día por todos los que los había descuidado. Los sufrimientos prestaban a sus caricias y a sus palabras el calor lleno de unción que exhalaba su alma. Sus ojos acariciaban a sus hijos antes de que su voz los conmoviese con entonaciones llenas de los más nobles deseos, y su mano parecía derramar constantemente bendiciones sobre ellos.

Si, tras haber vuelto a sus costumbres de lujo, la casa Claes no recibió pronto a nadie; si su aislamiento fue nuevamente más completo; si Baltasar no dio una fiesta en el aniversario de su boda, la villa de Douai no se sorprendió. La dolencia de la señora Claes pareció una suficiente razón para ese cambio; luego, el pago de las deudas atajó el curso de las maledicencias, las vicisitudes políticas a que fue sometido Flandes, la guerra de los Cien Días y la ocupación extranjera hicieron olvidar completamente al químico.

Durante esos dos años la ciudad estuvo tan a menudo a punto de ser tomada, tan consecutivamente ocupada por los franceses o por los enemigos, llegaron a ella tantos extranjeros, se refugiaron tantos campesinos, hubo tantos intereses agitados, tantas existencias comprometidas, tantos movimientos y desgracias, que cada uno sólo pudo pensar en sí mismo. El abate Solís y su sobrino y los dos hermanos Pierquin eran las únicas personas que iban a visitar a la señora Claes, por lo que el invierno del 1814 al 1815 fue para ella la más dolorosa de las agonías. Su marido iba raramente a verla. Después de la cena, sí pasaba algunas horas a su lado, pero como ella no tenía ya fuerzas para sostener una conversación larga, él decía una o dos frases eternamente semejantes, se sentaba, callaba y dejaba que reinase en el locutorio un pavoroso silencio. Esta monotonía cambiaba los días en que el abate de Solís y su sobrino pasaban la velada con los Claes. Mientras el viejo abate jugaba al chaquete con Baltasar, Margarita hablaba con Emmanuel junto al lecho de su madre, quien sonreía ante sus inocentes goces, sin dejar percibir cuán dolorosa y benéfica era a la vez para su lastimada alma la fresca brisa de aquellos virginales amores desbordando en oleadas y palabra a palabra. La inflexión de la voz con el uno, seducía a otro, le destrozaba el corazón; una mirada de inteligencia que les sorprendía, le devolvía, a ella ya casi muerta, recuerdos de sus días felices, los cuales aumentaban la amargura del presente. Emmanuel y Margarita tenían una delicadeza que les hacía reprimir las deliciosas puerilidades del amor, para no ofender a una mujer dolorida cuyas heridas adivinaban instintivamente. Nadie ha observado aún que los sentimientos tienen una vida que les es propia, una naturaleza que procede de las circunstancias en medio de las cuales han nacido; conservan la fisonomía de los lugares donde han crecido y la impronta de las ideas que han influido en sus desarrollos.

Hay pasiones ardientemente concebidas cuya llama subsiste, como la de la señora Claes por su marido; luego hay sentimientos a los que todo ha sonreído, que conservan una alegría matinal, cuyas cosechas de júbilo no dejan nunca de ir acompañadas de risas y de fiesta; pero hay también amores fatalmente enmarcados de melancolía o circundados por la desgracia y cuyos placeres y goces son penosos, arduos, llenos de temores, de remordimientos y de desesperanzas. El amor oculto en el corazón de Emmanuel y de Margarita, sin que ni uno ni otro comprendiesen aún que se trataba de amor; ese sentimiento que brotó bajo la oscura bóveda de la galería Claes, ante un anciano y severo sacerdote y en un momento de silencio y calma; ese amor grave y

discreto, fértil en dulces y suaves matices, en secretos deleites saboreados como racimos robados en un viñedo, estaba teñido del pardo color y de las grises tonalidades que lo decoraron en sus primeras horas.

No atreviéndose a entregarse a ninguna demostración viva ante aquel lecho de dolor, las dos criaturas engrandecían sus goces sin saberlo por una concentración que los imprimía en el fondo de su corazón. Eran cuidados prestados a la enferma y en los que gustaba de participar Emmanuel, dichoso al poder unirse a Margarita y hacerse anticipadamente hijo de aquella madre. Un agradecimiento melancólico sustituía en los labios de la muchacha el dulce lenguaje de los enamorados. Los suspiros del corazón de cada uno, henchidos de júbilo por la mirada que cruzaban, se diferenciaban poco de los suspiros arrancados por el espectáculo del amor maternal. Sus bellos y breves momentos de declaraciones indirectas, de promesas inacabadas, de expansiones comprimidas, podían compararse a esas alegorías pintadas por Rafael sobre fondos negros. Tenían uno y otro una certidumbre que no se la confesaban; sabían qué sol ardía sobre ellos, pero ignoraban qué viento ahuyentaría los negros nubarrones amontonados sobre sus cabezas; dudaban del porvenir, y, temiendo hallarse siempre acosados por sufrimientos, permanecían tímidamente en las sombras de ese crepúsculo, sin atreverse a decirse: «¿Acabamos juntos la jornada?».

Sin embargo, la ternura que la señora Claes testimoniaba a sus hijos ocultaba noblemente lo que se callaba a sí misma. Sus hijos no le causaban ni estremecimiento ni terror; eran su consuelo, pero no su vida; ella vivía para ellos y moría por Baltasar. Por penosa que le fuese la presencia de su marido abstraído durante horas enteras, y quien le dirigía de cuando en cuando una monótona mirada, ella no olvidaba sus dolores sino durante esos crueles instantes. La indiferencia de Baltasar por la mujer moribunda habría parecido criminal a cualquier extraño que lo hubiese presenciado; pero la señora Claes y sus hijas se habían acostumbrado, y, porque conocían el corazón de aquel hombre, lo absolvían. Si durante el día la señora Claes sufría alguna peligrosa crisis, si se sentía peor, si parecía a punto de expirar, Claes era el único en la casa y en la ciudad que lo ignoraba; Lemulquinier, su ayuda de cámara, lo sabía; pero ni sus hijas, a las que su madre imponía silencio, ni la camarera le informaban sobre los peligros que corría una criatura tan ardientemente amada en otro tiempo. Cuándo se le oía andar en la galería en el momento en que iba a cenar, la señora Claes era feliz; iba a verle, y

hacía acopio de fuerzas para disfrutar de esa alegría. En el instante en que él entraba, esa mujer pálida y casi muerta recobraba su vivo color y un aspecto de salud; el sabio se acercaba al lecho, le cogía una mano y la veía bajo un falso aspecto; sólo para él estaba ella bien. Y cuando él le preguntaba: «Querida mía, ¿cómo te encuentras hoy?», ella le respondía: «Mejor, querido», haciéndole creer a aquel hombre distraído que al día siguiente se levantaría, restablecida ya. La preocupación de Baltasar era tan grande que tenía por una simple indisposición la enfermedad de que moría su mujer. Moribunda para todo el mundo, ella seguía viva para él.

El resultado de aquel año fue una separación completa de los dos esposos. Claes dormía aparte, se levantaba al rayar el día y se encontraba en su laboratorio o en su despacho; al no ver a su mujer sino delante de sus hijas o de las dos o tres amistades que iban a visitarla, se desacostumbró de ella. Estos dos seres, en otro tiempo habituados a pensar juntos, no tuvieron sino muy de tarde en tarde esos momentos de comunicación, de abandono, de expansión que sustituyen la vida íntima, y llegó un momento en que hasta esos raros goces cesaron. Los sufrimientos físicos vinieron en socorro de la pobre mujer y la ayudaron a soportar un vacío, una separación que la habría matado si hubiese estado verdaderamente viva. Fueron tan agudos sus dolores que a veces fue feliz viendo que los ignoraba el hombre a quien seguía amando. Contemplaba a Baltasar durante una parte de la velada, y, sabiéndole feliz como quería él serlo, bendecía la dicha que ella le había procurado. Ese frágil goce le bastaba; no se preguntaba ya si era amada; se esforzaba por creerlo y se deslizaba sobre esa capa de hilo sin atreverse a apoyarse demasiado, temiendo romperla y ahogar su corazón en una espantosa nada. Como ningún suceso turbaba esa calma, y la enfermedad que consumía lentamente a la señora Claes contribuía a esa paz interior, manteniendo el afecto conyugal en un estado pasivo, fue fácil llegar en este triste estado a los primeros días del año 1816.

Hacia finales del mes de febrero Pierquin, el notario, dio el golpe que debía precipitar la muerte de una mujer angélica cuya alma, decía el abate de Solís, estaba casi sin pecados.

—Señora —le dijo Pierquin en voz baja, aprovechando un momento en que sus hijas no podían oírle el señor Claes me ha encargado que le consiga un préstamo de trescientos mil francos sobre sus propiedades; adoptad precauciones por la fortuna de vuestros hijos.

La señora Claes juntó las manos, alzó los ojos al techo y agradeció al notario con una benévola inclinación de cabeza y una triste sonrisa que le conmovió. Ese aviso fue la puñalada que mató a Pepita. Aquel día se había entregado a penosas reflexiones que le habían henchido el corazón, y se hallaba en una de esas situaciones en que el viajero, no conservando ya su equilibrio, rueda, empujado por un pequeño guijarro, hasta el fondo del precipicio que ha sorteado mucho tiempo y valerosamente. Una vez salió el notario, la señora Claes pidió a Margarita lo necesario para escribir, hizo acopio de fuerzas y se ocupó durante largos instantes en redactar un testamento. Varias veces se detuvo para contemplar a su hija. La hora de las confesiones había llegado. Al conducir la casa desde la enfermedad de su madre, Margarita había satisfecho tan bien las esperanzas de la moribunda que la señora Claes se fijó sin desespero en el porvenir de su familia, viéndose revivir en ese ángel amante y fuerte. Sin duda las dos mujeres presentían las mutuas y tristes confidencias que se harían; la hija miraba a su madre cuando la madre la miraba a ella, y las dos tenían los ojos llenos de lágrimas. Varias veces, en los momentos en que la señora Claes descansaba, Margarita decía: «¿Madre mía…?», como para hablar, y luego se detenía, como sofocada, sin que su madre, demasiado absorbida por sus propios pensamientos, le preguntase la causa de su interrogación. Finalmente la señora Claes quiso sellar lo que había escrito; Margarita, que sostenía una bujía, se retiró por discreción, para no ver a quién iba dirigido.

—Puedes leerlo, hija —le dijo la enferma con desgarrador acento.

Y Margarita vio a su madre trazando estas palabras: *A mi hija Margarita*.

—Ya hablaremos cuando haya descansado —añadió la madre metiendo la carta bajo su almohada para luego dejarse caer como agotada por su último esfuerzo y durmiendo durante varias horas.

Cuando se despertó, sus dos hijas y sus dos hijos estaban de rodillas ante su lecho y rezaban con fervor. Era un jueves. Gabriel y Juan acababan de llegar del colegio acompañados por Emmanuel de Solís, nombrado desde hacía seis meses profesor de historia y filosofía.

—Queridos hijos, hemos de decirnos adiós —anunció—. Vosotros no me abandonáis, no, y aquel que…

No acabó su frase.

—Señor Emmanuel —dijo Margarita viendo palidecer a su madre—, id a decir a mi padre que mamá está peor.

El joven Solís subió al laboratorio, y después de conseguir que Lemulquinier fuese a avisar a Baltasar, éste respondió a la súplica del joven diciendo:

—Ahora voy.

—Amigo mío —dijo la señora Claes a Emmanuel al regresar éste—, llevaos a mis dos hijos e id a buscar a vuestro tío. Creo que es necesario que se me den los últimos sacramentos; deseo recibirlos de su mano.

Al hallarse sola con sus hijas, hizo una señal a Margarita, quien, comprendiendo a su madre, hizo salir a Felicia.

—También yo tenía que hablaros, mi querida mamá —dijo Margarita, quien al no creer a su madre tan grave como en realidad estaba, agrandó la herida abierta por Pierquin—. Desde hace diez días no dispongo de dinero para los gastos de la casa, y debo a los criados seis meses de su sueldo. Dos veces he querido pedir dinero a mi padre y no me he atrevido. Vos no lo sabéis, pero se han vendido los cuadros de la galería y la bodega…

—No me ha dicho una palabra de eso —exclamó la señora Claes—. ¡Oh Dios mío, qué a tiempo me llamáis a Vos…! ¿Qué será de vosotros, pobres hijos míos?

Hizo una ardiente plegaria que le tiñó los ojos con fulgores de arrepentimiento.

—Margarita —prosiguió sacando la carta de debajo de su almohada—, este es un escrito que no abrirás ni leerás hasta el momento en que, después de mi muerte, te encuentres en el mayor apuro, es decir, si llega a faltaros el pan. Mi querida Margarita, quiere mucho a tu padre, pero cuida de tu hermana y de tus hermanos. Dentro de algunos días, de algunas horas acaso, estarás a la cabeza de la casa. Sé ahorradora. Si te hallases en oposición con las voluntades de tu padre, y esto podría llegar, pues ha gastado grandes cantidades buscando un secreto cuyo

descubrimiento sería objeto de una gloria y de una fortuna inmensas, tendrá sin duda necesidad de dinero, y acaso te lo pida; despliega entonces toda la ternura de una hija, y sabe conciliar los intereses cuya única protectora serás con lo que debes a un padre, a un gran hombre que sacrifica su felicidad y su vida para el encumbramiento de su familia; él no podría estar equivocado sino en la forma, sus intenciones serán siempre nobles, es excelente y su corazón está lleno de amor; le volveréis a ver bueno y afectuoso… He debido decirte estas palabras al borde de la tumba, Margarita. Si quieres endulzar los dolores de mi muerte, me prometerás, hija mía, reemplazarme al lado de tu padre, no causarle ningún dolor; no le reproches nada, no le juzgues… Sé una dulce y complaciente mediadora hasta que, acabada su obra, vuelva a ser el cabeza de familia.

—Os comprendo, mi querida madre —dijo Margarita besando los inflamados ojos de la moribunda—, y haré como vos deseáis.

—No te cases, ángel mío —prosiguió la señora Claes—, sino cuando Gabriel pueda sucederte en el gobierno de los asuntos de la casa. Tu marido, si te casaras, quizá no compartiría tus sentimientos, podría traer trastornos a la familia y atormentaría a tu padre.

Margarita miró a su madre y le dijo:

—¿No tenéis otra recomendación que hacerme sobre mi casamiento?

—¿Vacilarías, hija mía? —dijo la moribunda con temor.

—No —respondió la hija—; os prometo obedeceros.

—Pobre hija…; no he sabido sacrificarme por ti —añadió la madre vertiendo ardientes lágrimas—, y te pido que te sacrifiques por todos. La felicidad nos hace egoístas. Sí, Margarita, yo he sido débil porque era feliz. Sé fuerte, conserva la razón para quienes no la tengan aquí. Haz que tus hermanos y tu hermana no me acusen nunca. Quiere mucho a tu padre, no le contraríes… demasiado.

Inclinó la cabeza sobre la almohada y no añadió una palabra, pues sus fuerzas la habían traicionado. El combate interior entre la mujer y la madre había sido demasiado violento. Algunos instantes después llegó el clero, precedido por el abate de Solís, y el locutorio se llenó con los

componentes de la casa. Cuando comenzó la ceremonia, la señora Claes, a quien su confesor había despertado, miró a todos los que estaban en su derredor y no vio a Baltasar.

—¿Y el señor? —preguntó.

Esta frase, que resumía su vida y su muerte, fue pronunciada con tan lastimero acento que produjo un triste escalofrío. A pesar de sus muchos años, Marta se lanzó como una flecha, subió la escalera y llamó violentamente en la puerta del laboratorio.

—¡Señor, la señora se muere, y se os espera para administrarle los sacramentos! —gritó con la violencia de la indignación.

—Ahora voy —respondió Baltasar.

Lemulquinier llegó un momento después, diciendo que su amo le seguía. La señora Claes no cesó de mirar a la puerta del locutorio, pero su marido no apareció sino en el momento en que la ceremonia terminaba. El abate de Solís y los dos hijos rodeaban la cabecera del lecho de la moribunda. Al ver entrar a su marido, Josefina enrojeció y algunas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—«¿Ibas sin duda a descomponer el nitrógeno?» —le preguntó con tan angelical dulzura que estremeció a los asistentes.

—¡Lo logré! —exclamó él con acento de triunfo—. El ázoe contiene oxígeno y una sustancia de la naturaleza de los imponderables que probablemente es el principio de la…

Hubo murmullos de horror que le interrumpieron y le hicieron comprender la realidad.

—¿Qué me han dicho? —prosiguió—. ¿Estás, pues, peor? ¿Qué ha sucedido?

—Sucede, señor —le dijo al oído el abate de Solís indignado—, que vuestra esposa se muere, y que vos la habéis matado.

Y sin esperar su respuesta, el anciano sacerdote cogió del brazo a Emmanuel y salió, seguido de los hijos, quienes le acompañaron hasta el patio. Baltasar quedóse como fulminado y miró a su mujer, dejando caer

algunas lágrimas.

—¡Tú mueres y yo te he matado! —exclamó—. ¿Qué es lo que ha dicho?

—Querido —respondió ella—, yo no vivía sino por tu amor, y tú me has retirado la vida, sin saberlo.

—Dejadnos —dijo Claes a sus hijos cuando regresaron—. ¿He dejado de amarte un solo instante? —preguntó sentándose junto a su mujer y besándole las manos.

—Querido, no te reprocharé nada. Tú me has hecho feliz, demasiado feliz; yo no he podido sostener la comparación de los primeros días de nuestro matrimonio, que eran llenos, con estos últimos durante los cuales tú no has sido tú mismo y que han sido vacíos. La vida del corazón, como la vida física, tiene sus acciones. Desde hace seis años has estado muerto para el amor, para la familia, para todo lo que constituía nuestra felicidad. No te hablaré de las dichas que son privativas de la juventud y que deben cesar en el otoño de la vida, pero esas dichas dejan frutos de los que se alimentan las almas, una confianza sin límites, dulces costumbres, y bien, tú me has arrebatado esos tesoros de nuestra edad. Me voy a tiempo; ya no vivíamos juntos de ninguna manera; tú me ocultabas tus pensamientos y tus actos. ¿Cómo has llegado a temerme? ¿Te he dirigido alguna vez una palabra, una mirada, un gesto de censura? Y, sin embargo, has vendido tus últimos cuadros, hasta los vinos de la bodega, y aún pides préstamos sobre tus bienes sin decirme una palabra… Saldré, pues, de la vida disgustada de la vida… Si cometiste errores, si te cegaste persiguiendo lo imposible, ¿no te he demostrado que había en mí suficiente amor para ser dulce compartiendo tus yerros, yendo siempre a tu lado, aunque me hubieses llevado por los caminos del delito? Me has querido demasiado; esa es mi gloria y mi dolor. Mi enfermedad ha durado mucho tiempo, Baltasar; empezó el día que en este lugar donde voy a morir me demostraste que pertenecías más a la ciencia que a la familia y aquí tienes a tu mujer muerta y a tu fortuna consumida. Tu fortuna y tu mujer te pertenecían, podías disponer de los dos, pero el día en que yo no estaré, mi fortuna será de tus hijos *y tú* no podrás tocar nada. ¿Qué será, pues, de ti? Ahora te debo la verdad; los moribundos van lejos… ¿Dónde se hallará en adelante el contrapeso que equilibrará la maldita pasión que ha envenenado tu vida? Si me has sacrificado a mí por esa pasión, tus hijos no te pedirán nunca cuentas, pues yo te debo esa justicia de confesar que me preferías a todo. Dos millones y seis años de trabajos han sido

lanzados a ese abismo, y no has encontrado nada…

Ante estas palabras, Claes hundió la cabeza entre sus manos, y no respondió.

—Ni tampoco hallarás más que la vergüenza para ti y la miseria para tus hijos —prosiguió la moribunda—. Ya se te llama por irrisión Claes el alquimista; más tarde será Claes el loco… Yo creo en ti. Yo sé que eres grande y sabio, que eres un genio, pero para la gente vulgar la genialidad se parece a la locura. La gloria es el sol de los muertos; en vida, serás desgraciado como todo lo que fue grande y arrumarás a tus hijos. Yo me voy sin haber disfrutado de tu fama, que me habría consolado de haber perdido la felicidad. Pues bien, Baltasar, para hacerme menos amarga esta muerte, sería preciso que estuviese yo segura de que nuestros hijos tendrán un pedazo de pan, pero nada, ni siquiera tú, podría calmar mis inquietudes…

—Te juro —dijo Claes— que…

—No jures, querido, para no faltar a tus juramentos —le interrumpió ella—. Tú nos debías tu protección, la cual nos ha faltado desde hace casi siete años. La ciencia es tu vida. Un gran hombre no puede tener ni mujer ni hijos. Id solo en vuestras sendas de miseria; vuestras virtudes no son las de los seres vulgares; pertenecéis al mundo, no podríais pertenecer ni a una mujer ni a una familia. Secáis la tierra en torno vuestro, lo mismo que los grandes árboles. Yo, pobre planta, no he podido elevarme a bastante altura, y expiro cuando estás en la mitad de la vida. Esperaba este último día para decirte estos horribles pensamientos, que sólo he descubierto con los relámpagos del dolor y de la desesperación. ¡Pero evita las penas de mis hijos! Que estas palabras se graben en tu corazón. Te las diré hasta mi último suspiro. La mujer está ya muerta; tú la has despojado, lenta y gradualmente, de sus sentimientos, de sus goces. ¡Ay!, sin esa cruel diligencia que has tomado involuntariamente, ¿habría vivido yo tanto tiempo? Pero esos pobres hijos no me abandonan, no; ellos han crecido al lado de mis dolores, la madre ha sobrevivido en ellos. Evítales, ahórrales penas a nuestros hijos.

—¡Lemulquinier! —gritó Baltasar con temblorosa voz.

El viejo criado apareció en el acto.

—¡Ve a destruirlo todo arriba, máquinas y aparatos! Hazlo con precaución, pero destrózalo todo. ¡Renuncio a la ciencia! —dijo a su mujer.

—Es demasiado tarde… —respondió ella mirando a Lemulquinier—. ¡Margarita! —exclamó sintiéndose morir.

Apareció Margarita en el umbral de la puerta, y lanzó un penetrante grito al ver que se apagaban los ojos de su madre.

—Margarita… —repitió la moribunda.

Esta última exclamación contenía una llamada tan intensa a su hija, la investía de tanta autoridad que fue como un testamento. Acudió espantada la familia y la servidumbre, y todos vieron expirar a la señora Claes, quien había agotado las últimas fuerzas en su conversación con su marido. Baltasar y Margarita, inmóviles, ella en la cabecera y él al pie del lecho, no podían creer en la muerte de esa mujer cuyas cabales virtudes y su inagotable ternura sólo ellos conocían. El padre y la hija cambiaron una mirada llena de pensamientos: la hija juzgaba a su padre, y el padre temblaba ya de encontrar en su hija el instrumento de una venganza. Aunque los recuerdos de amor con que su mujer colmó su vida volviesen en tropel a asaltar su memoria y diesen a las últimas palabras de la muerta una santa autoridad que debía hacerle escuchar siempre su voz, Baltasar dudaba de su corazón, tan débil contra su genio; luego oía un terrible rugido de pasión que le negaba la firmeza de su arrepentimiento, y le asustaba de sí mismo. Al desaparecer aquella mujer todos comprendieron que la casa Claes tenía un alma y que esa alma no existía ya. Y el dolor fue tan intenso que el locutorio en que parecía revivir la noble Josefina permaneció cerrado; nadie se atrevía a entrar en él.

V. Sacrificios de la juventud

La sociedad no practica ninguna de la virtudes que pide a los hombres; comete crímenes en todo momento, pero los comete en palabras; prepara las malas acciones por medio de la burla como degrada lo bello por medio del ridículo; se burla de los hijos que lloran demasiado a sus padres, anatemiza a los que no los lloran bastante, y se divierte después sopesando los cadáveres antes de que se enfríen… La noche del día en que la señora Claes expiró, los amigos de esa mujer dejaron algunas flores sobre su tumba entre dos partidas de *whist* y rindieron homenaje a sus bellas cualidades buscando algún palo de la baraja. Luego, tras algunas frases lacrimosas que son el *Ba be bi bo bu* del dolor colectivo, y que se pronuncian con las mismas entonaciones, sin mucho ni poco sentimiento, en todas las ciudades de Francia y a cualquier hora, cada uno cifró el producto de su herencia. Pierquin fue el primero en hacer observar a quienes comentaban el luctuoso suceso que la muerte de aquella excelente mujer era un bien para ella; su marido la hacía demasiado desgraciada, y para sus hijos eran un bien mayor aún, pues ella no habría sabido negar su fortuna a su marido, a quien ella adoraba, mientras que ahora Claes ya no podría derrocharla. Y todos a calcular la herencia de la pobre señora Claes, a precisar sus economías (¿las había hecho, no las había hecho?), a inventariar sus joyas, a pasar revista a su guardarropa, a registrar sus cajones, mientras que la afligida familia lloraba y rezaba en torno al lecho mortuorio. Con el golpe de vista de un perito tasador de fortunas, Pierquin calculó que podían aún hallarse los propios —por emplear su expresión— de la señora Claes, los cuales debían ascender alrededor de un millón y medio de francos entre el bosque de Waignies, cuya madera había adquirido un precio enorme desde hacía doce años, y contó sus arboledas antiguas y modernas, y los bienes de Baltasar, quien aún era *bueno* para *satisfacer* a sus hijos si el valor de la liquidación no les correspondía directamente. La señorita Claes era, pues, para seguir hablando en su argot, una muchacha de cuatrocientos mil francos.

—Pero si no se casa pronto —añadió—, lo que la emanciparía y le permitiría licitar el bosque de Waignies, liquidar la parte de los menores y

emplearla de manera que el padre no la tocase, el señor Claes era un hombre capaz de arruinar a sus hijos.

Todos buscaron cuáles eran, en la provincia, los jóvenes capaces de pretender a la mano de la señorita Claes, pero nadie le hizo al notario la galantería de suponerlo digno. El notario hallaba razones para rechazar a cada uno de los partidos propuestos como indigno de Margarita. Los interlocutores se miraban sonriendo, y se complacían prolongando su malicia provinciana. Pierquin había visto en la muerte de la señora Claes un acontecimiento favorable a sus pretensiones, y despedazaba ya en provecho suyo el cadáver.

—Esta buena mujer —se dijo volviendo a su casa para acostarse— era orgullosa como un pavo real y no me habría dado nunca a su hija. Vaya, vaya… ¿Por qué no he de maniobrar ahora para casarme con ella? El padre Claes es un hombre ebrio de carbono que no se ocupa de sus hijos; si le pido su hija, después de convencer a Margarita de lo que le urge casarse para salvar la fortuna de sus hermanos y de su hermana, tendrá una alegría por desembarazarse de una criatura que puede importunarle.

Se durmió entreviendo las bellezas matrimoniales del contrato, meditando todas las ventajas que le ofrecía el asunto, y las garantías que encontraba para su felicidad en la persona de la que ya se veía su esposo. Resultaba difícil hallar en la provincia una joven más delicadamente bella y mejor educada que Margarita. Su modestia y su gracia eran comparables a las de la hermosa flor que Emmanuel no había osado nombrar ante ella, temiendo descubrir así los secretos deseos de su corazón. Sus sentimientos eran altivos y sus principios religiosos, por lo que debía ser una casta esposa, pero ella no halagaba tan sólo la vanidad que todo hombre dedica más o menos a la elección de una mujer, sino que aún satisfacía el orgullo del notario por la inmensa consideración que su familia, doblemente noble, disfrutaba en Flandes y que compartía su marido. Al día siguiente Pierquin sacó de su caja algunos billetes de mil francos y fue amistosamente a ofrecérselos a Baltasar, a fin de ahorrarle apuros pecuniarios en el momento en que estaba sumido en el dolor. Conmovido ante tan delicada atención, Baltasar haría sin duda a su hija el elogio del corazón y de la persona del notario. Pero no fue así. El señor Claes y su hija hallaron aquel rasgo de afecto muy natural, y su sufrimiento era demasiado exclusivo como para que pensaran en Pierquin. En efecto, la desesperación de Baltasar fue tan grande que las personas dispuestas

a censurar su conducta se la perdonaron, menos desde el punto de vista de la ciencia que podía excusarla, pues en gracia a sus quejas no reparaban el mal. El mundo se contenta con muecas, se satisface con lo que da, sin comprobar su calidad; para él, el verdadero dolor es un espectáculo, una especie de goce que le inclina a absolverlo todo, incluso a un criminal; en su avidez de emociones, indulta sin discernimiento lo mismo al que le hace reír que al que le hace llorar, sin pedirle cuenta de los medios.

Margarita había cumplido diecinueve años cuando su padre le entregó el gobierno de la casa, y su autoridad fue devotamente reconocida por su hermana y sus dos hermanos, a quienes, durante los últimos momentos de su vida, la señora Claes exhortó a que obedeciesen a la mayor. El luto realzaba su blanca lozanía, del mismo modo que la tristeza ponía de relieve su dulzura y su paciencia. Desde los primeros días prodigó las pruebas de ese valor femenino, de esa constante serenidad que deben tener los ángeles encargados de expandir la paz, tocando con su verde palma los corazones dolientes. Pero si ella se acostumbró, por la prematura comprensión de sus deberes, a ocultar sus dolores, no por ello fueron menos vivos; su sereno exterior estaba en desacuerdo con la hondura de sus sensaciones, y muy pronto se vio obligada a sufrir esas terribles reflexiones del sentimiento que el corazón no siempre puede contener; su padre había de tenerla continuamente oprimida entre las generosidades naturales a las almas jóvenes y la voz de una imperiosa necesidad. Los cálculos a que se entregó el mismo día que siguió a la muerte de su madre la enfrentaron con los intereses de la vida, en el momento en que las muchachas sólo conciben sus placeres. Espantosa educación del sufrimiento que no ha faltado nunca a las naturalezas angélicas. El amor que se apoya en el dinero y en la vanidad crea la más obstinada de las pasiones. Pierquin no quiso perder tiempo para sitiar a la heredera. Algunos días después de su ofrecimiento al señor Claes buscó la ocasión de hablar a Margarita, comenzando sus operaciones con una habilidad que habría podido seducirla, pero el amor le había impuesto en el corazón una clarividencia que impidió que se dejase prender por actitudes externas propicias a los engaños sentimentales, y en esta circunstancia Pierquin desplegaba la bondad que le era propia, la bondad del notario que se cree querido cuando salva dinero. Apoyándose en su dudoso parentesco y en el constante hábito que tenía de llevar los asuntos y compartir los secretos de esa familia, seguro del afecto y de la amistad del padre, bien servido por la despreocupación de un sabio que no había

hecho proyecto alguno respecto al futuro de su hija, y no suponiendo que Margarita pudiese sentir ya una predilección, le dejó juzgar una solicitación que no representaba la pasión sino por la alianza de los cálculos más odiosos a las almas jóvenes, y que no supo velar. Fue él quien estuvo ingenuo y ella quien usó del disimulo, precisamente porque él creía actuar contra una muchacha indefensa y porque desconocía los privilegios de la debilidad.

—Mi querida prima —le dijo a Margarita mientras paseaban por las avenidas del jardinillo—, vos conocéis mi corazón y sabéis el pesar con que respeto los dolorosos sentimientos que en este momento os afectan. Tengo el alma demasiado sensible para ser notario, pues no vivo sino por el corazón, y estoy obligado constantemente a ocuparme de los asuntos de los demás cuando mi deseo sería abandonarme a las dulces emociones que hacen feliz la vida. De ahí mi sufrimiento al verme forzado a hablaros de proyectos discordantes con el estado de vuestra alma, pero es necesario. No he cesado de pensar en vos desde hace unos días. Acabo de reconocer que por una singular fatalidad, la fortuna de vuestros hermanos y de vuestra hermana, y la vuestra misma, están en peligro… ¿Queréis salvar a vuestra familia de una ruina completa?

—¿Qué habría que hacer? —preguntó ella asustada ante sus palabras.

—Casaros —respondió Pierquin.

—No me casaré —dijo ella.

—Os casaréis —replicó el notario— cuando hayáis reflexionado en la crítica situación en que os encontráis.

—¿Qué puede salvar mi casamiento…?

—Ahí os esperaba, prima —dijo él interrumpiéndola—. El matrimonio emancipa.

—¿Por qué habría de emancipárseme? —preguntó Margarita.

—Para ser dueña de lo vuestro, mi querida prima —respondió el notario con aire de triunfo—. Os posesionaréis de vuestra parte de la fortuna de vuestra madre. Para dárosla, es preciso liquidarla, y para liquidarla, ¿no habrá que licitar el bosque de Waignies? Planteada así la cuestión, todos

los valores de la sucesión se capitalizarán, y vuestro padre, como tutor, se verá obligado a colocar la parte de vuestros hermanos y de vuestra hermana, con lo cual la química ya no podrá tocarla.

—¿Y qué sucedería en caso contrario? —preguntó ella.

—Pues que vuestro padre administrará vuestros bienes —respondió Pierquin—. Y si volviese a querer hacer oro, podría vender el bosque de Waignies y dejaros peor que desnudos. El bosque de Waignies vale en estos momentos un millón cuatrocientos mil francos; pero si un día se le ocurre a vuestro padre talarlo, el terreno no valdrá ni trescientos mil. ¿No es mejor evitar ese peligro, casi seguro, planteando de inmediato la necesidad del reparto para vuestra emancipación? Así salvaréis todas las talas que más tarde podría disponer vuestro padre en perjuicio vuestro. En este momento la química duerme, e inscribirá necesariamente los valores de la liquidación en la Deuda Pública. Los fondos están a cincuenta y nueve, y sus queridos hijos tendrán de ese modo cinco mil libras de renta por cincuenta mil francos. Y como no se puede disponer de capitales que pertenecen a menores, al llegar a su mayoría de edad vuestros hermanos y vuestra hermana verán duplicada su fortuna. Mientras que de otro modo, os digo… Además, vuestro padre ha mermado ya mucho los bienes de vuestra madre; sabremos el déficit mediante un inventario. Si aparece como deudor él, lo convertiréis en hipoteca sobre sus bienes, y así salvaréis ya algo.

—Ni pensarlo. Eso sería ultrajar a mi padre. No hace tanto tiempo de las últimas palabras de mi madre para que no pueda recordarlas. Mi padre es incapaz de despojar a sus hijos —añadió ella dejando escapar lágrimas de dolor—. No le conocéis, señor Pierquin.

—Pero si vuestro padre, mi querida prima, vuelve a la química, entonces…

—Nos arruinaría, ¿no es así?

—Completamente arruinados. Creedme, Margarita —añadió tomándola una mano que se puso sobre su corazón—: yo faltaría a mis deberes si no insistiese. Vuestro único interés…

—Señor —replicó Margarita con frío acento y retirando su mano—, el interés bien entendido de mi familia exige que yo no me case. Mi madre lo creía así.

—Prima —exclamó él con la convicción de un hombre acaudalado que ve perder una fortuna—, os suicidáis, arrojáis al agua la herencia de vuestra madre… Pero no importa; yo tendré la abnegación que me exige la gran amistad que os profeso. Vos no sabéis hasta qué extremo os quiero; os adoro desde el día en que os vi en el último baile que dio vuestro padre. Estabais encantadora. Podéis fiar en la voz del corazón cuando habla de intereses, querida Margarita… —Hizo una pausa y añadió—: Sí, convocaremos un consejo de familia y os emanciparemos sin consultaros.

—¿Pero qué es eso de estar emancipada?

—Es gozar de los derechos.

—Pues si puedo emanciparme sin casarme, ¿por qué queréis que me case? ¿Y con quién?

Pierquin quiso mirar a su prima con aire tierno, pero su expresión contrastaba tanto con la rigidez de sus ojos, acostumbrados a hablar de dinero, que Margarita creyó percibir cálculo en su improvisada ternura.

—Os casaríais con la persona que os habrá gustado… en la ciudad… —prosiguió el notario—. Os es indispensable un marido, hasta como expediente. Vais a hallaros en presencia de vuestro padre, ¿y cómo podríais resistirle sola?

—Bah, señor, yo sabré defender a mis hermanos y a mi hermana cuando llegue el momento.

«¡Diablos con la comadre!», se dijo Pierquin, añadiendo en voz alta: No, no creo que podáis resistirle.

—Dejemos ya ese tema —le atajó ella.

—Bien, prima, entonces, adiós; intentaré serviros a vuestro pesar, y demostraré lo mucho que os quiero protegiéndoos contra una desgracia que todo el mundo prevé.

—Os agradezco vuestro interés, pero os suplico que no propongáis ni emprendáis nada que pueda causar el menor disgusto a mi padre.

Margarita quedóse pensativa al ver alejarse a Pierquin; comparó la voz

metálica, los modales que no tenían más que la elasticidad de los resortes y las miradas que traslucían más servilismo que dulzura, con las poesías melodiosamente mudas de que estaban revestidos los sentimientos de Emmanuel. Hágase o dígase lo que sea, existe un admirable magnetismo en los efectos que nunca engañan. El sonido de la voz, la mirada, los apasionados gestos del hombre amante pueden imitarse, y una muchacha puede ser engañada por un hábil comediante, ¿pero no debe ser sólo para lograrlo? Si esa muchacha tiene a su lado un alma que vibra al unísono de sus sentimientos, ¿no ha reconocido bien pronto las expresiones del auténtico amor? Emmanuel estaba en aquellos momentos, como Margarita, bajo la influencia de las nubes que tras su encuentro habían formado fatalmente una sombría atmósfera sobre sus cabezas, y que les ocultaban el cielo azul del amor. Él sentía por su elegida esa idolatría que la falta de esperanza hace tan dulce y tan misteriosa en sus pías manifestaciones. Situado socialmente demasiado lejos de la señorita Claes por su escasa fortuna y no pudiendo ofrecerle más que un digno nombre, no veía probabilidad alguna de que lo aceptase como esposo. Había esperado algunos alientos, que Margarita evitó darle ante los apagados ojos de una moribunda. Igualmente puros, no se habían dicho aún una sola palabra de amor. Sus goces habían sido los egoístas goces que los desgraciados se ven obligados a saborear solos. Habíanse estremecido por separado, aunque estuvieran agitados por un rayo brotado de la misma esperanza; parecían tener miedo de ellos mismos, sintiéndose ya demasiado el uno del otro. Así Emmanuel temblaba sólo al roce de la mano de la soberana a la que había levantado un santuario en su corazón. El más descuidado contacto habría desarrollado en él deleites demasiado intensos y no habría sido dueño de sus desencadenados sentidos. Pero aunque no se hubiesen otorgado nada de los tenues e inmensos, de los inocentes y serios testimonios que se permiten los más tímidos amantes, mutuamente se habían alojado tan bien en sus respectivos corazones, que se sabían dispuestos a concederse los mayores sacrificios, los únicos placeres que podían saborear. Desde la muerte de la señora Claes, su secreto amor se ahogaba bajo los crespones del duelo. Pardos, los tintes de la esfera en que vivían se habían vuelto negros, y las claridades se extinguían en lágrimas. La reserva de Margarita se trocó casi en frialdad, pues había de mantener el juramento exigido por su madre, y viéndose más libre que antes, adquirió también más rigidez. Emmanuel había abrazado el duelo de su bienamada, comprendiendo que el menor deseo de amor, la más simple exigencia sería como si se agrediesen las leyes del corazón. Ese gran

amor estaba, pues, más oculto que nunca. Las dos tiernas almas producían siempre el mismo sonido, pero, separadas por el dolor, como lo habían sido por las timideces de la juventud y por el respeto debido a los sufrimientos de la muerta, se adherían aún al magnífico lenguaje de los ojos, a la muda elocuencia de las acciones abnegadas, a una coherencia continua, sublimes armonías de la juventud, primeros pasos del amor en su infancia. Emmanuel iba cada mañana a saber noticias de Claes y de Margarita, pero no entraba en el comedor sino cuando les llevaba una carta de Gabriel o cuando Baltasar se lo pedía. Su primera mirada a la muchacha le revelaba mil pensamientos de simpatía, y sufría por la discreción que le imponían las conveniencias; no la había abandonado, compartía su tristeza, y vertía el rocío de sus lágrimas en el corazón de su amiga por una mirada que ninguna segunda intención alteraba. Ese excelente joven vivía tan bien en el presente, que apegaba tanto a una dicha que creía fugaz, que Margarita se reprochaba a veces por no tenderle generosamente la mano, diciéndole: «Seamos amigos…».

Pierquin prosiguió sus obsesiones con esa obstinación que es la paciencia irreflexiva de los necios. Juzgaba a Margarita según las reglas corrientes empleadas por la masa vulgar para apreciar a las mujeres. Creía que las palabras matrimonio, libertad, fortuna, que le había vertido al oído, germinarían en su alma, haciendo florecer un deseo del que él se beneficiaría, y se imaginaba que la frialdad de la muchacha era puro disimulo. Pero aunque la rodease de solicitudes y de atenciones galantes, ocultaba mal las maneras despóticas de un hombre acostumbrado a zanjar las más elevadas cuestiones relativas a la vida de las familias. Para consolarla, le decía esos lugares comunes habituales a las gentes de su profesión, las cuales pasan enroscándose como caracoles sobre los dolores, dejando un reguero de secas palabras que desfloran su santidad. Su ternura era la del embaucador. Abandonaba su fingida melancolía en la puerta al coger sus chanclos o su paraguas. Se servía del tono que su prolongada familiaridad le autorizaba como de un instrumento para avanzar más en el corazón de la familia, para decidir a Margarita a un matrimonio propalado de antemano en toda la villa. El amor verdadero, abnegado y respetuoso, formaba un gran contraste con un amor egoísta y calculado. Todo era heterogéneo en los dos hombres. Uno fingía una pasión y se valía de las menores ventajas para desposar a Margarita; el otro ocultaba su amor, y temblaba ante la idea de que advirtiesen su abnegada devoción.

Algún tiempo después de la muerte de su madre, y en el mismo día, Margarita comparó a los dos únicos hombres que podía juzgar. Hasta entonces, la soledad a la que estuvo condenada no le había permitido ver mundo, y la situación en que se encontraba no permitía el acceso de los que pudieran pensar en pedirla en matrimonio. Un día, en una de esas hermosas mañanas del mes de abril, llegó Emmanuel en el momento en que Claes salía después del desayuno. Baltasar soportaba tan difícilmente la vista de su casa, que iba a pasearse a lo largo de las murallas de la villa durante una parte del día. Emmanuel tuvo deseos de seguirle, pareció hacer acopio de fuerzas, miró a Margarita y se quedó. Margarita adivinó que el profesor quería hablarle y le propuso ir al jardín. Mandó a su hermana Alicia al lado de Marta, quien estaba trabajando en la antesala del primer piso, y fue a sentarse en un banco desde donde podían verla su hermana y la vieja dueña.

—El señor Claes está tan absorbido por el pesar como lo estaba con sus investigaciones científicas —dijo el joven al ver a Baltasar andando lentamente por el patio—. Todo el mundo le compadece, camina como hombre ajeno a todo; se detiene sin motivo, mira sin ver…

—Cada dolor tiene su expresión —dijo Margarita conteniendo el llanto—. ¿Qué queríais decirme? —añadió tras una pausa y con fría dignidad.

—Señorita —respondió Emmanuel con voz conmovida—, no sé si tengo el derecho de hablaros como lo voy a hacer. No veáis en ello, os lo ruego, más que el deseo de seros útil, y permitidme creer que un profesor puede interesarse por la suerte de sus alumnos hasta el punto de inquietarse por su porvenir. Vuestro hermano Gabriel tiene quince años ya, está en la enseñanza secundaria y es necesario dirigir sus estudios hacia el espíritu de la carrera que abrazará. Vuestro padre es quien ha de decidir en esta cuestión, pero si no pensara en ello, ¿no supondría una desgracia para Gabriel? ¿No sería también mortificante para vuestro señor padre que le hicieseis observar que no se ocupa de su hijo? ¿No podríais en esta coyuntura consultar a vuestro hermano sobre sus gustos, hacerle escoger por sí mismo una carrera, a fin de que si más tarde su padre quisiera que fuese administrador, magistrado o militar, Gabriel tuviese ya conocimientos especiales? Yo no creo que ni vos ni el señor Claes queráis dejarle ocioso…

—¡Oh, no! —dijo Margarita—. Os lo agradezco, Emmanuel; tenéis razón. Mi madre, al querer que hiciésemos encajes, al enseñarnos con tanto

esmero a dibujar, a coser, a bordar, a tocar el piano, nos decía que nunca se sabía lo que podía suceder en la vida. Gabriel debe, en efecto, poseer un valor personal y una completa educación. ¿Pero cuál es la carrera más conveniente que puede escoger un hombre?

—Señorita —dijo Emmanuel estremeciéndose de dicha—, Gabriel es en la clase quien muestra mayores aptitudes para las matemáticas; si quisiera ingresar en la Escuela Politécnica, creo que allí adquiriría conocimientos útiles para todas las carreras. Cuando saliese sería libre de escoger la que más le gustara. Sin haber prejuzgado hasta entonces nada sobre su porvenir, vos habríais ganado tiempo. Los que salen con buenas notas de esa Escuela son bien acogidos en todas partes. Ella ha proporcionado administradores, diplomáticos, sabios, ingenieros, generales, marinos, magistrados, fabricantes y banqueros. No hay, pues, nada extraordinario porque un joven rico o de buena familia trabaje con la finalidad de que se admita su ingreso. Si Gabriel se decidiera, yo os pediría…; ¿me lo concederíais? ¡Decid sí!

—¿Qué deseáis?

—Ser su profesor particular.

Margarita miró al señor de Solís, le estrechó la mano y le dijo:

—Sí.

Hizo una pausa y añadió con voz conmovida:

—¡Cuánto aprecio la delicadeza que os hace ofrecer precisamente lo que puedo aceptar de vos! En lo que acabáis de decir, yo veo que habéis pensado mucho en nosotros. Os lo agradezco.

Aun cuando estas palabras fueron dichas con sencillez, Emmanuel volvió la cabeza para no dejar ver las lágrimas que le asomaban a los ojos ante el placer de serle agradable a Margarita.

—Os traeré a los dos hermanos —dijo cuando se hubo serenado un poco—, pues mañana es día de vacación.

Levantose y saludó a Margarita, quien le siguió, y cuando estuvo en el patio, la vio aún en la puerta del comedor, desde donde le dirigió un amistoso saludo. Después de la cena, el notario fue a hacerle una visita al

señor Claes y se sentó en el jardín entre su primo y Margarita, precisamente en el mismo banco en que se había sentado Emmanuel.

—Mi querido primo —dijo—, he venido esta noche para hablar de un importante asunto… Cuarenta días han transcurrido desde la defunción de vuestra esposa…

—No los he contado —respondió Baltasar, enjugando una lágrima que le arrancó la expresión legal de *defunción*.

—¡Oh, señor…! —dijo Margarita mirando al notario—. ¿Cómo podéis…?

—Pensad, prima, que nosotros nos vemos obligados a contar los plazos que se hallan fijados por la ley. Se trata precisamente de vos y de vuestros coherederos. El señor

Claes sólo tiene hijos menores, lo cual le obliga a efectuar un inventario en el plazo de los cuarenta y cinco días que siguen al óbito de su esposa, a fin de constatar los bienes de la comunidad. ¿No es preciso saber si la situación es buena o mala, para aceptarla o para atenerse a los derechos puros y simples de los menores?

Margarita se levantó:

—Quedaos, prima mía —dijo Pierquin—, pues estos asuntos os conciernen, a vos y a vuestro padre. Ya sabéis hasta qué extremo comparto vuestro pesar, pero es preciso ocuparos hoy mismo de esos detalles, pues de no ser así podríais tropezar unos y otros con muchos inconvenientes… En este momento cumplo con mi deber como notario de la familia.

—Tiene razón —dijo Claes a su hija.

—El plazo expira dentro de dos días —prosiguió el notario—, por lo que debo proceder mañana mismo a la apertura del inventario, aunque no sea más que para retrasar el pago de los derechos de sucesión que os va a reclamar el fisco; el fisco no tiene corazón, no le importan los sentimientos y tiene siempre la zarpa a punto. Entonces, cada día, después de las diez, mi pasante y yo vendremos con el perito tasador, el señor Raparlier. Así que terminemos en la ciudad iremos a la casa de campo. En cuanto al bosque de Waignies, ya hablaremos. Expuesto esto, pasemos a otros

puntos. Hemos de convocar un consejo de familia para nombrar un subtutor. El señor Coyncks, de Brujas, es hoy vuestro pariente más próximo, pero no sirve al efecto, ya que se ha hecho súbdito belga. Yo creo, estimado primo, que deberíais escribirle al respecto, a fin de saber si tiene la intención de vivir en Francia, donde posee hermosas propiedades, y así podríais decidirle para que él y su hija fijasen su residencia en el Flandes francés. Si rehúsa, veré de constituir el consejo de familia según los grados de parentesco.

—¿Para qué sirve un inventario? —preguntó Margarita.

—Para constatar los derechos, los valores, el activo y el pasivo. Cuando todo queda bien determinado, el consejo de familia toma, en interés de los menores, las resoluciones que juzga…

—Pierquin —dijo Claes levantándose del banco—, procede a los actos que creáis necesarios para la conservación de los derechos de mis hijos, pero ahorradnos el pesar de ver la venta de lo que pertenecía a mi querida…

No acabó; había dicho estas palabras con expresión tan noble y tan penetrante acento, que Margarita cogió la mano de su padre y la besó.

—Hasta mañana —dijo Pierquin.

—Venid a comer —dijo Baltasar, y como si le asaltase algún recuerdo, añadió—: Pero según mi contrato de casamiento, extendido según la costumbre de Hainaut, yo había dispensado a mi mujer del inventario, a fin de que no se la molestara, y probablemente tampoco yo estoy obligado…

—¡Oh, qué suerte! —exclamó Margarita—. Nos habría dolido tanto…

—Bien, mañana estudiaremos vuestro contrato —respondió un poco confuso el notario.

—¿Entonces, no lo conocíais? —le dijo Margarita.

Esta observación interrumpió la entrevista. El notario vio muy difícil poder continuar después de la observación de su prima.

«El diablo se ha metido en medio», se dijo en el patio. Ese hombre tan distraído recobra la memoria en el momento preciso para impedir que se tomen precauciones contra él… Sus hijos se quedarán sin nada; esto es

tan seguro como dos y dos son cuatro. Bah… hablarles de negocio a sentimentales muchachas de diecinueve años. Me he devanado los sesos para salvar la hacienda de esos hijos, procediendo regularmente y entendiéndome con el bueno de Conyncks…, y al diablo todo. Me pierdo en el espíritu de Margarita, quien le preguntará a su padre por qué quería yo proceder a un inventario que ella cree inútil. Y el señor Claes le dirá que los notarios tienen la manía de levantar actas, que somos notarios antes que parientes, primos o amigos; en fin, una sarta de tonterías.

Cerró la puerta con violencia y echando pestes contra los clientes que se arruinan por sensibilidad. Baltasar tenía razón. El inventario no tuvo lugar. Nada, pues, se determinó sobre la situación del padre respecto a los hijos.

Varios meses transcurrieron sin que cambiara la situación de la casa Claes. Gabriel, hábilmente conducido por Emmanuel de Solís, convertido en su protector, trabajaba con aplicación, aprendía idiomas extranjeros y se disponía a pasar el necesario examen de ingreso en la Escuela Politécnica. Felicia y Margarita vivían en absoluto retiro, yendo, por economía, a pasar la temporada de verano en la casa de campo de su padre. El señor Claes se ocupó de sus asuntos, pagó sus deudas solicitando un crecido préstamo sobre sus bienes y visitó el bosque de Waignies.

Mediado el año 1817, su dolor, lentamente mitigado, le dejó solo y sin defensa contra la monotonía de la vida que llevaba y que cada día le pesaba más. Al principio luchó tenazmente contra la ciencia, la cual volvía insensiblemente a azuzarle, y se prohibió pensar en la química. Pero siguió pensando en ella. No quiso, sin embargo, ocuparse activamente y sólo lo hizo teóricamente. No obstante, el constante estudio hizo resurgir su pasión, entregándose a silogismos agotadores. Discutió si se había comprometido a no continuar sus investigaciones y se acordó que su mujer no quiso que jurase. Y aunque se hubiese prometido a sí mismo no perseguir la solución de su problema, ¿no podía cambiar de determinación desde el momento que entreveía un éxito? Tenía ya cincuenta y nueve años. A esta edad la idea que le dominaba contrajo agresiva fijeza con que comienzan las monomanías. Las circunstancias conspiraron aún contra su vacilante lealtad.

La paz que disfrutaba Europa permitía la circulación de los descubrimientos y de las ideas científicas adquiridas durante la guerra por los sabios de los diferentes países entre los que no hubo relaciones

durante casi veinte años. La ciencia había, pues, avanzado. Claes vio que los progresos de la química se habían dirigido, sin que los químicos lo supieran, hacia el objeto de sus búsquedas. Las personas consagradas a la ciencia pura pensaban como él, que la luz, el calor, la electricidad, el galvanismo y el magnetismo eran los diferentes efectos de una misma causa y que la diferencia que existía entre los cuerpos hasta entonces considerados como simples debían producirla las diversas dosificaciones de un principio desconocido. El temor de que otro hallase la reducción de los metales y el principio constitutivo de la electricidad, dos descubrimientos que conducían a la solución del absoluto químico, aumentó lo que los vecinos de Douai llamaban una locura, y llevó sus deseos a un paroxismo que comprenderán las personas apasionadas por las ciencias, o que han conocido la tiranía de las ideas. De ahí que Baltasar no tardase en verse arrastrado por una pasión tanto más violenta cuanto más tiempo había estado adormecida.

Margarita, que espiaba los estados anímicos por que pasaba su padre, abrió el locutorio. Allí reavivó los dolorosos recuerdos que despertaba la muerte de su madre, y logró, al reavivar el dolor de su padre, retrasar su caída en el abismo en el que a pesar de todo había de sucumbir. Quiso frecuentar la sociedad y obligó a Baltasar a que se distrajera. Se le presentaron varios no despreciables partidos que despertaron la atención de Claes, aunque Margarita declaró que no se casaría antes de los veinticinco años. A pesar de los esfuerzos de su hija, y a pesar de violentos combates consigo mismo, a principios de invierno Baltasar reanudó secretamente sus trabajos. Era difícil ocultar tales ocupaciones a mujeres curiosas, y así, Marta le dijo un día a Margarita mientras la ayudaba a vestirse:

—Señorita, estamos perdidos… Ese monstruo de Lemulquinier, que es el diablo disfrazado, pues no le he visto nunca hacer la señal de la cruz, ha vuelto a subir al desván… Ya está vuestro padre con billete para el infierno… ¡Quiera el cielo que no os mate a vos, como mató a nuestra pobre querida señora!

—Si no es posible… —dijo Margarita.

—Venid a ver la prueba de su tráfico…

Margarita fue a la ventana y vio en efecto una tenue humareda que salía del tubo del laboratorio.

«Tendré veintiún años dentro de algunos meses, pensó, y con mi mayoría de edad podré oponerme a la disipación de nuestra fortuna».

Abandonándose a su pasión, Baltasar había de sentir menos respeto por los intereses de sus hijos que el que tuvo por los de su mujer. Las barreras eran menos poderosas, su conciencia más elástica y su pasión más fuerte.

Y siguió su carrera de gloria, de trabajo, de esperanza y de miseria con el furor de un hombre lleno de convicciones. Seguro del resultado, se dedicó día y noche a su tarea con un arrebato que aterró a sus hijas, quienes ignoraban lo perjudicial que es el exceso de trabajo en un hombre que sólo vive por él. En cuanto su padre reanudó sus experiencias, Margarita suprimió las superfluidades de la mesa, se hizo de una parsimonia digna de un avaro, y fue admirablemente secundada por Josette y por Marta. Claes no se dio la menor cuenta de aquella reforma que reducía la subsistencia a lo más estricto. Por de pronto, no comía; luego sólo bajaba del laboratorio para cenar, y finalmente se acostaba pocas horas después de que sus hijas estuviesen con él en el locutorio, aunque no les decía una palabra. Cuando se retiraba, ellas le daban las buenas noches y él se dejaba besar maquinalmente las mejillas. Semejante conducta habría motivado las mayores desdichas domésticas si Margarita no hubiese estado preparada para ejercer la autoridad de una madre y advertida por una pasión secreta contra las desgracias de una libertad tan grande. Pierquin dejó de ir a ver a sus primas, entendiendo que su ruina sería completa.

Las propiedades rústicas de Baltasar, que producían dieciséis mil francos y valían alrededor de doscientos mil escudos, estaban ya gravadas por trescientos mil francos en hipotecas. Antes de volver a la química, Claes solicitó un considerable préstamo. Los ingresos sólo bastaban para el pago de los intereses, pero como, con la imprevisión natural en los hombres consagrados a una idea, confiaba las rentas a Margarita para que atendiese los gastos de la casa, el notario calculó que tres años bastarían para el derrumbamiento y para que los acreedores y el fisco devorasen lo que Baltasar no se hubiera comido. La frialdad de Margarita despertó en Pierquin una indiferencia casi hostil. Para justificarse el derecho de renunciar a la mano de su prima, si ella llegaba a una extremada pobreza, decía de los Claes con acento piadoso:

—Esas pobres gentes están arruinadas. He hecho todo lo que he podido

para salvarles; ¿pero qué queréis? La señorita Claes ha rechazado todas las combinaciones legales que debían preservarles de la miseria…

Nombrado director del Instituto de Douai merced a la protección de su tío, Emmanuel, cuyos méritos le hacían digno de ese puesto, iba a ver todas las veladas a las dos muchachas, las cuales llamaban a su lado a la dueña en cuanto su padre iba a acostarse. El suave aldabonazo del joven de Solís no se hacía esperar nunca. Desde hacía tres meses, alentado por el gracioso y mudo agradecimiento con que Margarita aceptaba sus atenciones, volvía a ser el mismo. Las irradiaciones de su alma pura como un diamante brillaron sin nubes, y Margarita pudo apreciar su intensidad, su persistencia, y vio lo inagotable que era su origen. Ella admiraba la eclosión de las flores una a una, después de respirar de antemano sus aromas. Cada día Emmanuel colmaba una de las esperanzas de Margarita, y hacía brillar en las regiones encantadas del amor nuevas luminarias que ahuyentaban las nubes, despejaban su cielo y coloreaban las fecundas riquezas sepultadas hasta entonces en la sombra. Más a sus anchas, Emmanuel dio curso a las seducciones de su corazón, hasta entonces discretamente ocultas; a esa expansiva alegría de la juventud, esa simplicidad que presta una vida colmada por el estudio y los tesoros de un delicado espíritu y que la sociedad no había adulterado; todos los inocentes donaires que tan bien sientan a la juventud enamorada. Su alma y la de Margarita se entendieron mejor; fueron juntos hasta el fondo de sus corazones y hallaron en ellos los mismos pensamientos; perlas de un mismo oriente, suaves y frescas armonías semejantes a las que se encuentran bajo el mar y que, según el rumor, fascinan a los buceadores. Uno y otro se fueron conociendo por esos cambios de frases, por esa alternativa curiosidad que en ellos adoptaba las más deliciosas formas del sentimiento. Fue sin falso rubor, pero no sin mutuas coqueterías. Las dos horas que Emmanuel pasaba todas las noches entre las dos muchachas y Marta valían para que Margarita aceptase la vida de angustias y de resignación en que había entrado.

Ese amor cándidamente progresivo fue su sostén. Emmanuel añadía a sus testimonios de afecto esa gracia natural que tanto seduce, ese espíritu dulce y sutil que matiza la uniformidad del sentimiento, como las facetas revelan la monotonía de una piedra preciosa haciendo que jueguen sus destellos; admirables maneras cuyo secreto pertenece a los corazones enamorados y a las mujeres fieles a la mano artista bajo la cual las formas renacen siempre nuevas; a la voz que no repite jamás una frase que no

sea más fresca y lozana con sus nuevas modulaciones. El amor no es tan sólo un sentimiento, sino también un arte. Una simple palabra, una precaución, una nimiedad revelan a una mujer al grande y sublime artista que puede tocar su corazón sin herirlo. Cuanto más iba Emmanuel, más encantadoras eran las expresiones de su amor.

—Me he adelantado a Pierquin —le dijo una noche—; viene a anunciarnos una mala noticia, pero prefiero decírosla yo mismo. Vuestro padre ha vendido el bosque a especuladores que lo han revendido en parcelas; han cortado ya los árboles y han sacado toda la madera. El señor Claes ha recibido trescientos mil francos al contado, que le han servido para pagar sus deudas en París, y para saldarlas por completo, se ha visto obligado a hacer un traspaso de crédito de cien mil francos sobre los cien mil escudos que quedan por pagar a los adquiridores.

Pierquin llegó poco después.

—Bueno, mi querida prima —dijo—, ¡ya estáis arruinados! Os lo predije, pero no quisisteis escucharme. Vuestro padre tiene buen apetito. Del primer bocado se ha tragado vuestros bosques. Vuestro tutor está en Amsterdam, donde acaba de liquidar su fortuna, y Claes ha aprovechado el momento para dar su golpe. Eso no está bien. Acabo de escribir al bueno de Conyncks; pero cuando llegue ya podremos cantar un responso. Tendréis que demandar a vuestro padre; el proceso no será largo, pero sí deshonroso, y Conyncks no puede evitar entablarlo, puesto que la ley se lo exige. Ese es el fruto de vuestra obstinación. ¿Reconocéis ahora lo prudente que yo era, lo que me preocupaban vuestros intereses?

—Yo os traigo una buena noticia, señorita —dijo el joven de Solís con su dulce voz—. Gabriel ha aprobado el ingreso para la Escuela Politécnica. Se han vencido las dificultades que había para su admisión.

Margarita agradeció a su amigo sus palabras con una sonrisa, y dijo:

—Mis economías valdrán para algo… Marta, mañana mismo empezaremos a ocuparnos del vestuario de Gabriel… Mi pobre Felicia, tendremos que trabajar de firme —añadió besando en la frente a su hermana.

—Mañana lo tendréis aquí para diez días; debe estar en París el 15 de noviembre.

—Mi primo Gabriel adopta una buena decisión —dijo el notario mirando de arriba abajo al profesor—, pues tiene, ahora más que nunca, que abrirse camino… Pero, mi querida prima, se trata de salvar el honor de la familia; ¿no vais a escucharme esta vez?

—No —respondió ella—, si todavía se trata de casamiento.

—¿Pero qué vais a hacer vos?

—¿Yo…?, pues nada.

—Sin embargo, sois mayor de edad.

—Dentro de unos días. ¿Tenéis, acaso, alguna solución que pueda conciliar nuestros intereses y lo que debemos a nuestro padre con el honor de la familia?

—Prima, no podemos hacer nada sin vuestro tío. Entendiéndolo así, yo volveré cuando él regrese.

—Adiós, señor —dijo Margarita.

«Cuanto más pobre es, más melindrosa sé vuelve», pensó el notario.

—Adiós, señorita —añadió en voz alta. Y luego—: Señor director, os saludo atentamente.

Y se marchó sin saludar ni a Felicia ni a Marta.

—Desde hace dos días estudio el Código, y he consultado a un viejo abogado amigo de mi tío —dijo Emmanuel con temblorosa voz—. Si me lo autorizáis, iré mañana mismo a Amsterdam… Escuchad, querida Margarita…

Por primera vez decía esta afectuosa expresión; ella se lo agradeció con una húmeda mirada, una sonrisa y una inclinación de cabeza. Se detuvo, señalando a Felicia y a Marta.

—Hablad delante de mi hermana —dijo—. Ella no tiene necesidad de esta discusión para resignarse a nuestra vida de privaciones y de trabajo; ¡es tan dulce y valerosa…! Pero sí debe saber hasta qué punto nos es

necesario el valor.

Las dos hermanas se cogieron las manos y se besaron, como para darse una nueva prueba de su unión ante el infortunio.

—Déjanos, Marta.

—Querida Margarita —prosiguió Emmanuel, expresando en la inflexión de su voz la felicidad que experimentaba al conquistar los pequeños derechos del afecto—, me he procurado los nombres y el domicilio de los adquiridores que deben los doscientos mil francos restantes sobre el precio de los árboles talados. Mañana, si consentís en ello, un abogado que actuará en nombre del señor Conyncks, quien no le desautorizará, pondrá en sus manos una impugnación. Dentro de seis días vuestro tío abuelo estará de regreso, convocará un consejo de familia y hará emancipar a Gabriel, quien tiene ya dieciocho años. Estando vos y vuestro hermano autorizados para ejercer vuestros derechos, pediréis la parte que os corresponde del precio de los árboles. El señor Claes no podrá negaros los doscientos mil francos fijados por la impugnación; en cuanto a los otros cien mil que aún se os deberán, obtendréis una obligación hipotecaria sobre la casa que habitáis. Y Conyncks reclamará garantías para los trescientos mil francos que corresponden a Felicia y a Juan. En esta situación, vuestro padre se verá obligado a dejar hipotecar sus bienes de la llanura de Orchies, gravados ya en cien mil escudos. La ley concede una prioridad retroactiva a las inscripciones efectuadas en interés de los menores. Todo estará, pues, salvado. El señor Claes tendrá en adelante las manos atadas, pues vuestras tierras son inalienables; no podrá conseguir préstamos sobre las suyas, que responderán por sumas superiores a su precio, y así los asuntos serán zanjados en familia, sin escándalo ni proceso alguno. Vuestro padre se verá obligado a seguir prudentemente sus investigaciones, si no las abandona.

—Sí —dijo Margarita—, ¿pero de dónde vendrán nuestros ingresos? Los cien mil francos hipotecados sobre esta casa no nos producirán nada, puesto que vivimos aquí.

El producto de los bienes que posee mi padre en la llanura de Orchies pagará los intereses de los trescientos mil francos debidos a extraños… ¿Pero de qué viviremos?

—De momento —respondió Emmanuel—, colocando los cincuenta mil

francos que quedarán a Gabriel de su parte, en valores públicos, dispondréis, según la cotización actual, de más de cuatro mil libras de renta que le bastarán para pensión y su sostenimiento en París. Gabriel no puede disponer ni de la suma inscrita sobre la casa de su padre, ni de los fondos de su renta; entonces, no habéis de temer que dilapide ni un céntimo, y tendréis una carga menos. Además, ¿no os quedan también cincuenta mil francos vuestros?

—Mi padre me los pedirá —respondió ella con temor—, y yo no sabré negárselos.

—Pues bien, querida Margarita, podéis salvarlos aún, desprendiéndoos de ellos. Colocadlos en la Deuda Pública a nombre de vuestro hermano. Esa suma os proporcionará doce o trece mil libras de renta que os permitirán vivir. No pudiendo los menores emancipados enajenar nada sin beneplácito del consejo de familia, obtendréis así tres años de tranquilidad. Para esa época, vuestro padre habrá dado con la solución de su problema o probablemente habrá renunciado; en cuanto a Gabriel, ya mayor de edad, os restituirá los fondos para establecer las cuentas entre vosotros cuatro.

Margarita se hizo explicar otra vez las disposiciones legales que no podía comprender de buenas a primeras. Fue ciertamente una nueva escena aquella en que los enamorados estudiaban el Código de que se había provisto Emmanuel para explicar a su amada las leyes que regulan los bienes de los menores, y cuyo espíritu no tardó en ella en captar, gracias a la penetración natural de las mujeres, y que el amor aún aguzaba.

Al otro día Gabriel volvió a la casa paterna. Cuando de Solís anunció a Baltasar su admisión en la Escuela Politécnica, el padre se lo agradeció al profesor con un ademán y le dijo:

—Cuánto me satisface…; entonces, Gabriel será un sabio.

—Querido hermano —dijo Margarita al ver que su padre volvía al laboratorio—, trabaja firme y gasta lo menos posible… Haz todo lo que tengas que hacer, pero sé buen administrador. Los días que salgas en París, ve a casa de nuestras amistades, o de nuestros parientes, para no coger ninguno de los vicios que arruinan a los jóvenes. Tu pensión sube casi mil escudos; te quedarán mil francos para tus diversiones, y deben bastarte.

—Yo respondo de él —dijo Emmanuel de Solís dando una palmada en el hombro de su alumno.

Un mes más tarde el señor Conyncks, de acuerdo con Margarita, consiguió de Claes todas las garantías deseables. Los planes tan cuerdamente concebidos por Emmanuel de Solís fueron enteramente aprobados y ejecutados. Ante la ley, y delante su primo, cuya cabal probidad transigía difícilmente en cuestiones de honor, Baltasar, avergonzado de la venta que había consentido en un momento en que estaba acosado por sus acreedores, se sometió a todo lo que se exigía de él. Satisfecho por poder reparar el perjuicio que había casi involuntariamente causado a sus hijos, firmó las actas con la preocupación de un sabio. Se había vuelto completamente imprevisor, como los negros que por la mañana venden a su mujer por un trago de aguardiente y la lloran por la noche. Ni siquiera miraba hacia el más próximo futuro, ni se preguntaba cuáles serían sus recursos cuando hubiese gastado el último escudo; proseguía sus trabajos y continuaba sus compras, sin saber que no era ya más que el poseedor titular de su casa y de sus propiedades, y que le sería imposible, debido a la severidad de las leyes, procurarse un ochavo sobre los bienes de que en cierto modo era el depositario judicial.

El año 1818 terminó sin ningún acontecimiento desgraciado. Las dos hijas pagaron los gastos necesarios para la educación de Juan, y satisficieron todos los de su casa con los dieciocho mil francos de renta colocados a nombre de Gabriel, cuyos semestres le fueron enviados exactamente por su hermano. De Solís perdió a su tío en el mes de diciembre de aquel año. Una mañana, Margarita supo por Marta que su padre había vendido su colección de tulipanes, el mobiliario de la casa de delante y toda la platería. Viose obligada a comprar la cubertería necesaria para el servicio de la mesa, y la hizo grabar con sus iniciales. Hasta entonces había callado ante las malversaciones de su padre, pero por la noche, después de la cena, pidió a Felicia que la dejara a solas con él, y cuando, según su costumbre, Baltasar se sentó en una esquina de la chimenea del locutorio, Margarita le dijo:

—Querido padre, sois dueño de venderlo todo aquí, hasta a vuestros hijos. Todos os obedeceremos sin rechistar; pero me veo obligada a observaros que estamos sin dinero, que apenas tenemos de qué vivir este año, y que Felicia y yo nos veremos obligadas a trabajar noche y día para pagar la pensión de Juan con lo que ganemos con los encajes que haremos. Os

conjuro, mi buen padre, para que renunciéis a vuestros trabajos.

—Tienes razón, hija mía, pero antes de seis semanas todo habrá acabado. Encontraré el absoluto, o el absoluto será imposible de encontrar. Tendréis millones…

—Dejadnos por el momento un trozo de pan… —respondió Margarita.

—¿Y no hay pan aquí? —dijo Claes asustado—. ¿No hay pan en casa de un Claes…? ¿Y nuestros bienes?

—Habéis cortado el bosque de Waignies. El terreno no está aún desbrozado y no puede producir nada. En cuanto a vuestras granjas de Orchies, sus rentas no alcanzan para pagar los intereses de las cantidades que habéis pedido en préstamo.

—¿De qué vivimos, pues?

Margarita le mostró su aguja, y añadió:

—Las rentas de Gabriel nos ayudan, pero son insuficientes. Yo podría resolver el año si no nos agobiaseis con facturas que no esperaba; no me decís nada de vuestras compras en la ciudad. Cuando creo tener lo bastante para mi trimestre, y he resuelto los pequeños problemas, me llega una factura de soda, de potasa, de zinc, de azufre…; qué sé yo.

—Mi querida hija, seis semanas de paciencia todavía, y después me comportaré cuerdamente. Y verás maravillas, mi pequeña Margarita.

—Ya es hora de que penséis en vuestros asuntos. Lo habéis vendido todo: cuadros, tulipanes, platería… Ya no os queda nada; por lo menos no contraigáis nuevas deudas.

—No, no caeré en otras —dijo el viejo.

—¿En otras? —exclamó ella—. ¿Tenéis, pues, algunas pendientes?

—Nada, miserias… —respondió él bajando la vista y enrojeciendo.

Margarita se sintió por vez primera humillada por el rebajamiento de su padre, y le dolió tanto que no se atrevió a interrogarle. Un mes después de esta escena un banquero de la ciudad presentó al cobro una letra de

cambio de diez mil francos, suscrita por Claes. Habiendo rogado Margarita al banquero que esperase durante el día, demostrando su pesar por no haber sido prevenida sobre ese pago, el banquero le advirtió que la casa Protez y Chiffreville tenía otras nueve letras por la misma suma y con vencimientos mensuales.

—¡Al fin, al fin…! —gimió Margarita—. Todo llega…

Envió a buscar a su padre y se paseó agitada, a grandes pasos, por el locutorio, hablándose a sí misma:

«Encontrar cien mil francos, o ver a nuestro padre detenido… ¿Qué hago? ¿Qué podemos hacer?».

Baltasar no bajó. Cansada de esperarle, Margarita subió al laboratorio. Al entrar vio a su padre en medio de una vasta pieza, muy iluminada, provista de máquinas y de polvorientos hornos de vidrio; aquí y allá, libros, mesas repletas de productos con etiquetas, numerados. Por todas partes, el desorden que acarrea la preocupación del sabio y que ofendía las costumbres flamencas. Aquel conjunto de matraces, de redomas, de retortas, de metales, de cristalizaciones fantásticamente coloreadas, de muestras pegadas a las paredes o tiradas sobre los hornos, estaba dominado por la figura de Baltasar Claes, quien, sin su levita, la camisa sin abrochar y arremangada, mostraba los brazos desnudos como los de un obrero y un pecho con el pelo blanco como su cabello. Sus ojos, horriblemente fijos, no se apartaron de una máquina neumática cuyo recipiente tenía una lente formada por dobles cristales convexos con el interior lleno de alcohol y en el que convergían los rayos solares, los cuales se filtraban por uno de los compartimientos de la claraboya del desván. El recipiente, cuyo plato estaba aislado, comunicaba con los hilos de una inmensa pila de Volta. Lemulquinier, con la cara negra de polvo, ocupado en mover el plato de esta máquina montada sobre un eje móvil, a fin de mantener constantemente su lente en una dirección perpendicular a los rayos del sol, se levantó y dijo:

—Cuidado, señorita, no os acerquéis.

El aspecto de su padre, quien casi arrodillado ante su máquina recibía a plomo la luz del sol y cuyos espaciosos cabellos semejaban hebras de plata, su anguloso cráneo, su rostro contraído por una angustiosa espera, la singularidad de los objetos que le rodeaban, la oscuridad de la vasta

estancia, de donde emergían extraños artefactos…; todo contribuyó a impresionar a Margarita, quien se dijo aterrada:

«Mi padre está loco».

Aproximose luego a él y le dijo al oído:

—Decidle a Lemulquinier que salga.

—No, no, hija mía; le necesito; espero el efecto de un gran experimento en el que no han pensado los demás. Ya llevamos tres días acechando un rayo de sol. Tengo los medios para someter a los metales, en un vacío perfecto, a los rayos solares concentrados y a las corrientes eléctricas. Mira: dentro de un momento va a producirse la más enérgica acción de que puede disponer un químico, y yo solo…

—Escuchad, padre mío… En vez de vaporizar los metales deberíais reservarlos para pagar vuestras letras de cambio…

—¡Espera, espera!

—Ha venido el señor Mersktus, padre; le hacen falta diez mil francos a las cuatro.

—Sí, sí, en seguida… Yo firmé esos pequeños efectos para este mes, es verdad. Creía que ya habría encontrado el absoluto. Dios mío…, si dispusiera del sol de julio lograría mi experimento.

Se mesó el cabello, se sentó sobre un viejo sillón de paja y le cayeron las lágrimas.

—El señor tiene razón —dijo Lemulquinier—. Todo es culpa de ese miserable sol, que es demasiado débil, el cobarde, el holgazán…

Ni el amo ni el criado veían a Margarita.

—Dejadnos, Lemulquinier —le dijo ella.

—¡Ah, ya tengo un nuevo experimento! —exclamó Claes.

—Padre mío, olvidad vuestros experimentos —le dijo su hija cuando estuvieron solos—. Habéis de pagar cien mil francos y no poseemos un

ochavo… Abandonad vuestro laboratorio; ahora se trata de vuestro honor. ¿Qué será de vos cuando estéis en prisión? ¿Mancharéis vuestra blanca cabeza y el nombre de Claes con la infamia de una bancarrota? Yo me opondré. Tendré la fuerza de combatir vuestra locura, y sería espantoso veros sin pan en vuestros últimos días. ¡Abrid los ojos y ved nuestra situación, recobrad el juicio!

—¡El juicio! —exclamó Baltasar, quien irguiéndose sobre las piernas clavó sus luminosos ojos sobre la hija, se cruzó los brazos sobre el pecho y repitió la palabra «juicio» tan majestuosamente que Margarita tembló—. ¡Ah, tu madre no me habría dicho esa palabra! —prosiguió—. Ella no ignoraba la importancia de mis investigaciones: ella había aprendido una ciencia para comprenderme, sabía que trabajo para la humanidad, que no hay nada ni de personal ni de sórdido en mí. El sentimiento de la mujer que ama está, bien lo veo, por encima del afecto filial. Sí, el amor es el más bello de todos los sentimientos. ¡Volver a la razón! —añadió golpeándose el pecho—. ¿Acaso me falta? ¿No soy yo mismo? Somos pobres, hija mía; pues bien, yo lo quiero así. Yo soy vuestro padre; obedecedme. Os haré ricos cuando me plazca. ¡Vuestra fortuna es una miseria! Cuando yo haya hallado un disolvente del carbono, llenaré vuestro locutorio de diamantes…, y eso es una tontería comparado con lo que busco… Creo que podéis esperar cuando yo me consumo en gigantescos esfuerzos…

—Padre, yo no tengo el derecho de pediros cuentas de los cuatro millones que habéis enterrado en este desván. No os hablaré de mi madre, a quien vos habéis matado. Si yo tuviese un marido, sin duda lo amaría tanto como os amaba mi madre, y estaría dispuesta a todos los sacrificios como ella os lo sacrificó todo. He seguido sus órdenes entregándome por entero a vos, y os lo he demostrado no casándome para no obligaros a rendirme cuentas de tutoría. Dejemos el pasado y pensemos en el presente. Vengo aquí a representar la necesidad que os habéis creado vos mismo. Hace falta dinero para vuestras letras de cambio, ¿lo comprendéis? No queda nada por embargar aquí más que el retrato de vuestro abuelo Van Claes. Vengo, pues, en nombre de mi madre, quien se sintió demasiado débil para defender a sus hijos contra su padre y que me ordenó que os resistiera; vengo en nombre de mis hermanos y de mi hermana, y vengo, padre, en nombre de todos los Claes, a ordenaros que abandonéis vuestros experimentos, que os creéis una fortuna propia antes de proseguirlos. Si os valéis de vuestra paternidad, que no se hace sentir sino

para matarnos, tengo conmigo a mis antepasados y el honor, que hablan más alto que la química. La familia está antes que la ciencia. ¡He sido demasiado vuestra hija!

—¡Y ahora quieres ser mi verdugo! —respondió él con voz débil.

Margarita se fue de allí para no abdicar del papel que acababa de apropiarse, creyendo haber oído la voz de su madre cuando le dijo: «No contraríes demasiado a tu padre; quiérele mucho…».

—¡Qué *buena* obra está haciendo arriba la señorita! —dijo Lemulquinier al bajar a la cocina para comer—. Estábamos ya sobre el secreto, no teníamos necesidad más que de un poco de sol de julio, pues el señor, ¡oh, qué hombre!, está casi en la confianza de Dios… No hace falta ni esto —dijo a Josette enseñándole la uña de su pulgar derecho— para que supiéramos el principio de todo… y, toma, viene ella con su patatín patatán por tonterías de letras de cambio…

—Pues pagad esas letras de cambio con vuestro salario —le soltó Marta.

—¿No hay mantequilla para el pan? —preguntó Lemulquinier a Josette.

—¿Y el dinero para comprarla? —respondió agriamente la cocinera—. ¿Cómo es, viejo monstruo, que si hacéis oro en vuestra cocina del demonio no hacéis también un poco de mantequilla? Eso no sería tan difícil y podríais vender la en el mercado. Nosotras comemos pan seco. Las señoritas se contentan con pan y nueces…, ¿y vos comiendo mejor que los señores…? La señorita no quiere gastar sino cien francos al mes para toda la casa; no hacemos más que una comida. Si queréis pasteles, ahí tenéis esos hornos de arriba para guisar perlas… ¡Si no se habla de otra cosa en el mercado…! ¿Hacéis también pollos asados?

Lemulquinier cogió su pan y salió.

—Va a comprar algo con su dinero —dijo Marta—. Mejor; eso ahorraremos. Vaya avaro que está hecho ese marrano…

—Había que atraparle por el hambre —dijo Josette—. Ya van ocho días que no ha *fregao na*; yo hago su trabajo, pues él siempre está arriba. Podría pagarnos con algunos arenques, y como los traiga, yo creo que se los voy a coger.

—Vaya —dijo Marta—, oigo llorar a la señorita. El viejo brujo de su padre se tragará la casa sin decir una palabra cristiana. En mi país se le habría ya quemado vivo, pero aquí se tiene tanta religión como entre los moros del África.

La señorita Claes sofocaba mal sus sollozos al atravesar la galería. Entró en su habitación, buscó la carta que su madre le confió y leyó lo que sigue:

Hija mía, si Dios lo permite, mi espíritu estará en tu corazón cuando leas estas líneas, las últimas que habré escrito. Están llenas de amor para mis queridos pequeños, que quedan abandonados a un demonio al que yo no he sabido resistir. Habrá, pues, absorbido vuestro pan como ha devorado mi vida y hasta mi amor. Tú sabías, hija mía, cuánto quería yo a tu padre. Voy a expirar amándole menos, ya que tomo contra él precauciones que no hubiese confesado en vida. Sí habré guardado en el fondo de mi féretro un último recurso para el día en que os encontréis en el peor grado de la desgracia. Si él os ha reducido a la indigencia, o si hace falta salvar vuestro honor, hija mía, hallaréis en casa del abate de Solís, si aún vive, y si no en casa de su sobrino, nuestro buen Emmanuel, alrededor de ciento setenta mil francos que os ayudarán a vivir. Si nada ha podido vencer la pasión de vuestro padre, si sus hijos no son para él una barrera más fuerte que lo que ha sido mi amor, y no le detienen en su marcha criminal, separaos de vuestro padre; vivid por lo menos. Yo no podía abandonarle, pues me debía a él. Tú, Margarita, salva a la familia. Te absuelvo de cuanto hagas para defender a Gabriel, a Juan y a Felicia. Ten valor, sé el ángel tutelar de los Claes. Sé firme; no me atrevo a decir sin piedad, pero para reparar las desgracias ya causadas es preciso conservar alguna fortuna, y debes obrar como si hubieses al día siguiente de la miseria, pues nada detendrá el furor de la pasión que me lo ha arrebatado todo. Así, pues, hija mía, olvidarte de tu corazón será tener un gran corazón; tu disimulo, en el caso de que fuese necesario mentir a tu padre, será glorioso; tus actos, por censurables que puedan parecer, serán heroicos, hechos con la finalidad de proteger a la familia. El virtuoso abate de Solís me lo ha dicho, y jamás conciencia alguna fue más pura ni más clarividente que la suya. Yo no habría tenido la fuerza de decirte estas palabras, ni siquiera en trance de muerte. Sin embargo, sé siempre respetuosa y buena en esta horrible lucha. Resiste adorando, niega con dulzura. Yo habré guardado lágrimas desconocidas y dolores que sólo estallarán después de mi muerte… Besa en mi nombre a mis queridos

hijos en el momento en que te convertirás en su protección. Que Dios y los santos estén contigo,

Josefina.

Con esta carta iba un recibo de los señores de Solís, tío y sobrino, comprometiéndose a devolver el depósito puesto en sus manos por la señora Claes a cualquiera de sus hijos que lo presentara al cobro.

—Marta —pidió Margarita a la dueña, quien subió en seguida—. Id a casa del señor de Solís y rogadle de mi parte si puede venir… «Noble y discreta criatura, pensó; nunca me ha dicho nada, como si fuesen suyos mis dolores…».

Emmanuel llegó antes de que Marta estuviese de vuelta.

—Habéis tenido secretos para mí —le dijo Margarita enseñándole el escrito.

Emmanuel bajó la cabeza.

—¿Sois, pues, muy desgraciada, Margarita? —respondió él con voz temblorosa.

—¡Oh sí! Sed mi sostén, vos a quien mi madre llama *nuestro buen Emmanuel* —dijo ella mostrándole la carta y no pudiendo reprimir un movimiento de alegría al ver su elección aprobada por su madre.

—Mi sangre y mi vida estaban a vuestra disposición desde el día en que os vi en la galería —respondió él, llorando de gozo y de dolor—. Pero yo no sabía, no me atrevía a esperar que aceptaseis mi sangre. Si me conocéis bien, debéis saber que mi palabra es sagrada. Perdonadme esta obediencia a las voluntades de vuestra madre; no era yo quien podría juzgar sus intenciones.

—¡Vos nos habéis salvado! —dijo ella interrumpiéndole y cogiéndole del brazo para bajar al locutorio.

Tras haberle informado Emmanuel sobre el origen de la cantidad que guardaba, Margarita le confió la triste penuria en que se encontraba la casa.

—Es preciso ir a pagar las letras de cambio —dijo Emmanuel—. Si se encuentran todas en la banca de Mersktus ganaréis los intereses. Os entregaré los setenta mil francos que os quedarán. Mi pobre tío me ha dejado una suma parecida en ducados que será fácil trasladar secretamente.

—Sí —dijo ella—, traedlos de noche, y cuando mi padre esté dormido los esconderemos nosotros dos. Si él supiera que tengo dinero quizá me acosaría. Oh, Emmanuel, ¡desconfiar del propio padre! —añadió llorando y apoyando su cabeza en el pecho del joven.

Ese gracioso y triste movimiento, por el cual Margarita buscaba una protección, fue la expresión primera de aquel amor siempre envuelto en melancolía, siempre contenido en una esfera de dolor; pero aquel corazón demasiado colmado tenía que desbordar, y fue bajo el peso de una miseria…

—¿Qué hacer? ¿Qué puede ocurrir? Él no ve nada, no se cuida ni de nosotros ni de sí mismo, pues no sé cómo puede vivir en ese desván, con esa atmósfera tan sofocante.

—¿Qué podéis, esperar de un hombre que siempre exclama, como Ricardo III, «Mi reino por un caballo»? —respondió Emmanuel—. Siempre será despiadado, y vos debéis serlo tanto como él. Pagad sus letras de cambio, dadle, si queréis, vuestra fortuna, pero la de vuestros hermanos y vuestra hermana no os pertenece ni a vos ni a él.

—¿Dar mi fortuna? —dijo ella apretando la mano de Emmanuel y mirándole con estupor—. ¿Y vos me lo aconsejáis, mientras que Pierquien recurría a mil embustes para que la conservase?

—Quizá yo sea egoísta a mi manera —replicó él—. Tan pronto os quisiera sin fortuna, pues me parece que estaríais más cerca de mí, como rica y feliz…, y creo que hay mucha pequeñez en creerse separados por las pobres grandezas de la fortuna.

—Querido, no hablemos de nosotros…

—Nosotros —repitió él con arrobo. Y tras una pausa añadió—: El mal es grande, pero no irreparable.

—Se reparará por nosotros mismos; la familia Claes ya no tiene jefe; ya no es ni padre ni hombre, no tiene noción alguna de lo justo y lo injusto…, pues él, tan grande, tan generoso, tan probo, ha derrochado, a pesar de la ley, la hacienda de los hijos a quienes debía defender… ¿En qué abismo ha caído? Dios mío, ¿qué es lo que busca?

—Por desgracia, Margarita, si está equivocado como cabeza de familia, tiene razón científicamente, y una veintena de hombres en Europa le admirarán cuando otros lo acusarán de loco, pero vos podéis sin escrúpulo alguno negarle la fortuna de sus hijos. Un descubrimiento ha sido siempre un azar. Si vuestro padre ha de dar con la solución de su problema, la encontrará sin tantos dispendios, y quizá cuando desespere de su hallazgo…

—Mi pobre madre es feliz —dijo Margarita—. Ella sufriría mil veces la muerte antes de morir, muriendo en su primer choque con la ciencia. Pero este combate no tiene fin…

—Hay un fin —replicó Emmanuel—. Cuando ya no tengáis nada, el señor Claes no encontrará más crédito, y se detendrá.

—¡Pues que se detenga hoy mismo! —exclamó Margarita—. Estamos sin recursos.

De Solís fue a retirar las letras de cambio y volvió para entregárselas a Margarita. Baltasar bajó algunos momentos antes de la cena, contra su costumbre. Por primera vez desde hacía dos años su hija percibió en su fisonomía las señales de una tristeza horrible; otra vez se le veía padre; la razón había ahuyentado a la ciencia. Miró al patio y al jardín, y cuando creyó que estaba solo con su hija, se le acercó con una expresión llena de melancolía y de bondad.

—Hija mía —le dijo tomándola de la mano y apretándosela con ternura—, perdona a tu viejo padre… Sí, Margarita, he estado equivocado. Tú tienes razón. Mientras no lo haya «hallado», soy un miserable… Me marcharé de aquí. No quiero ver vender a Van Claes —añadió señalando al retrato del mártir—. Él murió por la libertad, yo habré muerto por la ciencia. Él es venerado y yo seré odiado…

—¿Odiado, padre? No —añadió ella abrazándolo—. Todos os adoramos…

¿Verdad, Felicia? —dijo a su hermana, la cual entraba en aquel momento.

—¿Qué tenéis, querido padre? —dijo la joven cogiéndole la mano.

—Os he arruinado…

—Bah… —dijo Felicia—. Nuestros hermanos levantarán una fortuna. Juan es siempre el primero en la clase.

—Venid, padre —prosiguió Margarita conduciendo a Baltasar con un movimiento lleno de gracia y de afecto filial ante la chimenea, de cuya repisa cogió algunos papeles—; aquí tenéis vuestras letras de cambio, pero no suscribáis ninguna más, pues ya no habría con qué pagarlas…

—¿Así, pues, tienes dinero? —dijo Baltasar al oído de Margarita una vez repuesto de su sorpresa.

Estas palabras sofocaron a la heroica hija, tan acusada era la expresión de delirio, de júbilo y de esperanza en el rostro de su padre, quien miraba en derredor como para descubrir oro.

—Padre —respondió ella con acento de dolor—, tengo mi fortuna.

—Dámela —le pidió con gesto ávido—. Te la devolveré centuplicada.

—Sí, os la daré —respondió Margarita contemplando a Baltasar, quien no comprendió el sentido que ponía su hija en su respuesta.

—¡Ah, mi querida hija, tú me salvas la vida! —dijo—. He imaginado un último experimento, después del cual ya no se podría hacer más. Si ahora no doy con ello, habrá que renunciar a la búsqueda del absoluto. Dame el brazo, ven, querida hija; quisiera hacerte la mujer más dichosa de la tierra; tú me devuelves a la felicidad, a la gloria; tú me procuras el poder de colmaros de tesoros… Os cubriré de joyas, de riquezas…

Besó a su hija en la frente, le cogió la manos, se las estrechó y le demostró su alegría con mimos, que parecieron casi humillantes a Margarita. Durante la cena Baltasar sólo la veía a ella, la miraba con la solicitud, con la atención, con la ilusión con que un enamorado mira a su amada; si hacía ella un movimiento, él trataba de adivinar qué pensaba, su deseo, y se levantaba para servirla; la hacía avergonzarse al poner en sus atenciones una especie de juventud que contrastaba con su prematura

vejez. A sus efusiones, Margarita oponía el cuadro de la penuria actual, con una palabra de duda o con una mirada que dirigía a los vacíos estantes de los aparadores del comedor.

—Bah… —le dijo él—; dentro de seis meses llenaremos la casa de oro y de maravillas. Tú serás como una reina. La naturaleza entera nos pertenecerá, estaremos por encima de todo…, y por ti, mi Margarita… ¡Margarita! —prosiguió sonriendo—. Tu nombre es una profecía. Margarita quiere decir una perla. Sterne lo ha dicho en alguna parte. ¿Has leído a Sterne? ¿Quieres una obra de Sterne? Te gustará.

—La perla, según se dice, es el fruto de una enfermedad —respondió ella con amargura—, y nosotros hemos sufrido ya mucho…

—No estés triste, pues harás la felicidad de aquéllos a quienes amas; serás muy poderosa, muy rica…

—La señorita tiene tan buen corazón… —dijo Lemulquinier, cuyo rostro de espumadera consiguió a duras penas una sonrisa que parecía una mueca.

Durante el resto de la velada Baltasar ofreció a sus dos hijas todas las gracias de su carácter y el encanta de su conversación. Seductor como la serpiente, su palabra y sus miradas difundían un fluido magnético, y prodigó esa potencia de genio, ese dulce espíritu que fascinaba a Josefina, y se metió, por decirlo de alguna manera, a sus hijas en el corazón. Cuando llegó Emmanuel de Solís vio, por vez primera desde hacía tiempo, reunidos al padre y a las hijas. A pesar de su reserva, el joven profesor quedó influido por la escena, pues la conversación y las maneras de Baltasar tenían un poder irresistible. Aunque sumidos en los abismos del pensamiento, e incesantemente ocupados en observar el mundo moral, los hombres de ciencia perciben, no obstante, los más pequeños detalles de la esfera en que viven. Más intempestivos que distraídos, no están nunca en armonía con lo que les rodea, lo saben y lo olvidan todo; prejuzgan el porvenir, profetizan para ellos solos, intuyen un acontecimiento antes de que se produzca, pero no lo han aludido. Si en el silencio de las meditaciones hacen uso de su poder para comprender lo que sucede en su derredor, les basta con haber adivinado. El trabajo les empuja, y aplican siempre desordenadamente los conocimientos que han adquirido sobre las cosas de la vida. A veces, cuando despiertan de su apatía social, o cuando caen del mundo moral al mundo exterior, reingresan con una magnífica memoria, y nada les extraña. Así, Baltasar,

que unía la perspicacia del corazón a la del cerebro, sabía todo el pasado de su hija, conocía o había adivinado los menores acontecimientos del misterioso amor que la unía a Emmanuel, se lo demostró a los dos sutilmente y con tacto, y sancionó su afecto compartiéndolo. Era el mejor halago que podía rendir un padre, y los dos enamorados no supieron resistirle. La velada fue deliciosa por el contraste que formaba con los pesares que asaltaban la vida de aquellas pobres hijas.

Cuando tras haberlas, por decirlo así, inundado con su luz y bañado con su ternura, se retiró Baltasar, Emmanuel de Solís, que hasta entonces había mantenido una actitud un poco embarazada o incómoda, sacó de sus bolsillo los tres mil ducados en oro que había temido que él los percibiese; los puso sobre el bastidor de labores de Margarita, quien los cubrió con el lienzo que repasaba, y seguidamente el joven fue a buscar el resto de la suma.

Cuando volvió, Felicia se había ya acostado. Dieron las campanadas de las once, y Marta, que velaba para desvestir a su ama, estaba ocupada con Felicia.

—¿Dónde esconderlo? —dijo Margarita, quien no había resistido al placer de manosear algunos ducados, una ingenuidad que la perdió.

—Levantaré esta columna de mármol que tiene el zócalo hueco —dijo Emmanuel— y pondréis aquí los rollos. ¡Ni el diablo los buscaría aquí!

En el momento en que Margarita hacía su penúltimo recorrido del bastidor a la columna, lanzó un grito penetrante y dejó caer los rollos, cuyo contenido rompió el papel y las monedas se desparramaron por el suelo. Su padre estaba en la puerta del locutorio y asomaba su cabeza, cuya expresión de avidez la asustó.

—¿Qué estáis haciendo ahí? —dijo Baltasar mirando alternativamente a su hija, a la que el miedo clavaba al suelo, y al joven que se había erguido bruscamente, pero cuya actitud junto a la columna era harto significativa.

El estrépito del oro sobre el piso fue horrible, y su desparramamiento pareció profético.

—Ya veo que no me engañaba —dijo Baltasar sentándose—; he oído el sonido del oro…

No estaba él menos emocionado que los dos jóvenes, cuyos corazones palpitaban tan al unísono que se oían sus latidos como el tictac de un péndulo en medio del profundo silencio que reinó de pronto en el locutorio.

—Os lo agradezco, señor de Solís —dijo Margarita a Emmanuel dirigiéndole una mirada que significaba: «Secundadme para salvar esta suma».

—¡Qué! ¿Ese oro…? —dijo Baltasar mirando con espantosa lucidez a su hija y a Emmanuel.

—Este oro es del señor, que tiene la bondad de prestármelo para cumplir con nuestros compromisos —le respondió ella.

De Solís enrojeció y se dispuso a salir.

—Señor —le dijo Baltasar deteniéndole por un brazo—, no os sustraigáis a mi agradecimiento.

—Señor, vos no me debéis nada. Ese dinero pertenece a la señorita Margarita, a quien le hago un préstamos so sobre sus bienes —respondió él mirando a su amada, quien le agradeció sus palabras con un imperceptible parpadeo.

—No permitiré eso —dijo Claes cogiendo una pluma y una hoja de papel de la mesa donde acostumbraba a escribir delicia.

Y volviéndose hacia los dos asombrados jóvenes, preguntó:

—¿Cuánto hay?

La pasión había hecho a Baltasar más astuto que el más diestro de los intendentes bribones; la suma iba a ser de él. Margarita y de Solís vacilaban.

—Contemos —dijo Baltasar.

—Hay seis mil ducados —respondió Emmanuel.

—O sea, setenta mil francos —añadió Claes.

La mirada que dirigió Margarita a su amado le dio valor.

—Señor —dijo con respeto—, vuestro compromiso fes inválido, y perdonadme esta expresión puramente técnica; yo he prestado esta mañana a la señorita cien mil francos para retirar las letras de cambio que vos estabais imposibilitado de pagar, por lo que no podríais darme ninguna garantía. Esos ciento setenta mil francos son de vuestra hija, quien puede disponer de ellos como le parezca, pero no se los presto sino bajo la promesa que me ha dado de suscribir un contrato mediante el cual pueda yo asegurarme sobre su parte en los terrenos bajos de Waignies.

Margarita volvió la cabeza para no dejar ver las lágrimas que afluyeron a sus ojos, pues conocía la pureza de corazón que distinguía a Emmanuel. Educado por su tío en la más severa práctica de las virtudes religiosas, el joven tenía un especial horror por la mentira; tras haber ofrecido su vida y su corazón a Margarita, le hacía, pues, el sacrificio de su conciencia.

—Adiós, señor —le dijo Baltasar—. Os suponía más confianza en un hombre que os veía con ojos de padre…

Después de cambiar con Margarita una triste mirada, Emmanuel salió acompañado de Marta, quien cerró la puerta de la calle. En el momento en que el padre y la hija estuvieron solos, Claes le dijo:

—Tú me quieres, ¿verdad?

—No os andéis con rodeos, padre; ¿queréis ese dinero? Pues no lo tendréis.

En el acto se puso a reunir sus ducados ayudándole su padre a recoger los que se habían caído, dejándole hacer Margarita sin demostrar la menor desconfianza. Una vez puestos en pilas los ducados, Baltasar dijo con desespero:

—¡Margarita, me hace falta ese oro!

—Sería un robo si lo tomaseis —respondió ella fríamente—. Escuchad, padre: vale más que nos matéis de un solo golpe que hacernos sufrir mil muertes cada día. Ved si sois vos o nosotros quien ha de sucumbir…

—¡Habéis, pues, asesinado a vuestro padre!

—Habremos vengado a nuestra madre —respondió ella, señalando el sitio

donde había muerto la señora Claes.

—Hija mía, si supierais de qué se trata, no me dirías esas palabras. Escucha, voy a explicarte el problema… ¡Pero no me comprenderías! —exclamó desesperado—. Tú dámelo, cree por una vez en tu padre… Sí, ya sé que hice sufrir a tu madre; que he derrochado, por emplear la palabra de los ignorantes, mi fortuna y dilapidado la vuestra; que todos trabajáis por eso que llamas una locura; pero, ángel mío, mi bienamada, mi amor, mi Margarita, escúchame… Si no tengo éxito, me pondré en tus manos, te obedeceré como tú deberías obedecerme; haré tu voluntad, te entregaré la administración de mi fortuna, no seré ya el tutor de mis hijos, renunciaré a toda autoridad. ¡Te lo juro por tu madre! —añadió llorando.

Margarita volvió la cabeza para no ver sus lágrimas, y Claes se hincó de rodillas ante su hija, creyendo que ella iba a ceder.

—¡Margarita, Margarita, dámelo! ¿Qué son sesenta mil francos para evitar remordimientos eternos? Mira, yo moriré, esto me matará… ¡Escúchame, mi palabra será sagrada! Si fracaso, renuncio a mis trabajos, abandonaré Flandes, hasta Francia si lo exiges, e iré a trabajar como obrero para rehacer ochavo a ochavo mi fortuna y devolver un día a mis hijos lo que la ciencia les habrá quitado.

Margarita quiso levantar a su padre, pero él persistía en seguir de rodillas, y añadió llorando:

—¡Sé por última vez tierna y abnegada! Si no tengo éxito, yo mismo te daré la razón por tus durezas. Podrás llamarme viejo loco…, mal padre…, incluso que soy un ignorante… Y yo, cuando te oiga esas palabras, te besaré las manos. Hasta podrás pegarme, si lo quieres…, y cuando lo digas, te bendeciré como a la mejor de las hijas, recordando que me has dado tu sangre…

—Si no se tratase más que mi sangre, os la daría —exclamó ella—. ¿Pero puedo dejar a mis hermanos y mi hermana en la ruina por la ciencia? ¡No…! Basta, basta… —pidió mientras enjugaba sus lágrimas y rechazaba las acariciadoras manos de su padre.

—Sesenta mil francos y dos meses —dijo él levantándose con rabia—; no me hace falta más que eso. Pero mi hija se interpone entre la gloria, entre la riqueza y yo… ¡Maldita seas! ¡Tú no eres ni hija, ni mujer; tú no tienes

corazón! ¡No serás ni madre ni esposa…! Dámelos, mi querida pequeña; di que sí, mi querida hija, y te adoraré… —añadió adelantando la mano sobre el oro, con un movimiento de una atroz energía.

—¡Estoy indefensa contra la fuerza, pero Dios y el gran Claes nos ven! —dijo Margarita señalando el retrato.

—¡Bueno, pues intenta vivir cubierta por la sangre de tu padre…! —rugió Baltasar mirándola con horror.

Se levantó, contempló el locutorio y salió lentamente. Al llegar a la puerta se volvió como lo habría hecho un mendigo, e interrogó a su hija con un gesto, al que Margarita respondió haciendo una señal negativa con la cabeza.

—Adiós, hija mía —dijo él con dulzura—. Trata de vivir feliz.

Una vez desapareció, Margarita se sintió dominada por un estupor que tuvo por efecto aislarla de la tierra; no estaba ya en el locutorio, no sentía su cuerpo, tenía alas y volaba por los espacios del mundo moral donde todo es inmenso, donde el pensamiento aproxima las distancias y las épocas, donde alguna mano divina alza el velo tendido sobre el futuro. Le parecía que transcurrían días enteros entre cada uno de los pasos que daba su padre subiendo la escalera; luego sintió un escalofrío de horror en el momento en que le oyó entrar en su habitación. Guiada por un presentimiento que derramó en su alma la punzante claridad de un relámpago, franqueó la escalera sumida en la oscuridad, sin ruido, con la velocidad de una flecha, y vio que su padre se llevaba a la frente una pistola.

—¡Tomadlo todo, padre! —le gritó echándosele encima.

Y se desplomó sobre un sofá. Baltasar, al verla pálida como una muerta, se echó a llorar como lloran los viejos; se volvió niño, le besó la frente, le dijo palabras incoherentes, estaba a punto de saltar de júbilo, y parecía querer jugar con ella como un amante juega con su amada después de haber obtenido la dicha.

—¡Basta, basta, padre mío! —dijo ella—. ¡Pensad en vuestra promesa! ¿Me obedeceréis si no conseguís lo que esperáis?

—Sí.

—¡Madre mía! —exclamó ella, volviéndose hacia la habitación de la señora Claes—. Vos lo habríais dado todo, ¿no es así?

—Duerme tranquila —dijo Baltasar—. Eres una buena hija.

—¡Dormir! —replicó ella—. Ya no tengo las noches de mi juventud; vos me envejecéis, padre, como desgarrasteis lentamente el corazón de mi madre…

—Pobre hija, quisiera tranquilizarte explicándote los efectos del magnífico experimento que acabo de imaginar, y comprenderías…

—No comprendo más que nuestra ruina —repuso ella al dejarle.

El día siguiente, que era festivo, Emmanuel de Solís llegó con Juan.

—¿Y bien? —dijo con tristeza al dirigirse a Margarita.

—Cedí —respondió ella.

—Mi vida querida —dijo él con un movimiento de melancólica alegría—, si hubieseis resistido, os habría admirado, pero débil, os adoro…

—¡Pobre, pobre Emmanuel! ¿Qué nos quedará?

—Dejadme hacer —exclamó el joven con gesto radiante—. Nos queremos y todo irá bien.

VI. El padre desterrado

Algunos meses transcurrieron en una tranquilidad perfecta. De Solís hizo comprender a Margarita que sus mezquinas economías no constituirían nunca una fortuna, y le aconsejó que viviese holgadamente, tomando, para mantener la abundancia en casa, el dinero que quedaba de la suma cuyo depositario fue él. Margarita quedó librada a las ansiedades que en otro tiempo habían agitado a su madre en semejante contingencia. Por incrédula que ella pudiera ser, había llegado a fiar en el genio de su padre. Por un inexplicable fenómeno, muchas personas acogen la esperanza sin poseer la fe. La esperanza es la flor del deseo y la fe es el fruto de la certidumbre. Margarita se decía: «Si mi padre tiene éxito seremos felices». Sólo Claes y Lemulquinier decían: «¡Lo lograremos!». Desgraciadamente, de día en día fue entristeciéndose el rostro de Baltasar. Cuando iba a cenar, a veces no se atrevía a mirar a su hija, y otras le dirigía miradas de triunfo. Margarita empleó sus veladas en hacerse explicar por el joven de Solís diversas dificultades legales. Abrumó a su padre con preguntas sobre sus relaciones de familia. Y completó su educación viril: evidentemente se preparaba para ejecutar el plan que meditaba si su padre sucumbía una vez más en su duelo con «lo ignoto».

A principios del mes de julio Baltasar se pasó un día entero sentado en el banco de su jardín, sumido en triste meditación. Miró muchas veces el terrero sin tulipanes y las ventanas de la habitación de su mujer; sin duda se estremecía al pensar en todo lo que la lucha le había costado; sus movimientos atestiguaban pensamientos al margen de la ciencia. Margarita trabajó a su lado algunos momentos antes de la cena.

—Y bien, padre; ¿no lo habéis conseguido aún?

—No, hija…

—¡Ah…! —exclamó Margarita, diciendo luego con voz dulce—. No os dirigiré el más leve reproche, pues los dos somos igualmente culpables. Únicamente reclamaré el cumplimiento de vuestra palabra, que debe ser sagrada, pues sois un Claes. Vuestros hijos os rodearán de amor y de

respeto, pero desde hoy me pertenecéis y me debéis obediencia. No sintáis inquietud alguna; mi reinado será suave, y hasta me esforzaré porque acabe pronto. Me llevo a Marta, os dejaré durante un mes, y para ocuparme de vos, pues —añadió besándole en la frente— vos sois mi hijo. Mañana Felicia dirigirá la casa. La pobre chiquilla no tiene más que dieciséis años, por lo que no sabría resistiros; sed, pues, generoso con ella, no le pidáis ni un ochavo, porque no dispondrá más que de lo que le es estrictamente necesario para los gastos de casa. Tened valor, renunciad durante dos o tres años a vuestros trabajos y a vuestros pensamientos. El problema madurará, y habré reunido el dinero necesario para resolverlo, lo resolveréis. Bueno, decidme, ¿no creéis que vuestra reina es clemente?

—¿No está, pues, todo perdido? —dijo el viejo.

—No, si sois fiel a vuestra palabra.

—Te obedeceré, hija mía —respondió Claes con profunda emoción.

Al día siguiente el señor Conyncks llegó de Cambrai a buscar a su sobrina. Iba en coche de viaje, y no quiso quedar en casa de su primo sino el tiempo necesario para que Margarita y Marta hiciesen sus últimos preparativos. Claes recibió a su primo con afabilidad, pero estaba visiblemente triste y humillado. El viejo Conyncks adivinó los pensamientos de Baltasar, y, durante la comida, le dijo con ruda franqueza:

—Tengo algunos de tus cuadros, primo; me gusta la buena pintura…, es una pasión ruinosa, pero todos tenemos nuestra locura.

—¡Querido tío! —exclamó Margarita.

—Se os cree arruinados, primo —prosiguió Conyncks—, pero un Claes tiene siempre tesoros aquí —dijo dándose una palmada en la frente—, y aquí —añadió dándose otra en el pecho, sobre el corazón—. ¿No es así? Por lo tanto cuento también contigo, y he encontrado en mi escarcela algunos escudos que pongo a tu disposición.

—¡Ah! —exclamó Baltasar—; te devolveré tesoros…

—Los únicos tesoros que poseíamos nosotros en Flandes, primo, son la paciencia y el trabajo —respondió severamente Conyncks—. Nuestro

antepasado tenía esas dos palabras grabadas en la frente —añadió señalándole el retrato del presidente Van Claes.

Margarita besó a su padre al despedirse de él, hizo sus recomendaciones a Josette y a Felicia, y salió en la posta de París. El tío, viudo él, sólo tenía una hija de doce años y poseía una inmensa fortuna, por lo que no era imposible que quisiera casarse de nuevo; así, los habitantes de Douai pensaron que iba a hacerlo con su joven sobrina, y el rumor de esa boda volvió a llevar al notario Pierquin a casa de los Claes. Se habían producido grandes cambios en las ideas de este excelente calculador. Desde hacía dos años la sociedad de la villa se había dividido en dos bandos enemigos. La nobleza había formado un primer círculo y la burguesía otro segundo, naturalmente muy hostil al primero. Esa súbita separación, repetida en toda Francia y dividiéndola en dos naciones enemigas, cuyas envidiosas hostilidades crecieron en intensidad, fue una de las principales razones que hicieron adoptar en provincias la revolución de julio del año 1830. Entre estas dos sociedades, una de las cuales era ultramonárquica y la otra ultraliberal, estaban los funcionarios admitidos según su importancia en una u otra, los cuales, en el momento de la caída del poder legítimo, permanecieron neutrales. Al comienzo de la lucha entre la nobleza y la burguesía, los cafés realistas adquirieron un inaudito esplendor, y rivalizaron tan brillantemente con los cafés liberales, que esa especie de fiestas gastronómicas costaron, según se dice, la vida a muchos personajes, quienes, semejantes a morteros mal fundidos, no pudieron resistir tales ejercicios. Naturalmente, las dos sociedades se hicieron exclusivas y se depuraron.

Aunque muy rico para ser provinciano, Pierquin fue excluido de los círculos aristocráticos y rebotado a los de la burguesía. Su amor propio hubo de sufrir en gran manera por los sucesivos desaires que recibió al verse insensiblemente rechazado por personas con las que antes trataba. Tenía ya cuarenta años, la única edad de la vida en la que los hombres que aún piensan en el matrimonio pueden todavía desposarse con mujeres jóvenes. Los partidos a los que podía pretender pertenecían a la burguesía, y su ambición tendía a permanecer en la alta sociedad, donde debía introducirle una buena alianza. El aislamiento en que vivía la familia Claes hizo que viviese ajena a ese movimiento social. Aunque Claes perteneciera a la antigua aristocracia de la provincia, era probable que sus preocupaciones le impidieran obedecer a las antipatías creadas por esa nueva clasificación de las personas. Mas por muy pobre que pudiera ser,

una señorita Claes aportaba a su marido esa fortuna de vanidad que desean todos los advenedizos.

Pierquin volvió, pues, a casa de los Claes con la secreta intención de hacer los necesarios sacrificios para llegar a la conclusión de un matrimonio que consumara sus ambiciones futuras. Hizo compañía a Baltasar y a Felicia durante la ausencia de Margarita, pero reconoció tardíamente un competidor temible en Emmanuel de Solís. La herencia del difunto abate pasaba por ser considerable, y a los ojos de un hombre que traducía a números todas las cosas de la vida, el joven heredero parecía más poderoso por su dinero que por las seducciones del corazón, de lo que nunca se preocupaba Pierquin. Esa fortuna devolvía al nombre de Solís todo su valor. El oro y la nobleza eran como dos luminarias que, alumbrándose mutuamente, redoblaban su esplendor. El sincero afecto que el joven director demostraba a Felicia, a la que trataba como a una hermana, excitó la emulación del notario. Intentó eclipsar a Emmanuel mezclando la jerga de moda y las expresiones de una galantería superficial con tonos enfáticos, con rasgos elegiacos que concordaban con su rostro. Manifestándose desilusionado de todo el mundo, volvía los ojos hacia Felicia como para que creyese que únicamente ella podría reconciliarlo con la vida. Felicia, a la que por primera vez dirigía cumplidos un hombre, escuchó ese lenguaje siempre dulce aunque sea falaz; ella confundió el vacío con la profundidad, y esa fue la razón para que él persistiese en sus esfuerzos, pero sin comprometerse más de lo que en realidad deseaba. Emmanuel no perdió de vista los comienzos de esta pasión, falsa en el notario e ingenua en Felicia, cuyo futuro estaba en juego. Entre la prima y el primo siguieron algunas dulces conversaciones, algunas palabras dichas en voz baja a espaldas de Emmanuel, y esas pequeñas supercherías que prestan a una mirada o a una palabra una expresión cuya insidiosa melosidad puede causar inocentes errores. A favor del trato que mantenía Pierquin con Felicia, Emmanuel intentó penetrar el secreto del viaje emprendido por Margarita, para saber si se trataba de casamiento, y por lo tanto renunciar a sus esperanzas. Pero a pesar de su mayor sutileza, ni Baltasar ni Felicia pudieron darle luz alguna por la sencilla razón de que no sabían nada de los proyectos de Margarita, quien, al tomar el poder, parecía seguir la máxima de callarlos.

La sombría tristeza de Baltasar y su decaimiento dificultaban las veladas. A pesar de que Emmanuel hubiese logrado hacerle jugar al chaquete, Baltasar estaba tan distraído que a veces este hombre tan grande por su

inteligencia parecía estúpido. Frustrado en sus esperanzas, humillado por haber devorado tres fortunas, jugador sin dinero, se doblegaba bajo el peso de sus ruinas, bajo el fardo de sus esperanzas menos destruidas que engañadas. Este hombre de genio, refrenado por la necesidad, se condenaba a sí mismo, ofrecía un espectáculo verdaderamente trágico que habría conmovido al hombre más insensible. Hasta el propio Pierquin no contemplaba sin un sentimiento de respeto a aquel león enjaulado, cuyos ojos llenos de una potencia combativa se habían tranquilizado a fuerza de tristeza, y apagados a fuerza de luz; cuyas miradas pedían una limosna que la boca no se atrevía a pronunciar. A veces un resplandor cruzaba como un relámpago por aquel rostro desecado, que se reanimaba por la concepción de un nuevo experimento; luego, contemplando el locutorio, los ojos de Baltasar se detenían en el lugar donde su mujer había expirado, y unas lágrimas rodaban como ardientes granos de arena en el desierto de sus pupilas, que el pensamiento hacía inmensas, y la cabeza volvía a caerle sobre su pecho. Había alzado un mundo, como un Titán, y el mundo recaía más pesado sobre su pecho.

Ese gigantesco dolor, tan virilmente contenido, pesaba sobre Pierquin y sobre Emmanuel, cuya emoción hacía que a veces deseasen ofrecerle a aquel hombre la suma necesaria para algunas series de experimentos; tan contagiosas son las convicciones del genio. Los dos comprendían que la señora Claes y Margarita hubiesen arrojado millones a aquel abismo; pero la razón no tardaba en atajar los impulsos del corazón, y sus emociones se traducían en consuelos que amargaban aún más las penas del Titán fulminado. Claes no hablaba de su hija mayor ni se preocupaba por su ausencia, ni por el silencio que mantenía no escribiéndoles ni a él ni a Felicia. Cuando Solís o Pierquin le pedían noticias, parecía desagradablemente afectado. ¿Presentía que Margarita actuaba contra él? ¿Se sentía humillado por haber abdicado en su hija los derechos majestuosos de la paternidad? ¿Había llegado a quererla menos porque ella se había convertido en el padre y él en la criatura? Quizá había en ello muchas de esas razones y muchos de esos inexpresables sentimientos que atraviesan como nubes el alma, en el mudo disfavor que hacía él pesar sobre Margarita.

Por grandes que puedan ser los grandes hombres conocidos o desconocidos, afortunados o desgraciados en sus tentativas, tienen pequeñeces por las que se adhieren a la humanidad. Por una doble desdicha, no sufren menos por sus cualidades que por sus defectos, y

acaso Baltasar tenía que familiarizarse con los dolores de su vanidad herida. La vida que llevaba y las veladas durante las cuales aquellas cuatro personas se reunían en ausencia de Margarita, fueron una vida y unas veladas impregnadas de tristeza, llenas de vagas aprensiones. Fueron días infecundos como landas agostadas, donde, sin embargo espigaban algunas flores, raros consuelos. La atmósfera les parecía brumosa sin la hija mayor, convertida en el alma, la esperanza y la fuerza de la familia.

Dos meses transcurrieron así, durante los cuales Baltasar esperó pacientemente a su hija. Margarita volvió a

Douai con su tío, quien permaneció en la casa en vez de regresar a Cambrai, para, sin duda, apoyar con su autoridad algún golpe de Estado meditado por su sobrina. El retorno de Margarita se celebró con una pequeña fiesta de familia. Al notario y a de Solís los invitaron a cenar Baltasar y Felicia. Cuando el coche de viaje se detuvo ante la casa, estas cuatro personas recibieron a los viajeros con grandes demostraciones de alegría. Margarita pareció feliz por volver a ver el hogar paterno, y sus ojos se llenaron de lágrimas al atravesar el patio para llegar al locutorio. Al abrazar a su padre, sus caricias de muchacha no estuvieron, sin embargo, desprovistas de una segunda intención, y enrojeció como una esposa culpable que no sabe fingir, pero sus miradas recobraron su diáfana pureza cuando saludó a de Solís, de quien parecía extraer la fuerza para rematar la empresa que secretamente proyectaba. Durante la cena, a pesar del júbilo que animaba los rostros, y las palabras, el padre y la hija se examinaron con desconfianza y curiosidad. Baltasar no hizo a Margarita ninguna pregunta sobre su estancia en París, sin duda por dignidad paternal. Emmanuel de Solís imitó esa reserva. Pero Pierquin, que estaba acostumbrado a conocer todos los secretos familiares, le preguntó a Margarita, encubriendo su curiosidad bajo una falsa llaneza:

—Y bien, querida prima, ¿habéis visto París, los espectáculos…?

—No he visto nada en París —respondió ella—, pues no he ido a divertirme. Los días han transcurrido tristemente porque estaba demasiado impaciente para volver a Douai.

—Si yo no me hubiese enfadado, ella no habría venido a la ópera, donde, por lo demás, se ha aburrido —dijo el señor Conyncks.

La velada fue penosa, pues todos se sentían incómodos; unos y otros sonreían mal o se esforzaban por testimoniar esa alegría de encargo, artificiosa, bajo la cual se ocultan reales ansiedades. Margarita y Baltasar sufrían de sordas y crueles aprensiones que reaccionaban sobre cada corazón. Cuanto más avanzaba la velada más se alteraba la expresión del padre y de la hija. A veces Margarita in tentaba sonreír, pero sus gestos, sus miradas y el sonido de su voz traicionaban una viva inquietud. Los señores Conyncks y de Solís parecían conocer la causa de los secretos movimientos que agitaban a la noble hija, y parecían alentarla mediante expresivas miradas. Herido por haberle tenido al margen de una resolución y de gestiones realizadas para él, Baltasar se separaba insensiblemente de sus hijas y de sus amigos, sin intervenir en nada. Margarita iba sin duda decidida a descubrirle lo que ella había decidido acerca de él. Para un hombre mayor, para un padre, la situación era intolerable. Llegado a una edad en la que no se disimula nada en medio de los hijos, donde la amplitud de las ideas confiere fuerza a los sentimientos, se volvía grave, pensativo y apesadumbrado, viendo aproximarse el momento de su muerte civil. Aquella velada encerraba una de esas crisis de la vida interior que no pueden explicarse sino por imágenes. Las nubes y el rayo se amontonaban en el cielo, y se reía en la campiña; todo el mundo tenía calor, sentía la tormenta, alzaba la cabeza y proseguía su camino.

El señor Conyncks fue el primero en retirarse, acompañándolo a su habitación Baltasar. Durante su ausencia, se marcharon Pierquin y de Solís. Margarita se despidió afectuosamente del notario; no dijo nada a Emmanuel, pero le estrechó con fuerza la mano al mismo tiempo que le dirigía una húmeda mirada. Despidió también a Felicia, y cuando Claes volvió al locutorio, encontró sola a su hija.

—Mi buen padre —le dijo ella con voz temblorosa—, han sido necesarias las graves circunstancias en que nos encontramos para hacerme abandonar la casa, pero tras muchas angustias y después de haber superado inauditas dificultades, vuelvo con algunas probabilidades de salvación para todos. Gracias a vuestro nombre, a la influencia de nuestro tío y a las protecciones del señor de Solís, hemos obtenido para vos una plaza de recaudador de impuestos en Bretaña; está dotada, dicen, con dieciocho a veinte mil francos por año. Nuestro tío ha impuesto la fianza… Aquí tenéis vuestro nombramiento —añadió sacando un documento de su bolso—. Vuestra estancia aquí durante nuestros años de privaciones y de sacrificios sería intolerable. Nuestro padre debe gozar dé una situación

cuando menos igual a la que siempre ha vivido. Yo no os pediré nada de vuestros ingresos; los emplearéis como os parezca bien, únicamente os suplico que penséis que no tenemos ni un ochavo de renta, y que viviremos con lo que Gabriel nos dará de sus ingresos. La villa no sabrá nada de esta vida claustral. Si os quedaseis en casa supondríais un obstáculo para los medios que emplearemos mi hermana y yo para restablecer la holgura. ¿Es abusar de la autoridad que me habéis dado situaros en una posición apta para rehacer vos mismo vuestra fortuna? En algunos años, si lo queréis, seréis recaudador general.

—Así, Margarita —dijo mansamente Baltasar—, me echas de mi casa.

—No merezco un reproche tan duro —respondió la hija reprimiendo los tumultuosos latidos de su corazón—. Volveréis entre nosotros cuando podáis vivir en vuestra villa natal como os merecéis. Además, padre, ¿no tengo vuestra palabra? —añadió fríamente—. Debéis obedecerme. Mi tío se ha quedado para acompañaros a Bretaña, para que no, hagáis solo el viaje.

—¡No iré! —exclamó Baltasar levantándose—. ¡No necesito el socorro de nadie para restablecer mi fortuna y pagar lo que debo a mis hijos!

—Eso será mejor —replicó Margarita sin conmoverse—. Únicamente os rogaré que reflexionéis en nuestra situación respectiva, que voy a explicaros en pocas palabras. Si os quedáis en esta casa, vuestros hijos saldrán, para dejaros amo de ella.

—¡Margarita! —exclamó Baltasar.

—Después —añadió ella sin querer parar mientes en la irritación de su padre—, habrá que informar al ministro de vuestra negativa en el caso de que no aceptéis un puesto lucrativo y honorable que, a pesar de nuestras gestiones y nuestras protecciones, no habríamos obtenido sin algunos billetes de mil francos diestramente puestos por mi tío en el guante de una dama…

—¡Abandonarme!

—O vos nos dejáis o nosotros nos marcharemos —respondió ella—. De ser yo vuestra hija única, imitaría a mi madre, sin murmurar contra la suerte que me creabais. Pero mi hermana y mis dos hermanos no

perecerán de hambre o de desesperación a vuestro lado; lo he prometido a aquella que murió allí —añadió mostrando el lecho de su madre—. Os hemos ocultado nuestros dolores, hemos sufrido en silencio y nuestras fuerzas se han agotado ya. No nos encontramos ahora al borde de un abismo, sino en el mismo fondo, padre… Para salir de él no nos hace falta tan sólo valor, sino que nuestros esfuerzos no estén incesantemente frustrados por los caprichos de una pasión…

—¡Mis queridos hijos! —exclamó Baltasar cogiendo la mano de Margarita—. Yo os ayudaré, yo trabajaré, yo…

—Aquí tenéis los medios —respondió ella tendiéndole el despacho ministerial.

—Pero, ángel mío, el medio que me ofreces para rehacer mi fortuna es demasiado lento. Me haces perder el fruto de diez años de trabajos y las sumas enormes que representa mi laboratorio. Allí —añadió señalando en dirección al desván— están todos nuestros recursos.

Margarita se dirigió hacia la puerta diciendo:

—Padre mío, vos escogeréis.

—¡Ah, hija mía, cuán dura eres! —respondió él sentándose en un sofá y dejando que se fuera.

A la mañana siguiente Margarita supo por Lemulquinier que el señor Claes había salido. El simple anuncio la hizo palidecer, y su gesto fue tan cruelmente significativo que el viejo criado le dijo:

—Estad tranquila, señorita. El señor ha dicho que volvería a las once para comer. No se acostó. A las dos de la madrugada estaba todavía de pie, mirando por las ventanas el tejado del laboratorio. Yo esperaba en la cocina y le veía; él lloraba, tiene mucha pena. Llega ya el mes de julio, durante el cual el sol es capaz de enriquecernos a todos, y vos queréis…

—¡Basta! —dijo secamente Margarita, adivinando los pensamientos que debieran de asaltar a su padre.

Se había, en efecto, realizado en Baltasar ese fenómeno que se apodera de todas las personas sedentarias, dependiendo su vida, por así decirlo, de los lugares con que se había identificado; su pensamiento, enlazado a

su laboratorio y a su casa, los hacía indispensables, como lo es la Bolsa para el jugador que ve en los días feriados días perdidos. Allí estaban sus esperanzas, allí descendía del cielo la única atmósfera en que sus pulmones podían aspirar el aire vital. Esta alianza de los lugares débiles, se vuelve casi titánica entre los científicos y los estudiosos. Para Baltasar, abandonar su casa era renunciar a la ciencia, a su problema: era morir.

Margarita fue presa de una extrema agitación hasta la hora de comer. La escena que había inducido a Baltasar a querer suicidarse le había vuelto a la memoria, y temía un desenlace trágico de la desesperada situación en que su padre se hallaba. Iba y venía por el locutorio, estremeciéndose cada vez que sonaba la campanilla de la puerta. Por fin apareció Baltasar, y, mientras atravesaba el patio, Margarita, que le observó con inquietud, no vio en él más que la expresión de un extremo dolor. Cuando entró en el locutorio, ella se adelantó para darle los buenos días, y él la enlazó afectuosamente por el talle, la apoyó contra su corazón, le besó la frente y le dijo al oído:

—He ido a pedir mi pasaporte.

El timbre de su voz, su resignada mirada y su expresión abrumaron el corazón de la pobre muchacha, quien volvió la cabeza para no dejar ver sus lágrimas, pero no pudiendo reprimirlas, fue al jardín y volvió después de haber llorado hasta desahogarse. Durante la comida Baltasar se mostró alegre, como hombre que había tomado su decisión.

—¿Vamos, pues, a salir para Bretaña, tío? —dijo al señor Conyncks—. Siempre he deseado ver ese país.

—La vida es muy barata allí —respondió el viejo tío.

—¿Nos deja nuestro padre? —exclamó Alicia.

Entraron de Solís y Juan.

—Nos lo dejaréis hoy —dijo Baltasar poniendo a su hijo a su lado—. Me marcho mañana y quiero decirle adiós.

Emmanuel miró a Margarita, quien bajó la cabeza. Fue una jornada sombría, en la que todo el mundo estuvo triste, reprimiendo pensamientos o lágrimas. Aquélla no era una ausencia, sino un destierro. Además, todos

sentían instintivamente lo que de humillante había para un padre al declarar así públicamente sus desastres, aceptando un empleo y abandonando a su familia a la edad de Baltasar. Sólo él fue tan grande como Margarita fue firme, y pareció aceptar noblemente aquella penitencia de las faltas que el arrebato del genio le había hecho cometer. Una vez acabada la velada y quedado solos el padre y la hija, Baltasar, que durante todo el día se había demostrado suave y afectuoso, como lo era durante los buenos días de su vida patriarcal, tendió la mano a Margarita y le dijo con una especie de enternecimiento mezclado de desespero:

—¿Estás contenta de tu padre?

—Sois digno de aquél —respondió Margarita señalando el retrato de Van Claes.

A la mañana siguiente Baltasar, seguido de Lemulquinier, subió a su laboratorio como para despedirse de las esperanzas que había acariciado, y que las operaciones comenzadas le revivían. El amo y el criado se dirigieron una mirada llena de melancolía al entrar en el desván que acaso abandonaban para siempre. Baltasar contempló las máquinas sobre las que había planeado tantos años su pensamiento, cada uno de los cuales estaba ligado al recuerdo de una investigación o de un experimento. Con aire triste ordenó a Lemulquinier que hiciera evaporar los gases y los ácidos peligrosos, y que separase las sustancias que pudieran producir explosiones. Y mientras íntimamente se despedía de todo, profería amargas lamentaciones, como el condenado a muerte antes de subir al cadalso.

—He aquí, sin embargo —dijo deteniéndose ante una cápsula en la cual se sumergían los dos hilos de una pila de Volta—, un experimento cuyo resultado debiera esperarse. De haber tenido éxito, ¡espantoso pensamiento!, mis hijos no expulsarían de su casa a un padre que les echaría diamantes a los pies… He aquí una combinación de carbono y de azufre —añadió hablándose a sí mismo— en que el carbono desempeña el papel de cuerpo electropositivo; la cristalización debe comenzar en el polo negativo, y, en el caso de descomposición, el carbono terminaría cristalizado…

—¿Se haría así? —le preguntó Lemulquinier, mirando con admiración a su amo.

—Ahora bien —prosiguió Baltasar tras una pausa—, la combinación está sometida a la influencia de esta pila que puede obrar…

—Si el señor quiere, voy a aumentar su efecto…

—No, no; hay que dejarla como está. El reposo y el tiempo son composiciones esenciales para la cristalización…

—¡Caramba!, pues sí que requiere tiempo esa cristalización —exclamó el ayuda de cámara.

—Si la temperatura baja, el sulfuro de carbono se cristalizará —dijo Baltasar, expresando a jirones los precisos pensamientos de una meditación completa en su entendimiento—; pero si la acción de la pila opera en ciertas condiciones que ignoro… Sería preciso vigilar, es… es posible… ¿Pero en qué pienso? No se trata ya de más química, amigo mío; tenemos que ir a regentar una oficina de impuestos en Bretaña…

Claes salió precipitadamente y descendió para hacer una última comida en familia, a la que asistieron Pierquin y de Solís. Baltasar, presuroso por acabar con su agonía científica, se despidió de sus hijos y subió al coche con el tío; toda la familia le acompañó hasta la puerta. Allí, cuando Margarita abrazó a su padre por última vez y como con desespero, él respondió diciéndole al oído: «Eres una buena hija y no te guardaré nunca rencor»; Margarita atravesó el patio, entró en el locutorio, arrodillándose en el sitio donde murió su madre y rezó ardientemente a Dios, suplicándole que le concediese la fuerza para realizar las duras tareas de su nueva vida. Sentíase ya fortalecida por una voz interior que le había vertido en el corazón las loas de los ángeles y el agradecimiento de su madre, cuando entraron en el locutorio su hermana, su hermano, Emmanuel y Pierquin, quienes habían estado contemplando la calesa de viaje hasta perderla de vista.

—¿Y qué vais a hacer ahora, señorita? —le dijo Pierquin.

—Salvar la casa —respondió ella con sencillez—. Poseemos unos cientos de hectáreas de terreno en Waignies. Mi intención es desbrozarlas, dividirlas en tres granjas, construir los edificios necesarios para su explotación y alquilarlos; así, creo que en algunos años y con mucha economía y paciencia, cada uno de nosotros —dijo señalando a su hermana y a su hermano— poseerá una espaciosa granja que podrá valer

un día casi quince mil francos de renta. Mi hermano Gabriel conservará esta casa, que está inscrita a su nombre. Y un día u otro entregaremos a nuestro padre su fortuna liberada de toda obligación, consagrando nuestros ingresos a la liquidación de sus deudas.

—Pero, querida prima —opuso el notario, estupefacto por aquella exégesis de los negocios con la fría razón de Margarita—, os harán falta más de doscientos mil francos para desbrozar los terrenos, construir las granjas y comprar ganado… ¿De dónde vais a sacar esa suma?

—Ahí empiezan mis dificultades —respondió ella mirando alternativamente al notario y a de Solís—. No me atrevo a pedírsela a mi tío, quien ya ha aportado la fianza de mi padre.

—Pero tenéis amigos —exclamó Pierquin, viendo de pronto que las señoritas Claes «serían aún muchachas de quinientos mil francos».

Emmanel de Solís miró a Margarita con ternura, pero, desgraciadamente para él, Pierquin siguió siendo notario en medio de su entusiasmo, y prosiguió así:

—Yo os ofrezco esos doscientos mil francos.

Emmanuel y Margarita se consultaron con una mirada que fue un rayo de luz para Pierquin. Felicia enrojeció intensamente, a tal punto se sentía dichosa al ver a su primo tan generoso como lo deseaba ella. Miró a su hermana, quien de pronto adivinó que durante su ausencia la pobre muchacha se había dejado prender por algunas triviales galanterías de Pierquin.

—No me pagaréis más que un cinco por ciento de interés —añadió—. Me reembolsaréis como queráis, y me daréis una hipoteca sobre vuestros terrenos. Pero quedad tranquila, pues no habréis de pagar sino los gastos de vuestros contratos, ya que os hallaré buenos granjeros y llevaré vuestros asuntos gratuitamente, a fin de ayudaros como buen pariente.

Emmanuel hizo una seña a Margarita invitándola a rehusar, pero ella estaba demasiado ocupada en estudiar los cambios que expresaba el rostro de su hermana, y no se dio cuenta. Tras una pausa, miró al notario con aire irónico y le dijo, con gran alegría de Solís.

—Sois un magnífico pariente, y no esperaba menos de vos, pero el interés del cinco por ciento retrasaría demasiado nuestra liberación; esperaré la mayoría de edad de mi hermano y venderemos sus rentas.

Pierquin se mordió los labios; Emmanuel sonrió suavemente.

—Felicia querida, acompaña a Juan al colegio, con Marta… Juan, ángel mío, sé juicioso, no rompas la ropa, pues no somos lo bastante ricos para renovártela con tanta frecuencia como hacíamos. Anda, ve, pequeño, y estudia mucho.

Felicia salió con su hermano.

—Primo —dijo Margarita a Pierquin—, y vos, señor —dijo a de Solís—, ¿sin duda habéis venido a ver a mi padre durante mi ausencia? Os agradezco esa prueba de amistad. No haréis sin duda menos por dos pobres muchachas que van a tener necesidad de consejos. Entendámonos al respecto… Cuando esté yo en la ciudad, os recibiré siempre con el mayor placer; pero cuando Felicia se encuentre aquí sola con Josette y Marta, no tengo necesidad de deciros que ella no debe ver a nadie, aunque fuese un antiguo amigo y el más afecto de nuestros parientes. En las circunstancias en que nos hallamos, nuestra conducta debe ser de una irreprochable severidad. Durante mucho tiempo sólo nos dedicaremos al trabajo y a la soledad.

Reinó el silencio durante algunos momentos. Emmanuel, absorto en la contemplación de la cabeza de Margarita, parecía mudo; Pierquin no sabía qué decir. El notario se despidió de su prima, rabioso contra sí mismo. Había adivinado de pronto que Margarita quería a Emmanuel, y que él acababa de comportarse como un verdadero necio.

—Vaya, Pierquin, amigo mío —se dijo apostrofándose a sí mismo en la calle—, cualquiera que te dijese que eres un perfecto animal tendría razón. ¡Seré imbécil! Dispongo de doce mil libras de renta, aparte de mi cargo, sin contar la sucesión de mi tío Des Raquets, cuyo único heredero soy yo, y que duplicará mi fortuna un día u otro (en fin, no le deseo la muerte, pues es ahorrador), y cometo la infamia de pedir intereses a la señorita Claes… Estoy seguro que los dos se burlan ahora de mí. No debo pensar ya más en Margarita. Después de todo, Felicia es una criatura dulce y buena que me conviene más. Margarita tiene un carácter de hierro, querría dominarme, y me dominaría… Ea, mostrémonos generosos, no seamos

tan notario…; no puedo sacudirme ese arnés… ¡Por vida de…! Me voy a dedicar a amar a Felicia, y no me saldré ni un punto de ese sentimiento. Pero… Ella tendrá una granja de doscientas hectáreas, que en un tiempo dado valdrá entre quince y veinte mil libras de renta, pues los terrenos de Waignies son buenos. En cuanto mi tío Des Raquets muera, ¡pobre hombre!, venderé mi estudio, y soy un hombre de cin-cuen-ta-mil-li-bras-de-ren-ta. Mi mujer es una Claes y estoy emparentado con casas considerables. ¡Diablos, ahora veremos si los Courteville, los Magalhens y los Savaron de Savarus rehúsan venir a casa de un Pierquin-Claes-Molina-Nourho! Seré alcalde de Douai, tendré cruz de la Legión de Honor, puedo ser diputado, llegaré a todo… Vamos, Pierquin, muchacho, sigue en tus trece, no hagas tonterías, te doy mi palabra de honor de que Felicia…, la señorita Felicia Van Claes te ama…

En cuanto los dos enamorados quedaron solos, Emmanuel tendió una mano a Margarita, quien no evitó su impulso de tenderle la suya. Los dos se levantaron con unánime movimiento y se dirigieron hacia su banco del jardín; pero ya en medio del locutorio, el enamorado no pudo refrenar su júbilo y con voz que la emoción hacía temblar, le dijo a Margarita:

—Tengo trescientos mil francos para vos…

—¡Cómo! —exclamó ella— ¿Es que mi pobre madre aún os habría confiado…? No… ¿Qué?

—¡Oh mi Margarita! Lo que es mío ¿no es también vuestro? ¿No sois vos quien por primera ha dicho *nosotros*?

—¡Querido Emmanuel! —dijo ella apretando la mano que tenía aún en la suya.

Y en vez de ir al jardín se dejó caer en un sillón.

—¿No soy yo quien debe agradecéroslo —dijo él con amorosa voz—, puesto que aceptáis?

—Este momento, mi querido amado —dijo ella—, borra muchos dolores y aproxima un dichoso futuro. Sí, acepto tu fortuna —añadió dejando vagar por sus labios una sonrisa de ángel—, pues conozco el medio de hacerla mía.

Contempló el retrato de Van Claes como para tener un testigo. El joven, que seguía las miradas de Margarita, no la vio que se quitaba del dedo un anillo, y sólo se percató del gesto cuando le oyó estas palabras:

—En medio de nuestras profundas miserias surge una felicidad. Mi padre me deja, por negligencia, la libre disposición de mí misma —dijo ella tendiéndole el anillo—. ¡Tómalo, Emmanuel! Mi madre te quería; ella te habría elegido.

Las lágrimas afluyeron a los ojos de Emmanuel, quien palideció, cayó de rodillas y le dijo a Margarita, dándole un anillo que él llevaba siempre.

—Esta es la alianza de mi madre, Margarita mía —y besando el anillo prosiguió—: ¿no tendré otra prenda que ésta?

Ella se inclinó presentando su frente a los labios de Emmanuel.

—Mi pobre amado… ¿No hacemos algo malo? —dijo emocionada—. Tendremos que esperar mucho tiempo.

—Mi tío decía que la adoración era el pan cotidiano de de la paciencia, hablando del cristiano que ama a Dios; yo puedo amarte así: desde hace tiempo te veo como unida al Señor de todas las cosas; soy tuyo, como soy de Él.

Durante algunos momentos permanecieron embelesados en el más dulce arrobo. Fue la sincera y serena efusión de un sentimiento que, semejante a un manantial demasiado lleno, se desbordaba en pequeñas e incesantes oleadas. Los acontecimientos que separaban a estos dos enamorados eran un motivo de melancolía que hizo más intensa su dicha, imprimiéndole un sentimiento agudo como el dolor. Felicia volvió demasiado pronto para ellos. Emmanuel, inspirado por el delicado tacto que lo hace adivinar todo en amor, dejó a las dos hermanas solas después de cambiar con Margarita una mirada en la que ella pudo ver lo que le costaba aquella discreción, pues expresaba hasta qué extremo anhelaba aquella dicha tanto tiempo añorada, y que acababa de ser consagrada por los esponsales del corazón.

—Ven aquí, pequeña —dijo Margarita acariciando a Felicia.

Luego, en el jardín, las dos se sentaron en el banco al que cada

generación confió sus palabras de amor, sus dolorosos suspiros, sus meditaciones y su proyectos. A pesar del tono alegre y de la tierna sonrisa de su hermana, Felicia sentía una emoción que se parecía al miedo. Margarita le cogió la mano y notó que le temblaba.

—Señorita Alicia —dijo la mayor al oído de su hermana—, yo leo en tu alma. Pierquin ha venido a menudo durante mi ausencia; ha venido todas las tardes y te ha dicho dulces palabras, y tú las has escuchado…

Felicia enrojeció.

—No te disculpes, ángel mío —prosiguió Margarita—; es tan natural el amar… Quizá tu bella alma cambiará un poco la naturaleza de tu primo; es egoísta, interesado, pero es un hombre honesto y sin duda sus defectos pueden hacerte feliz. Te querrá como a la más hermosa de sus propiedades, serás una parte de sus negocios. Perdóname estas palabras, querida amiga. Tú le corregirás de los malos hábitos que ha contraído al no ver en todas partes sino intereses, enseñándole los negocios del corazón.

Felicia no pudo sino abrazar a su hermana.

—Por lo demás —prosiguió Margarita—, posee fortuna. Su familia es de la más antigua y elevada burguesía. ¿Pero sería yo quien me opondría a tu felicidad, si tú quieres encontrarla en una condición mediocre?

Felicia dejó escapar estas palabras:

—Querida hermana…

—¡Oh, sí; puedes confiarte a mí! —exclamó Margarita—. ¿Qué más natural que decirnos nuestros secretos?

Estas palabras llenas de afecto determinaron uno de esos deliciosos diálogos en que las jóvenes se lo dicen todo. Cuando Margarita, a quien el amor había dado ya una experiencia, reconoció el estado del corazón de Felicia, acabó diciéndole:

—Bueno, mi querida niña, asegurémonos de que el primo te quiere de verdad, y entonces…

—Deja que yo resuelva —respondió Felicia riendo—. Tengo mis modelos.

—¡Loca! —dijo Margarita besándola en la frente.

Aunque Pierquin perteneciese a esa clase de hombres que ven en el matrimonio obligaciones, la ejecución de las leyes sociales y un modo para la transmisión de las propiedades; a pesar de que le fuese indiferente casarse con Felicia o con Margarita, si una y otra tenían el mismo apellido y la misma dote, se percató de que las dos eran, según una de sus expresiones, «románticas y sentimentales», dos adjetivos que las gentes sin corazón emplean para burlarse de los dones que la naturaleza siembra con mano parsimoniosa a través de los surcos de la humanidad; el notario se dijo sin duda que había que bailar al son que tocasen, y al día siguiente fue a ver a Margarita, la llevó misteriosamente al jardinillo y se puso a hablar de sentimiento, pues era una de las cláusulas del contrato primitivo que debía preceder, en las leyes del mundo, al contrato notarial.

—Querida prima —le dijo—, no hemos sido siempre de la misma opinión sobre los medios que se debían adoptar para llegar a la feliz conclusión de vuestros asuntos; pero reconoceréis que siempre me ha guiado el mayor deseo de seros útil. Pues bien, ayer eché por los suelos mi ofrecimiento por un hábito fatal que nos da el *espíritu notario*; ¿comprendéis…? Mi corazón no era cómplice de mi necesidad. Yo os he querido mucho; pero nosotros tenemos cierta perspicacia, y me he dado cuenta de que no os gustaba. La culpa es mía…; otro habría sido más hábil que yo. Pues bien, vengo a confesaros, «lealísimamente», que siento un verdadero amor por vuestra hermana Felicia. Tratadme, pues, como a un hermano; tomad cuanto queráis de mi bolsa…; cuanto más toméis, más amistad me demostraréis. Yo soy por entero vuestro, «sin interés»; ¿me comprendéis? Ni al doce ni al cuatro por ciento. Sólo deseo que me veáis digno de Felicia, y me haréis feliz. Perdonadme mis defectos, pues son la consecuencia de mi entrega a mis negocios; el corazón es bueno, y antes me lanzaría al Escarpa que no hacer feliz a mi mujer.

—Eso está muy bien —dijo Margarita—, pero mi hermana depende de ella y de nuestro padre.

—Lo sé, mi querida prima —replicó el notario—, pero vos sois la madre de toda la familia, «y mi corazón sólo quiere que seáis juez del mío».

Ese disparate expresivo retrata mejor que nada el espíritu del honrado notario. Tiempo después Pierquin se hizo célebre por su respuesta al

comandante del campamento de Saint-Omer, quien habiéndole invitado a asistir a una fiesta militar, recibió su respuesta redactada así: «El señor Pierquin-Claes de Molina-Nourho, alcalde de la villa de Douai, caballero de la Legión de Honor, tendré “el de” asistir…».

Margarita aceptó la ayuda del notario, pero sólo en lo que se relacionaba con su profesión, a fin de no comprometer en nada su dignidad de mujer ni el porvenir de su hermana ni las determinaciones de su padre. El mismo día resolvió que su hermana quedase bajo la custodia de Josette y de Marta, quienes se consagraron en cuerpo y alma a su joven ama, secundando sus planes de economía. Margarita salió en seguida para Waignies, donde empezó sus operaciones, hábilmente dirigidas por Pierquin. Una fiel dedicación se grabó en el espíritu del notario como una especulación excelente; sus atenciones, sus molestias, fueron en cierto modo una colocación de fondos que no quiso economizar. De momento trató de evitarle a Margarita el engorro de hacer desbrozar y labrar los terrenos destinados a las granjas. Llamó a tres jóvenes hijos de granjeros ricos que deseaban establecerse, los sedujo con la perspectiva que les ofrecía la excelencia de aquellos terrenos, y consiguió que cogiesen en arriendo las tres granjas que se iban a construir. Mediante la cesión del precio de la granja durante tres años, los granjeros se comprometieron a pagar por su arriendo diez mil francos el cuarto año, doce mil el sexto y quince mil durante el resto del contrato; abrirían las zanjas, realizarían las plantaciones y comprarían el ganado. Mientras se construían las granjas, los granjeros se dedicaron a desbrozar las tierras. Cuatro años después de la marcha de Baltasar, Margarita había casi restablecido la fortuna de su hermano y su hermana. Doscientos mil francos bastaron para todas las construcciones. No le faltaron ni apoyos ni consejos a la valerosa muchacha cuya tenacidad era la admiración de la gente. Margarita vigiló las edificaciones, la ejecución de los tratos y arriendos con el buen sentido, la actividad y la constancia que saben desplegar las mujeres cuando las impulsa un gran sentimiento. Desde el quinto año pudo destinar treinta mil francos del ingreso que producían las granjas, las rentas de su hermano y el producto de los bienes paternales, a la cancelación de los capitales hipotecados y a la reparación de los estragos que la pasión de Baltasar había causado en su casa. La amortización debía, pues, coincidir rápidamente con la disminución de los intereses. Emmanuel de Solís ofreció entonces a Margarita los cien mil francos que le quedaban de la herencia de su tío y que ella no había empleado, añadiendo veinte mil francos de sus economías, por lo que, desde el tercer año de su gestión,

consiguió reducir una parte bastante considerable de sus deudas. Esa vida de valor, de privaciones y de sacrificio persistió durante cinco años, y todo, desde entonces y bajo la administración y la influencia de Margarita, fue mejorando día a día.

Convertido en ingeniero de puentes y caminos, Gabriel, con la ayuda de su tío abuelo, hizo una rápida fortuna en la empresa de un canal que construyó, y conquistó a su prima la señorita Conyncks, adorada por su padre y una de las más ricas herederas de los dos Flandes. En el año 1824 los bienes de los Claes quedaban liberados, y la casa de la calle de París había reparado sus pérdidas. Pierquin pidió oficialmente la mano de Felicia a Baltasar, igualmente que de Solís pidió la de Margarita.

A comienzos del mes de enero del 1825 Margarita y el señor Conyncks fueron a buscar al padre desterrado, cuyo regreso deseaban todos y quien presentó su dimisión para no separarse ya de su familia, cuya felicidad iba a recibir su sanción. En ausencia de Margarita, que a mentido había expresado su pesar por no poder reemplazar los cuadros de la galería y de los aposentos de recepción, para el día en que volviese a su casa, Pierquin y de Solís tramaron con Felicia prepararle a Margarita una sorpresa que haría en cierto modo que la hermana menor tuviese su parte en la restauración de la casa Claes. Los dos habían comprado para Felicia varios hermosos cuadros que completarían la decoración de la galería. El señor Conyncks tuvo la misma idea. Queriendo testimoniar a Margarita la satisfacción que le producía su noble conducta y su fidelidad en cumplir el mandato de su madre, había tomado sus medidas para que se trajesen unas cincuenta de sus más importantes telas y algunos de los cuadros que en otro tiempo vendió Baltasar, con lo cual la galería Claes recobró totalmente su categoría. Margarita había ido varias veces a ver a su padre, acompañada de su hermana o de Juan, pero después de su última visita la vejez de Baltasar aparecía con alarmantes síntomas, a cuya gravedad contribuía sin duda la vida de privaciones que se había impuesto para poder emplear la mayor parte de sus emolumentos en experiencias que defraudaban siempre sus esperanzas. Aunque no tuviese más de sesenta y cinco años, su aspecto era el de un octogenario. Los ojos se le habían hundido en las órbitas, tenía blancas las cejas y sólo algunos cabellos le crecían en la nuca; se dejaba crecer la barba, cortándosela con las tijeras cuando era demasiado larga; además de encorvado como viejo campesino, iba miserablemente vestido, lo que aún lo hacía más repelente. Aunque un vigoroso pensamiento hirviese en aquel rostro cuyas

facciones desaparecían bajo sus arrugas, la fijeza de la mirada, un gesto desesperado y una constante inquietud hacían pensar en una posible demencia, cuando no en todas las demencias juntas. Lo mismo le acudía una esperanza que le daba a Baltasar la expresión de un monomaniaco, como la impaciencia por no descubrir un secreto que se le presentaba como un fuego fatuo le imprimía los síntomas del furor; luego una estridente carcajada revelaba su locura, pero la mayor parte del tiempo era el más completo abatimiento lo que resumía todas las facetas de su pasión por la fría melancolía del idiota. Por fugaces e imperceptibles que fuesen esas expresiones para los extraños, eran desgraciadamente bien sensibles para los que conocían a un Claes sublime de bondad, con gran corazón, con bello rostro, y del que sólo quedaban escasos vestigios. Envejecido, fatigado como su amo por trabajos constantes, Lemulquinier no había, sin embargo, tenido que sufrir como él los afanosos esfuerzos del pensamiento, por lo que su fisonomía ofrecía una singular mezcla de inquietud y de admiración por su amo, sobre la que era fácil equivocarse, pues aunque oyese la menor palabra de su señor con respeto, que siguiera sus menores movimientos con una especie de ternura, cuidaba de él como una madre de su hijo, y, a menudo, hasta parecía que sólo pensase en protegerle; y en verdad le protegía respecto a las vulgares necesidades de la vida, en las que Baltasar no pensaba nunca. Estos dos viejos, esclavos de una misma obsesión, confiados en la realidad de su esperanza, agitados por el mismo soplo, representando uno la cobertura y el otro el alma de la existencia común, eran un espectáculo horrible y conmovedor a la vez. Cuando llegaron Margarita y Conyncks, encontraron a Claes en un albergue; su sucesor no se hizo esperar y había ya tomado posesión del cargo.

A través de las preocupaciones de la ciencia, agitaba a Baltasar el deseo de volver a ver su patria, su casa y su familia; la carta de su hija le había anunciado faustos acontecimientos; él pensaba coronar su carrera con una serie de experiencias que, al fin, debían llevarle al descubrimiento de su problema, por lo que esperaba a Margarita con la mayor impaciencia. La muchacha se echó en brazos de su padre llorando de alegría. Esta vez ella venía a buscar la recompensa de una vida dolorosa y el perdón de su rigor doméstico. Sentíase delincuente a la manera de los grandes hombres que violan las libertades para salvar a la patria. Pero al contemplar a su padre, se estremeció, reconociendo los cambios que desde su última visita se habían operado en él. Conyncks compartió el secreto temor de su sobrina, e insistió en trasladar a Douai a su primo lo más pronto posible,

pues la influencia del terruño podría devolverle la razón y también la salud, mediante la vida apacible y feliz del hogar doméstico.

Después de las primeras efusiones del corazón, más exaltado en Baltasar de lo que Margarita había esperado, tuvo para ella singulares atenciones; demostró su pesar por recibirla en la pobre habitación de un hospedaje, se in formó sobre sus gustos, le preguntó qué prefería para las comidas con la solicitud de un amante y actuó del mismo modo que un culpable que quiere congraciarse con su juez. Margarita conocía tan bien a su padre, que adivinó el motivo de aquella ternura, suponiendo que podía tener en la ciudad algunas deudas que quería abonar antes de irse. Observó a su padre, y entonces vio el corazón humano al desnudo. Baltasar se había empequeñecido. El sentimiento de su decadencia y el aislamiento en que le situaba la ciencia le habían hecho tímido e infantil en todos los asuntos ajenos a sus ocupaciones favoritas. Su hija mayor le imponía; el recuerdo de su abnegación pasada, de la fuerza que ella había desplegado, la conciencia del poder que él le había dejado tomar, la fortuna de que disponía y los indefinibles sentimientos que se habían apoderado de él desde el día en que abdicó de su paternidad ya comprometida, habían sin duda elevado de día en día a la muchacha. Conyncks parecía que no fuese nadie a los ojos de Baltasar; él no veía más que a su hija y sólo pensaba en ella, pareciendo que la temiese como ciertos maridos débiles temen a la mujer superior que los ha subyugado; cuando la miraba, Margarita sorprendía en sus ojos una expresión de temor, parecida a la de un niño que se sabe culpable. La noble muchacha no sabía cómo conciliar la majestuosa y terrible expresión, de aquel cráneo devastado por la ciencia y los trabajos con la sonrisa pueril, con el cándido servilismo que expresaban en los labios y el rostro de Baltasar. Se sintió herida ante el contraste que había en aquella grandeza y aquella pequeñez, y se prometió emplear su influencia para que recobrase su padre la antigua dignidad para el día solemne en que iba a reaparecer ante su familia. Sin esperarlo él, aprovechó un momento en que estuvieron solos para decirle al oído:

—¿Debéis algo aquí?

Baltasar enrojeció, y respondió con embarazo:

—No sé, pero Lemulquinier te lo dirá. Ese buen hombre está más al corriente de mis asuntos que yo mismo.

Margarita llamó al ayuda de cámara, y cuando acudió examinó casi involuntariamente la fisonomía de los dos viejos.

—¿Desea algo el señor? —preguntó Lemulquinier.

Margarita, que era todo orgullo y nobleza, sintió como si le faltase el aire al ver, por el tono y la actitud del criado, que se había llegado a cierta improcedente familiaridad entre su padre y el compañero de sus trabajos.

—¿Entonces, mi padre no puede sacar sin vos la cuenta de lo que debe aquí? —preguntó Margarita.

—El señor —respondió Lemulquinier— debe…

Al oír estas palabras, Baltasar le hizo a su criado un signo de inteligencia que Margarita sorprendió y que la indignó.

—¡Dime cuánto debe mi padre! —ordenó al criado.

—El señor debe un millar de escudos al boticario que nos ha servido potasas cáusticas, plomo, zinc y reactivos.

—¿Nada más?

Baltasar repitió un signo afirmativo a Lemulquinier, quien, dominado por su amo, respondió:

—Nada más, señorita.

—Bien —dijo ella—, yo se los daré.

Baltasar abrazó jubilosamente a su hija diciéndole:

—Eres un ángel para mí, hija mía.

Y respiró a sus anchas, mirándola con ojos menos tristes; pero a pesar de aquella alegría, Margarita advirtió fácilmente en su rostro las muestras de una profunda inquietud, y juzgó que aquellos mil escudos sólo significaban las deudas menudas del laboratorio.

—Sed franco, padre —dijo sentándose en sus rodillas—; ¿debéis aún algo? Confesadlo todo, volved a vuestra casa sin llevar ninguna inquietud en medio de la alegría general.

—Mi querida Margarita —respondió él tomándole las manos y besándoselas con una gracia que parecía un recuerdo de su juventud—, ¿me reñirás?

—No —dijo ella.

—¿De verdad? —dijo él con infantil júbilo—. ¿Puedo, pues, decírtelo todo?, ¿pagarás?

—Sí —respondió ella reprimiendo las lágrimas que le afluían a los ojos.

—Pues bien, debo… ¡oh, no me atrevo!

—¡Pero decidlo ya, padre mío!

—Es considerable —respondió él.

Ella unió las manos con movimiento de desespero.

—Debo treinta mil francos a Protez y Chiffreville.

—Treinta mil francos —dijo ella— son mis economías, pero tengo el mayor placer en ofrecéroslos —añadió besándole la frente con respeto.

Levantose él, y cogiendo a su hija en brazos, fue dando vueltas por la habitación como si jugase con una niña; luego la volvió a dejar en el sofá exclamando:

—¡Mi querida hija; eres un tesoro de amor! Yo no vivía. Los Chiffreville me han escrito tres cartas amenazadoras y querían llevarme al juzgado, a mí, que les he hecho ganar una fortuna…

—Padre —dijo tristemente Margarita—, ¿seguís, pues, buscando?

—¡Siempre! —respondió él con una sonrisa de loco—. Y lo hallaré, vaya que sí… ¡Si supieses dónde estamos!

—¿Quienes…?

—Hablo de Lemulquinier; ha acabado por comprenderme y me ayuda mucho… Pobre hombre; ¡me es tan fiel!

Conyncks interrumpió la conversación entrando. Margarita hizo una seña a su padre para que se callara, para que se rebajase a los ojos de su tío. Estaba angustiada por los estragos que la preocupación había causado en aquella gran inteligencia, absorbida en la búsqueda de un problema quizá insoluble. Baltasar, que no veía más allá de sus hornos, no se percataba siquiera de la dilapidación de su fortuna.

Al otro día salieron todos para Flandes. El viaje fue lo bastante largo como para que Margarita pudiese comprender confusamente la situación en que se encontraban su padre y Lemulquinier. El criado tenía sobre el amo ese ascendiente que saben tomar sobre los más grandes espíritus las gentes sin educación que se sienten necesarias y que, de concesión en concesión, saben llegar al dominio con la persistencia de una idea fija. ¿O acaso el amo había contraído por su criado esa especie de afecto que nace de la costumbre, semejante a la que el obrero tiene por su herramienta y el árabe por su corcel liberador? Margarita espió algunos hechos para decidirse sobre si era real aquel humillante yugo, proponiéndose libertar a Baltasar. Luego se detuvo varios días en París con objeto de liquidar las deudas de su padre, a la vez que rogó a los fabricantes de productos químicos que no enviasen nada a Douai sin antes prevenirla de los pedidos que les hiciese Claes. Consiguió que su padre se cambiase de ropa y que recobrase sus antiguas costumbres, vistiéndose y comportándose como era de ley en un hombre de su clase. Esta restauración corporal devolvió a Baltasar una especie de dignidad física que fue de buen augurio para un cambio de ideas. Pronto, su hija, feliz de antemano por todas las sorpresas que esperaban a su padre en su propia casa, decidió la salida para Douai.

Tres leguas antes de llegar a la villa, Baltasar vio a su hija Felicia a caballo, escoltada por los dos hermanos, por Emmanuel, por Pierquin y por los íntimos amigos de las tres familias. El viaje había necesariamente distraído al químico de sus habituales pensamientos, y la vista de Flandes había obrado en su corazón; así, cuando percibió el jubiloso cortejo que formaba su familia y sus amistades, experimentó emociones tan vivas que los ojos se le humedecieron, le tembló la voz, enrojeció y abrazó tan apasionadamente a sus hijos sin poderse desprender de ellos que los espectadores de la escena no pudieron refrenar su emoción. Cuando volvió a ver su casa, palideció, saltó del coche con la agilidad de un joven, respiró con deleite el aire del patio y contempló los menores detalles con un placer que le desbordaba, dando la sensación de que estaba

rejuveneciendo. Luego, al entrar en el locutorio, lloró; lloró al ver la exactitud con que su hija había reproducido sus antiguos candelabros de plata vendidos, comprendiendo que los desastres estaban totalmente reparados. Una espléndida comida había servida en el comedor, cuyos aparadores estaban llenos de curiosidades y de una platería cuyo valor era semejante al de las piezas que en otro tiempo había en sus estantes. Aunque aquella comida en familia duró varias horas, apenas hubo tiempo para los relatos que Baltasar les pedía a cada uno de sus hijos. La conmoción infundida a su moral por el retorno hizo que se identificase con la felicidad de su familia y se sintiese otro padre y jefe de aquel hogar. Sus maneras adquirieron su antigua nobleza. Desde el primer momento se entregó por entero al goce de la posesión, sin reflexionar en los esfuerzos que habría costado recuperar todo lo que él había perdido. Su goce fue, pues, pleno y total. Terminada la comida, los cuatro hijos, el padre y el notario Pierquin pasaron al locutorio, donde Baltasar vio no sin inquietud documentos sellados que un pasante había puesto sobre una mesa, ante la cual estaba como para atender a su dueño. Sentáronse los hijos, y Baltasar, asombrado, permaneció de pie ante la chimenea.

—Esto —dijo Pierquien— es la gestión de tutela que rinde el señor Claes a sus hijos. No es sin duda muy divertida —añadió riendo a la manera de los notarios, quienes generalmente adoptan un tono festivo para tratar de los asuntos más serios—, pero es absolutamente preciso que lo escuchéis.

Aunque las circunstancias justificasen sus palabras, Claes, a quien su conciencia recordaba el pasado de su vida, las consideró como un reproche y frunció el entrecejo. El pasante comenzó la lectura. El asombro de Baltasar fue aumentando a medida que avanzaba. Se consideraba en el documento que la fortuna de su mujer ascendía, en el momento de su muerte, a un millón seiscientos mil francos, y la conclusión de esta rendición de cuentas proporcionaba claramente a cada uno de sus hijos una parte entera, como la habría podido administrar un buen y escrupuloso padre de familia. De ello resultaba que la casa estaba libre de toda hipoteca, que Baltasar estaba en su casa, y que sus bienes rústicos quedaban igualmente liberados. Una vez firmadas las distintas actas, Pierquien presentó los recibos de las sumas tomadas a préstamo en otro tiempo, y los desembargos de las propiedades. En este momento Baltasar, que recuperaba a la vez el honor de hombre, la vida del padre y la consideración ciudadana, se desplomó sobre un sofá; buscó con la mirada a Margarita, quien, por una de esas sublimes delicadezas de mujer, se

había ausentado durante la lectura, para ver si se habían cumplido sus instrucciones para la fiesta. Todos los miembros de la familia comprendieron el pensamiento del viejo en el momento en que sus ojos débilmente húmedos requerían a su hija, a la que todos veían entonces, con los ojos del alma, como un ángel de fuerza y de luz. Gabriel fue a buscarla. Al oír los pasos de su hija, Baltasar corrió a estrecharla en sus brazos.

—Padre mío —le dijo ella al pie de la escalera donde el la abrazó—, os lo suplico, no disminuyáis en nada vuestra santa autoridad. Agradecedme, ante toda la familia, el haber cumplido bien vuestras intenciones, y sed así el único autor del bien que aquí ha podido hacerse.

Baltasar alzó los ojos al cielo, miró luego a su hija, cruzose de brazos, y, tras una pausa en la cual su rostro volvió a adquirir una expresión que sus hijos no le habían visto desde hacía diez años, dijo:

—¡Por qué no estarás aquí, Pepita, para admirar a nuestra hija!

Y abrazando nuevamente con fuerza a Margarita, y sin poder pronunciar una palabra más, volvió a entrar en el locutorio.

—Hijos míos —dijo con la noble actitud que en otros tiempos hacía de él un hombre de los más importantes—, todos debemos agradecimiento y reconocimiento a mi hija Margarita por la cordura, el acierto y el valor con que ha realizado mis intenciones y ejecutado mis planes cuando, absorbido yo por mis trabajos, le entregué las riendas de nuestra administración doméstica.

—Bien, ahora vamos a proceder a la lectura de los contratos de casamiento —dijo Pierquin consultando la hora—. Pero esos procedimientos no me conciernen, puesto que la ley me impide actuar por mis parientes y por mí. Por lo tanto, el señor Raparlier, el tío, se encargará de ello.

En este momento fueron llegando sucesivamente las amistades de la familia invitadas a la cena que se daba para celebrar el regreso de Claes y la firma de los contratos matrimoniales, mientras que los servidores traían los regalos de boda. La asamblea aumentó rápidamente y fue muy considerable por la calidad de los concurrentes y la magnificencia de los vestidos. Las tres familias que se unían para la felicidad de sus hijos

rivalizaban en esplendor. En un instante el locutorio se llenó con los espléndidos presentes ofrecidos a los futuros contrayentes. El oro centelleaba. Los tejidos desplegados, los chales de ca chemira, los collares y los aderezos provocaban la mayor alegría en los que los ofrecían y en los que los recibían y ese júbilo casi infantil se retrataba tan bien en todos los rostros que el valor de los magníficos regalos lo olvidaban los indiferentes, con demasiada frecuencia ocupados en hacer cálculos. Comenzó luego la ceremonia tradicional en la familia Claes para estas solemnidades. Únicamente el padre y la madre podían estar sentados, permaneciendo entre ellos en pie y a distancia los asistentes. A la izquierda del locutorio y al lado del jardín se situaron Gabriel Claes y la señorita Conyncks, al lado de los cuales se colocaron de Solís y Margarita, y su hermana y Pierquin. A algunos pasos de estas tres parejas, Baltasar y Conyncks, los únicos de la asamblea que podían sentarse, haciéndolo cada uno en un sofá, al lado del notario que reemplazaba a Pierquin. Juan estaba en pie detrás de su padre. Unas veinte mujeres elegantemente ataviadas y algunos hombres, todos elegidos entre los más próximos parientes de los Pierquin, de los Conyncks y de los Claes; luego el alcalde de Douai, que debía casar a los prometidos; los doce testigos tomados entre las más íntimas amistades de las tres familias, estando con ellos el primer presidente de la Audiencia Real, y todos, hasta el cura párroco de San Pedro, permanecieron en pie, formando del lado del patio un gran círculo. Este homenaje rendido por toda la reunión a la paternidad, que en aquel instante irradiaba una majestad regia, imprimía a la escena un color antiguo. Fue el único momento durante el cual, desde hacía dieciséis años, Baltasar olvidó la búsqueda del absoluto. Raparlier, el notario, preguntó a Margarita y a su hermana si habían llegado todas las personas invitadas a la firma y a la cena que debía seguir, y, a su respuesta afirmativa, volvió para tomar el contrato de matrimonio de Margarita y de Solís, el cual debía ser el primero en leerse, cuando de pronto se abrió la puerta del locutorio y apareció Lemulquinier con el rostro radiante de alegría:

—¡Señor, señor!

Baltasar miró a Margarita con desespero, le hizo una seña y se la llevó al jardín. Siguió una gran confusión.

—No me atreví a decírtelo, hija mía —dijo el padre—, pero ya que tanto has hecho por mí, me salvarás de esta nueva desdicha. Lemulquinier me

prestó para una nueva experiencia que no ha tenido éxito veinte mil francos, todos fruto de sus ahorros. El desgraciado viene sin duda a pedírmelos al saber que vuelvo a ser rico; dáselos inmediatamente. Tú, ángel mío, le debes tu padre, pues únicamente él me consolaba en mis desastres, y sólo él tiene todavía fe en mí. Ten por seguro que sin él, yo ya habría muerto…

—¡Señor, señor! —volvió a exclamar Lemulquinier.

—¿Qué sucede? —dijo Baltasar volviéndose.

—¡Un diamante!

Claes corrió al locutorio al ver un diamante en la mano de su ayuda de cámara, quien le dijo en voz muy baja:

—He ido al laboratorio…

El químico, que lo había olvidado todo, dirigió una mirada al viejo flamenco que podía traducirse por estas palabras:

«¡¡Tú has sido el primero en ir al laboratorio!!».

—Y —el criado prosiguió— he hallado este diamante en la cápsula que comunicaba con la pila que habíamos dejado para que hiciese lo que quisiera… y… ¡lo ha hecho, señor! —añadió mostrando un límpido diamante, de forma octaédrica, cuyo destello atrajo las miradas de todos los presentes.

—Hijos míos, mis amigos —dijo Baltasar—, perdonad a mi viejo servidor, perdonadme a mí… Esto va a volverme loco. Un azar de siete años ha producido, sin mí, un descubrimiento que busco desde hace dieciséis años. ¿Cómo? Lo ignoro. Sí, yo había dejado sulfuro de carbono sometido a la influencia de una pila de Volta cuya acción debió vigilarse todos los días. Pues bien, durante mi ausencia, el poder de Dios se ha manifestado en mi laboratorio sin que haya yo podido constatar sus efectos, progresivos, desde luego. ¿No es esto espantoso? ¡Maldito exilio, maldito azar! Si yo hubiese espiado esta larga, esa lenta, esa súbita, no sé cómo decirlo, cristalización, transformación, ese milagro…, entonces mis hijos serían más ricos aún… Aun cuando no sea esa la solución del problema que investigo, cuando menos los primeros rayos de mi gloria habrían

brillado sobre mi país, y estos instantes, que nuestros satisfechos afectos llenan de felicidad, aún serían caldeados por el sol de la ciencia.

Todo el mundo callaba al oír a ese hombre. Las palabras sin ilación que le arrancó el dolor eran demasiado sinceras para que no fuesen sublimes.

De pronto, Baltasar rechazó su desespero hacia el fondo de sí mismo, lanzó sobre la asamblea una majestuosa mirada que brilló en las almas, cogió el diamante y se lo ofreció a Margarita exclamando:

—Te pertenece, ángel mío.

Despidió luego a Lemulquinier con un ademán, y dijo al notario:

—Prosigamos.

Esta palabra provocó en la asamblea el escalofrío que, representando ciertos personajes, transmitía Talma a los espectadores. Baltasar volvió a sentarse diciéndose en voz baja:

«Hoy sólo debo ser padre».

Margarita oyó estas palabras, se adelantó, le cogió la mano y se la besó respetuosamente.

—Nunca hombre alguno fue tan grande —dijo Emmanuel a su prometida cuando volvió a su lado—; nunca fue nadie tan poderoso; cualquier otro hombre se habría vuelto loco.

Leídos y firmados los tres contratos, todos se apresuraron a inquirir de Baltasar cómo se había llegado a la formación de aquel diamante; pero él no pudo responder nada concreto sobre un accidente tan singular. Miró hacia el desván y lo señaló con un gesto de rabia, diciendo luego:

—Sí, la espantosa potencia debida al movimiento de la materia inflamada, que sin duda ha formado los metales y los diamantes, se ha manifestado allí, durante un momento y por azar.

—Ese azar es sin duda muy natural —aseguró una de esas personas que quieren explicarlo todo—. Probablemente el buen hombre olvidaría algún verdadero diamante. Ése es el único que ha salvado entre todos los que ha quemado…

—Olvidémoslo —dijo Baltasar a sus amigos—. Os ruego que hoy no me habléis de eso.

Margarita abrazó a su padre para trasladarse a los aposentos de la casa de delante, donde esperaba una suntuosa fiesta. Cuando entró él en la galería siguiendo a sus invitados, y la vio llena de cuadros y de las más raras flores, exclamó:

—¡Cuadros, cuadros…! ¡Y algunos de los antiguos nuestros…!

Se detuvo, contrajo la frente y sintió el peso de sus culpas al medir la magnitud de su humillación secreta,

—Todo esto es vuestro, padre —dijo Margarita al adivinar los sentimientos que agitaban el alma de Baltasar.

—Ángel que los espíritus celestes deben aplaudir —exclamó él—, ¿cuántas veces habrás dado la vida a tu padre?

—Apartad todas las nubes de vuestra frente y el más pequeño y triste pensamiento de vuestro corazón —respondió ella—, y me recompensaréis hasta más allá de mis esperanzas. Acabo de pensar en Lemulquinier, mi querido padre, y las pocas palabras que sobre él me habéis dicho hacen que yo le estime; confieso que había juzgado mal a ese hombre; no penséis más en lo que le debéis… Seguirá a vuestro lado como un humilde amigo. Emmanuel tiene sesenta mil francos ahorrados y se los daremos a Lemulquinier. Después de haber servido tan bien, ese hombre debe vivir feliz el resto de sus días. No os inquietéis por nosotros. De Solís y yo llevaremos una vida tranquila, sin ostentaciones. Podemos prescindir de esa suma hasta que vos nos la devolváis.

—Hija mía, no me abandones nunca… Sé la providencia de tu padre…

Al entrar en los aposentos de recepción, Baltasar los encontró restaurados y amueblados tan magníficamente como lo estuvieron en otros tiempos. Luego, los invitados se trasladaron al gran comedor de la planta baja, por la gran escalera, habiendo en el extremo del peldaño arbustos floridos. Una platería maravillosa de estilo, ofrecida por Gabriel a su padre, atrajo las miradas, así como un lujoso servicio de mesa que pareció inaudito a los principales de una villa donde el lujo es tradicional. Los criados del

señor Conyncks, los de Claes y los de Pierquin se habían agregado para servir el suntuoso banquete. Viéndose presidiendo esa mesa, rodeado de parientes, de amigos y de rostros en los que brillaba una alegría viva y sincera, Baltasar, detrás del cual estaba Lemulquinier, sintió una emoción tan intensa que todo el mundo se calló, como se guarda silencio ante las grandes galerías y ante los grandes dolores.

—Queridos hijos —exclamó—, habéis echado la casa por la ventana ante la vuelta del padre pródigo.

Estas palabras con que el sabio se hizo justicia, y que acaso impidieron que no se le hiciera más severa, fueron tan noblemente pronunciadas que enternecieron a todo el mundo; pero fueron la última expresión de melancolía, pues el júbilo adquirió insensiblemente el carácter ruidoso y animado que impera en las fiestas familiares. Después de la cena llegaron los principales de la villa para el baile, el cual respondió al clásico esplendor de la casa Claes restaurada. Pronto se celebraron las tres bodas, y dieron lugar a fiestas, a bailes y banquetes que arrastraron durante varios meses al viejo Claes en el torbellino de la sociedad. Su hijo mayor se estableció en las tierras que Conyncks poseía cerca de Cambrai, quien no quiso separarse de su hija. La señora Pierquin abandonó la casa paterna para hacer los honores de la vivienda que Pierquin hizo construir y donde él quería vivir noblemente, pues había vendido su despacho, y su tío Des Raquets acababa de morir dejándole tesoros reunidos a fuerza de años y de ahorros. Juan se trasladó a París, donde debía terminar su educación.

Así, únicamente los Solís se quedaron con su padre, quien les cedió la vivienda de atrás, alojándose él en el segundo piso de la casa de delante. Margarita continuó velando por el bienestar material de Baltasar, ayudándola en su dulce tarea Emmanuel. Esta noble muchacha recibió de manos del amor la más envidiada corona, la que trenza la felicidad y cuyo esplendor mantiene la constancia. En efecto, jamás pareja alguna ofreció la imagen de esa dicha completa, declarada, pura, que todas las mujeres acarician en sus sueños. La unión de esos dos seres tan valerosos en las pruebas de la vida, y cuyo amor fue tan honesto, provocó en la villa una respetuosa admiración. De Solís, nombrado desde hacía mucho tiempo inspector general universitario, dimitió su cargo para disfrutar mejor de su felicidad y permanecer en Douai, donde todo el mundo rendía homenaje a su talento y a su carácter, hasta el punto de que su candidatura se

anunciaba de antemano para las elecciones de la Diputación. Margarita, tan fuerte en la adversidad, recobró con la ventura su placidez y su tierno trato. Claes siguió durante aquel año gravemente preocupado, pero si efectuó algunas experiencias poco onerosas, para las que bastaban sus ingresos, pareció dejar de un lado el laboratorio. Margarita, que reanudó las viejas costumbres de la casa Claes, ofreció todos los meses a su padre una fiesta de familia, a la cual asistían los Pierquin y los Conyncks, y recibía un día de cada semana a la alta sociedad de la villa, convirtiéndose sus salones en los más distinguidos de la ciudad. Aunque distraído con frecuencia, Claes asistía a todas las reuniones, y fue de nuevo tan sociable, sólo para complacer a su hija mayor, que sus hijos llegaron a creer que había renunciado a buscar la solución de su problema.

Así transcurrieron tres años.

VII. El hallazgo del absoluto

En el año 1828 un acontecimiento favorable a Emmanuel requirió su traslado a España. Aunque entre los de la casa Solís y él hubiese tres ramas numerosas, la fiebre amarilla, la vejez, la esterilidad, todos los caprichos, en fin, de la fortuna, se conjugaron para convertirle en heredero de los títulos y de las ricas sustituciones de su casa, toda vez que él era el último. Por una de esas casualidades que sólo son inverosímiles en los libros, la casa de Solís había adquirido el condado de Nourho. Margarita no quiso separarse de su marido, quien debía quedarse en España todo el tiempo que requiriesen sus asuntos; además, sintió curiosidad por ver el castillo de Casa-Real, en el que su madre había pasado su infancia, y la ciudad de Granada, cuna patrimonial de los Solís. Partió, pues, confiando la administración de la casa a la fidelidad de Marta, de Josette y de Lemulquinier, quienes ya se habían acostumbrado a llevarla. Baltasar, a quien Margarita propuso el viaje a España, rehusó alegando sus muchos años, pero la verdadera razón de su negativa fueron diversos trabajos meditados desde hacía tiempo y que debían colmar sus esperanzas.

El conde y la condesa de Solís y Nourho permanecieron en España más tiempo del que deseaban, donde nació el primer hijo de Margarita. A mediados del año 1830 estaban en Cádiz, donde esperaban embarcar para volver a Francia por Italia, pero recibieron una carta en la que Felicia daba tristes noticias a su hermana. En dieciocho meses, su padre se había arruinado totalmente. Gabriel y Pierquin se veían obligados a entregar a Lemulquinier una suma mensual para subvenir a los gastos de la casa. El viejo criado había sacrificado una vez más su fortuna a su amo. Baltasar no quería recibir a nadie, no admitiendo ni siquiera a sus hijos en su casa. El cochero, el cocinero y los demás criados fueron sucesivamente despedidos. Los caballos y los carruajes se habían vendido. Aunque Lemulquinier guardase el más profundo secreto sobre las costumbres de su amo, todo hacía creer que los mil francos que Gabriel y Pierquin le daban mensualmente se empleaban en experimentos. Las escasas provisiones que el criado compraba en el mercado eran el indicio de que los dos viejos se contentaban con lo estrictamente necesario. Así, para

que la casa paterna no fuese vendida, Gabriel y Pierquin pagaban los intereses de las sumas tomadas a préstamo por Claes, sin saberlo ellos, sobre el inmueble. Ninguno de sus hijos tenía influencia cerca del viejo, quien a sus setenta y dos años desplegaba una energía extraordinaria para imponer, por abrumadora que fuese, su voluntad. Únicamente Margarita podía recuperar el imperio que antes ejerciera sobre su padre, y Felicia suplicaba a su hermana que regresase rápidamente, pues temía que su padre hubiese firmado algunas letras de cambio. Gabriel, Conyncks y Pierquin, asustados ante la continuación de una locura que había devorado ya alrededor de siete millones sin resultado, estaban decididos a no pagar las deudas de Claes. Esa carta alteró los proyectos del viaje de Margarita, quien cogió el camino más corto para llegar a Douai. Sus economías y su nueva fortuna le permitían resolver las deudas de su padre, pero ella quería más; ella quería obedecer a su madre no permitiéndole que Baltasar bajase a la tumba deshonrado. Ciertamente qué sólo ella podía ejercer algún ascendiente sobre aquel anciano para impedirle que prosiguiese su ruinosa obra y en una edad de la que no cabía esperar ningún trabajo fructuoso de sus debilitadas facultades. Pero deseaba también gobernarle sin herir su amor propio, para no imitar a los hijos de Sófocles, en el caso de que su padre se aproximara al objetivo científico al que tanto había sacrificado.

Los señores de Solís llegaron a Flandes hacia los últimos días del mes de septiembre del 1831, y entraron en Douai una mañana. Margarita hizo detener el carruaje en su casa de la calle de París, y la encontró cerrada. Sacudió violentamente la campanilla, sin que nadie contestase. Un comerciante salió de su tienda al oír el traqueteo de los carruajes de los señores de Solís y de su servidumbre. Mucha gente se asomó a las ventanas para disfrutar del espectáculo que les ofrecía el regreso de un matrimonio querido en toda la villa, atraídas también por la vaga curiosidad que se asociaba a los acontecimientos que la llegada de Margarita había de significar para la casa Claes. El comerciante le dijo al ayuda de cámara del conde de Solís que el viejo Claes había salido hacía una hora. Sin duda, Lemulquinier paseaba a su amo por las murallas. Margarita mandó que llamasen a un cerrajero para que abriese la puerta, a fin de evitar la escena que preveía en la resistencia de su padre si, como le había escrito Felicia, se negaba a admitirla en su casa. Emmanuel fue a buscar al viejo para anunciarle la llegada de su hija, mientras su ayuda de cámara corrió a prevenir a los señores Pierquin.

Un momento bastó para abrir la puerta. Margarita entró en el locutorio para dejar allí su equipaje, y se estremeció de terror al ver las paredes desnudas como si hubiese habido un incendio. Los admirables entablados esculpidos por Van Huysium y el retrato del presidente se habían vendido, según se dijo, a lord Spencer. El comedor estaba vacío, no habiendo sino dos sillas de paja y una mesa corriente sobre la cual Margarita vio con angustia dos platos, dos escudillas, dos cubiertos de plata, y en una fuente los restos de un arenque ahumado que Claes y su criado acababan sin duda de repartirse. En un instante recorrió la casa, cada uno de cuyos aposentos le ofreció el desolador espectáculo de una desnudez semejante a la del locutorio y el comedor. La idea del absoluto había pasado por allí como un incendio. Por todo mobiliario, en la habitación de su padre había una cama, una silla y una mesa sobre la cual había un ruin candelabro de cobre, en el que, la víspera, había expirado una vela de la clase más ordinaria. La desnudez era tan completa que ni siquiera había cortinas en las ventanas. Los menores objetos que podían tener un valor en la casa, todo, hasta los utensilios de cocina, se habían vendido. Movida por la curiosidad que no nos abandona ni siquiera en la desgracia, Margarita entró en la habitación de Lemulquinier, y la encontró tan desnuda como la de su padre. En el cajón medio cerrado de la mesa vio un resguardo del Monte de Piedad, por el empeño, hacía pocos días, de un reloj del criado. Corrió al laboratorio y lo vio tan abarrotado de instrumentos como en el pasado. Ordenó que abriesen su habitación particular; su padre la había respetado.

Le bastó ver aquello para que Margarita prorrumpiese en llanto y se lo perdonase todo a su padre. En medio de aquella furia devastadora, le habían detenido el sentimiento paternal y el agradecimiento que le debía a su hija… Esa prueba de cariño, recibida en un momento en que la desesperación de Margarita llegaba al colmo, determinó una de esas reacciones morales contra las cuales se hallan sin fuerza los corazones más fríos. Bajó al locutorio y esperó allí la llegada de su padre con una ansiedad que la duda aumentaba terriblemente. ¿Cómo lo volvería a ver? ¿Destruido, decrépito, doliente, debilitado por los ayunos que sufría por orgullo? ¿Estaría en su pleno juicio? Las lágrimas caían de sus ojos sin darse cuenta al ver asolado aquel santuario. Las imágenes de toda su vida, sus esfuerzos, sus precauciones inútiles, su infancia, su madre feliz y desgraciada, todo, hasta la vista de su pequeño José sonriendo ante aquel espectáculo de desolación, le componía un poema de desgarradoras melancolías. Pero aunque previese desgracias, no esperaba el desenlace

que había de coronar la vida de su padre, aquella vida tan grandiosa y tan miserable a la vez. No era un secreto para nadie el estado en que se encontraba Claes. Para vergüenza de los hombres, no había en Douai dos corazones generosos que rindiesen una honrosa pleitesía a su perseverancia de hombre de genio. Para la sociedad, Baltasar era un ser al que había que excluir, un mal padre que había consumido seis fortunas, dilapidado millones, y que buscaba la piedra filosofal en el siglo XIX, en este siglo ilustrado, en este siglo incrédulo, en este siglo…, etc. Se le calumniaba colgándole el sambenito de alquimista y lanzándole al rostro estas palabras: «¡Quiere hacer oro!'» ¡Cuántos elogios no se vertían sobre este siglo en el que, como en tantos otros, el talento expira bajo una indiferencia tan brutal como la de los tiempos en que murieron Dante, Tasso, Cervantes, e *tutti quanti…*! Los pueblos comprenden aún más tardíamente las creaciones del genio que lo que tardan en comprenderlos los reyes.

Esas opiniones se habían filtrado insensiblemente desde la alta sociedad de Douai a la burguesía, y desde la burguesía al bajo pueblo. El septuagenario químico provocaba un sentimiento de piedad en las personas bien educadas, y una curiosidad burlona en la plebe, dos expresiones preñadas del menosprecio de ese *¡Vae victis!* con que las masas aplastan a los grandes hombres cuando los ven miserables. Mucha gente iba a la casa Claes para fijarse en el rosetón del desván donde se había consumido tanto oro y tanto carbón. Cuando pasaba Baltasar, le señalaban con el dedo; a menudo, ante su aspecto, una palabra de burla o de compasión salía de los labios de un hombre del pueblo o de un niño, pero Lemulquinier tenía el tacto de traducírsela a su amo como un elogio, y podía engañarle impunemente. Si los ojos de Baltasar conservaban esa sublime lucidez que el hábito de los grandes pensamientos les imprime, el oído se le había ido debilitando. Para muchos campesinos, gente grosera y supersticiosa, aquel anciano era un brujo. La noble, la gran casa Claes se llamaba en los suburbios y en el campo, la casa del diablo. Hasta la estrafalaria figura de Lemulquinier se prestaba a las ridículas creencias que se habían divulgado sobre su amo. Así, cuando el pobre viejo ilota iba al mercado a buscar los alimentos necesarios para su subsistencia, buscando los más baratos, no conseguía nada sin sufrir injurias a manera de *jolgorio*, y hasta podía considerarse afortunado cuando, a veces, algunas vendedoras supersticiosas no se negaban a venderle su magra pitanza ante el miedo de condenarse por su contacto con un engendro del infierno. Los sentimientos de la villa eran generalmente hostiles al gran

anciano y a su compañero. El desorden del vestido de cada uno se añadía aún a ello, pues iban vestidos como esos pobres vergonzantes que conservan un exterior decoroso y dudan si pedir limosna. Si no ahora, después, los dos viejos podían ser insultados. Pierquin, viendo lo deshonrosa que sería para la familia una injuria pública, enviaba siempre, durante los paseos de su padre político, a dos o tres de sus criados con el encargo de que lo siguiesen a distancia para protegerle en un momento dado, pues la revolución de julio no había contribuido a hacer respetuoso al pueblo.

Por una de esas fatalidades que no tienen explicación, Claes y Lemulquinier, que habían salido muy temprano, se vieron solos en la villa. Al regresar de su paseo se sentaron al sol en un banco de la plaza de San Jaime, por donde pasaban algunos niños al ir al colegio. Al ver desde lejos a los dos indefensos ancianos los niños se pusieron a hablar entre sí. Normalmente, las conversaciones de los niños se convierten pronto en risas, y de la risa caen en las burlas cuya crueldad desconocen. Siete u ocho de los primeros que llegaron se quedaron algo apartados y mirando impertinentemente hacia los dos ancianos, conteniendo ahogadas lisas que llamaron, no obstante, la atención de Lemulquinier.

—Oye, ¿ves ese que tiene la cabeza de tubo?

—Sí.

—Pues es un sabio de nacimiento.

—Papá dice que hace oro —dijo otro.

—¿Por dónde? ¿Por aquí o por acá? —añadió un tercero señalando con ademán chocarrero esa parte de sí mismo que los escolares se muestran tan a menudo en señal de desprecio.

El más pequeño de la pandilla, quien tenía su cestillo lleno de provisiones y lamía una rebanada de pan con mantequilla, se acercó ingenuamente al banco y le dijo a Lemulquinier:

—¿Es verdad, señor, que hacéis perlas y diamantes?

—Sí, pequeño miliciano —respondió Lemulquinier sonriendo y dándole una palmadita en la mejilla—. Cuando aprendas mucho te daremos

algunos.

—¡Eh, señor, dadme a mi también! —fue la general exclamación de los demás pequeños, quienes corriendo como una bandada de pájaros fueron rodeando a los dos químicos.

Baltasar, absorto en una meditación de la que le sacaron los gritos, hizo un gesto de asombro que causó una risa general.

—¡Vamos, galopines, respetad a un gran hombre! —dijo Lemulquinier.

—¡A la porra! —gritaron los niños—. Vosotros sois brujos… ¡Sí, brujos! ¡Viejos brujos, brujos…!

Lemulquinier se levantó y amenazó con el bastón a los chavales, quienes huyeron recogiendo barro y piedras. Un obrero, que almorzaba a pocos pasos, al ver que Lemulquinier levantaba el bastón para que echasen a correr los chicos, creyó que les había pegado, y les apoyó con estas terribles palabras:

—¡Mueran los brujos!

Los muchachos, al verse protegidos, lanzaron sus proyectiles, alcanzando a los dos ancianos en el momento en que aparecía el conde de Solís en uno de los extremos de la plaza, seguido de los criados de Pierquin. Pero no llegaron lo suficientemente pronto para evitar que la chiquillería llenase de barro al gran anciano y a su ayuda de cámara. El golpe había llegado. Baltasar, cuyas facultades se habían conservado hasta entonces por la natural castidad de los sabios, en quienes la preocupación de un descubrimiento reduce a la nada las pasiones, adivinó, por un fenómeno de introspección, el secreto de aquella escena; su decrépito cuerpo no resistió la terrible reacción que sufrió en la elevada región de los sentimientos y cayó en brazos de Lemulquinier herido por un fulminante ataque de parálisis, llevándoselo el criado a su casa en una camilla, ayudado por los dos yernos y los servidores. Ninguna potencia pudo impedir al populacho de Douai escoltar al anciano hasta la puerta de su casa, donde estaban Felicia y sus hijos, Juan, Margarita y Gabriel, quien prevenido por la hermana había llegado de Cambrai con su mujer.

Fue un terrible espectáculo la entrada del anciano, quien se debatía menos contra la muerte que contra el espanto de ver a sus hijos

penetrando en el secreto de su miseria. Inmediatamente lo instalaron en un lecho que pusieron en medio del locutorio, dedicando los mayores cuidados a Baltasar, cuyo estado permitió, hacia el final de la jornada, concebir ciertas esperanzas de recuperación. La parálisis, aunque hábilmente combatida, le dejó durante bastante tiempo en un estado próximo a la infancia. Cuando la parálisis cesó gradualmente, se le fijó en la lengua, especialmente afectada, debido quizá a la cólera con que trató de revolverse el anciano en el momento en que quiso apostrofar a los chiquillos.

La escena del banco produjo en la villa una indignación general. Por una ley, hasta entonces desconocida, que dirige los afectos de la muchedumbre, el acontecimiento despertó a todos los espíritus en favor del señor Claes. En un momento se convirtió en un gran hombre, provocó la admiración y obtuvo todos los asensos complacientes y sensibles que le negaban la víspera. Todo el mundo alabó su paciencia, su voluntad, su valor y su genio. Los magistrados quisieron actuar contra los que habían participado en el atentado…; pero el mal ya estaba hecho. La familia Claes fue la primera en pedir que se le echara tierra al asunto. Margarita ordenó que se amueblase debidamente el locutorio, cuyas paredes cubrieron con colgaduras de seda.

Cuando, algunos días después del suceso, el anciano padre recobró sus facultades y se vio en un ambiente elegante, rodeado de cuanto era necesario para una vida feliz, hizo comprender que quería que llamasen a Margarita, en el mismo momento en que su hija entraba en el locutorio; al verla, Baltasar enrojeció y sus ojos se le humedecieron, sin que, empero, le brotase una lágrima. Pudo estrechar con sus fríos dedos la mano de su hija, y puso en su presión todos los sentimientos y todas las ideas que no podía expresar ya verbalmente. Había algo de santo y de solemne en el adiós del cerebro que aún vivía y en el corazón al que la gratitud reanimaba. Agotado por sus infructuosas tentativas, fatigado por su lucha con un problema gigantesco y desesperado quizá por el incógnito que le esperaba a su memoria, aquel gigante iba pronto a dejar de vivir; todos sus hijos le rodeaban con respetuoso sentimiento, por lo que sus ojos pudieron recrearse por las imágenes de la abundancia y de la riqueza y en el conmovedor cuadro que le ofrecían sus familiares. Fue constantemente afectuoso en sus miradas, de las que se valió para expresar sus sentimientos; sus ojos adquirieron de pronto tan grande diversidad de expresión, que hablaron un lenguaje luminoso, fácil de comprender.

Margarita pagó las deudas de su padre y devolvió en pocos días a la casa de Claes un esplendor moderno que había de descartar toda idea de decadencia. Ya no abandonó la cabecera del lecho de Baltasar, cuyos menores pensamientos se esforzaba en adivinar con el mismo afán con que satisfacía sus más mínimos deseos.

Algunos meses pasaron en las alternativas de gravedad y de mejoría que señalan en los viejos el combate entre la vida y la muerte. Todas las mañanas sus hijos iban a su lado, permanecían durante el día en el locutorio y cenaban junto a su lecho, no yéndose hasta que se dormía. La distracción que más le agradó, entre todas las que trataron de proporcionarle, fue la lectura de los periódicos, a los cuales los acontecimientos políticos daban entonces el mayor interés. Claes escuchaba atentamente la lectura que de Solís daba en voz alta a su lado.

Hacia finales del año 1832 Baltasar pasó una noche tremendamente crítica, durante la cual el doctor Pierquin fue llamado por la enfermera, asustada por un súbito cambio que experimentó el enfermo; en efecto, el médico quiso velarle temiendo a cada instante que expirase por la presión de una crisis interna cuyos efectos tuvieron el carácter de una agonía.

El anciano repetía movimientos de una increíble fuerza para sacudirse las ataduras de la parálisis; deseaba hablar y mover la lengua, pero sin lograr sonidos; sus llameantes ojos proyectaban pensamientos, sus contraídas facciones expresaban inauditos dolores, sus dedos se agitaban desesperadamente y el sudor le caía en goterones. Por la mañana los hijos entraron a abrazar a su padre con el cariño que el temor de su próxima muerte hacía que fuese más ardiente y vivo cada día, pero él no testimonió la satisfacción que habitualmente le causaban sus muestras de ternura. Emmanuel, advertido por Pierquin, se apresuró a coger el periódico para ver si su lectura reduciría la crisis interior que sufría Baltasar. Al abrirlo vio estas palabras: «Descubrimiento del absoluto», las cuales le impresionaron mucho, y leyó a Margarita un artículo en el que se hablaba de un proceso relacionado con la venta que un célebre matemático polaco había hecho del absoluto. Aunque Emmanuel leyera en voz muy baja la noticia a Margarita, quien le rogó que no se detuviese en el artículo, Baltasar lo había oído.

De pronto, el moribundo se incorporó sobre sus dos puños, dirigió a sus asustados hijos una mirada que los alcanzó como un rayo, se agitaron los cabellos que le caían sobre la nuca, sus arrugas se estremecieron, su

rostro se animó como si una llama lo envolviese, y lo mismo que si un viento le azotase el rostro, adquirió una expresión sublime. Levantó hacia lo alto una mano crispada por la rabia, y gritó con voz que fue como un estallido la famosa palabra de Arquímedes: ¡EUREKA! (¡Lo hallé!). En el acto volvió a desplomarse sobre el lecho con el pesado golpe de un cuerpo inerte. Murió emitiendo un espantoso gemido, y sus convulsos ojos expresaron, hasta el momento en que el médico los cerró, el dolor de no haber podido legar a la ciencia la clave de un enigma cuyo velo se había tardíamente desgarrado bajo los descamados dedos de la Muerte.

París, junio-septiembre de 1834.

Honoré de Balzac



Honoré de Balzac (Tours, 20 de mayo de 1799-París, 18 de agosto de 1850) fue un novelista francés representante de la llamada novela realista del siglo XIX.

Trabajador infatigable, elaboró una obra monumental, La comedia humana, ciclo coherente de varias decenas de novelas cuyo objetivo era describir de modo casi exhaustivo a la sociedad francesa de su tiempo para, según su famosa frase, hacerle «la competencia al registro civil».